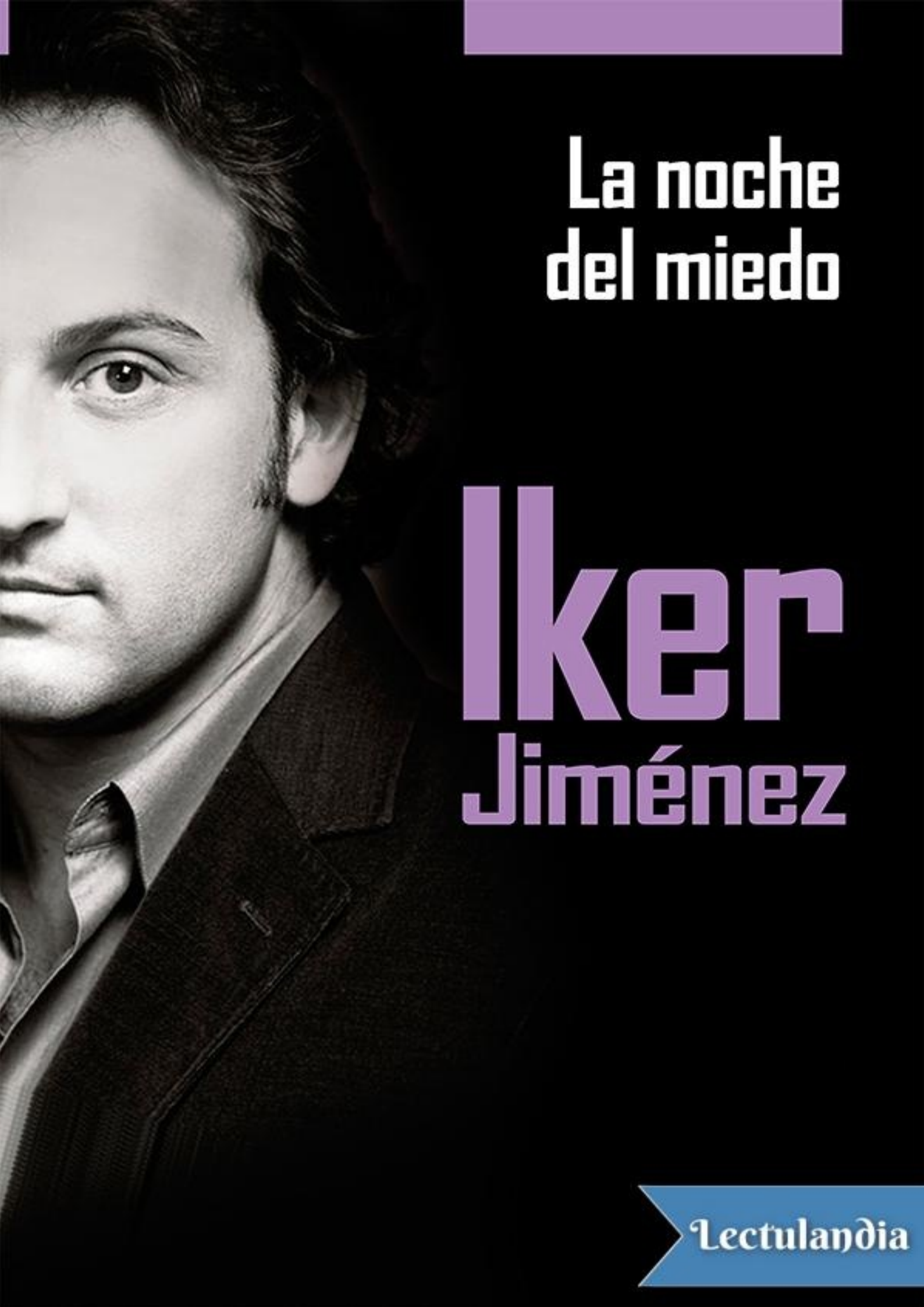


A black and white close-up portrait of a man with dark, wavy hair and a light beard, looking directly at the camera with a serious expression. He is wearing a dark suit jacket over a light-colored shirt and a patterned tie. The background is dark and out of focus.

**La noche
del miedo**

**Iker
Jiménez**

Lectulandia

Esa sensación brutal y poderosa que espanta y a la vez nos atrae. Ese escalofrío que sube por las vértebras como una mano helada obligándonos a mirar a nuestra espalda con recelo. Durante los últimos años, Iker Jiménez lo ha notado muy próximo, casi pegado al cuerpo, vigilando cada paso al ir adentrándose en la investigación de este suceso maldito. Una trama de terror, oficialmente silenciada, protagonizada por personas normales que nunca más pudieron ser las mismas. Le costará creer que todo lo que aquí se narra es absolutamente real. De usted depende conocer una historia que llevaba veinticinco años bajo el secreto y que ahora ve por fin la luz con toda la crudeza de sus documentos y testimonios.

Lectulandia

Iker Jiménez

La noche del miedo

ePub r1.0

Titivillus 06.09.17

Título original: *La noche del miedo*

Iker Jiménez, 2004

Diseño de cubierta: Miguel y Bernardo Rivavelarde

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Llegué a creer que esta investigación estaba maldita.

Y aún tengo dudas.

Sea como fuere, está dedicada, con el corazón, a todos los protagonistas de
La noche del miedo, en especial a José Manuel Trejo y a José Hidalgo.

Y a los que desaparecieron en la espiral de esta trama.

Que no son pocos.

De noche, hasta un ateo llega casi a creer en Dios.

E. YOUNG, *Night Thoughts*

0

Un tiro en la boca

Primero escuchó un cántico. Como de niño.

Imagínate la madrugada, por aquí, sin un alma... Mal panorama.

Hacía frío... porque era ya el invierno. Se asomó al ventanuco y notó que alguien se había colado dentro. Oyó como si se agitasen las ramas más próximas a la tapia. Cogió el arma, salió fuera... y justo en ese momento se detuvo todo. Se hizo un silencio: como cuando no oyes más que tu propia respiración.

No se escuchaba nada. Como el vacío.

Cuentan que, justo en esa parte, cuando se construyó el edificio, hace ya muchos años, hubo un suicidio por aquellos árboles de allí, más allá de las verjas. Gente que vio algo raro y se colgó.

A lo peor por eso estaba tan nervioso.

No sabemos por qué no llamó a nadie, por qué ni siquiera gritó. Dicen que se volvió a sentar y, entonces, apenas tuvo tiempo. Escuchó una voz que decía palabras raras..., en otro idioma..., cada vez más cerca de él..., y después, justo enfrente, apareció una figura a lo lejos. Una mujer alta, vestida de blanco, como con un traje de novia, que se movía con el viento..., o como una mortaja.

Luego escuchó una risa. Una risa que se burlaba de él.

Alguien malo era.

La cara, muy alargada, pálida... la boca llena de arrugas.

Se fue acercando poco a poco, abriendo los brazos. Entonces vio que no tenía manos...

Él quería ir hacia atrás y dio con la espalda dentro de este hueco... justo aquí.

La mujer avanzaba como si fuese por un carril... sin doblar las piernas.

Entonces este hombre cogió el arma y abrió la boca. Se escuchó un disparo y se reventó la cabeza. Así lo encontraron.

Dicen que dejó una nota en la que explicaba todo... por eso los más antiguos nos lo contaron así. No era la primera vez que la había visto y ya debía estar preso del miedo. El secreto de si habló o no habló con *aquello* se lo llevó a la tumba.

Por eso no gusta este lugar.

Transcripción. Cinta 11.

1

761112

Más vale estar quieto y sentado que levantarse y salir al encuentro del diablo.
M. DRAYTON, The Owl

Verne9: Hola. ¿Eres realmente Iker Jiménez?

Algo detuvo la yema de mi dedo sobre el botón de *off*. Estuve a punto de apagar el recién estrenado portátil, pero aquel seudónimo llamó mi atención en el último instante. Me hizo gracia. Contesté.

—IkerJim: Hola Verne9. Sí, soy yo. O al menos eso dicen.

—Verne9: ¿Debo creerte? Podrías ser un imitador...

—IkerJim: Tú verás... me iba a marchar ya, así que encantado... y hasta más ver.

—Verne9: Espera... tengo algo muy importante que comunicarte.

—IkerJim: ...Mira, mejor lo dejamos, no tengo mucho tiempo. No estoy en mi casa.

—Verne9: Escúchame... por favor. Te buscaba. Necesito saber si estoy contigo y eres el verdadero Iker Jiménez. Es algo que te interesa conocer...

—IkerJim: ...¡¡¡Siempre la misma cantinela!!! Te aseguro que no tiene ningún mérito ser el verdadero. Te doy mi palabra de que soy yo, hombre...

Rápidamente tecleé a mi nuevo amigo una serie de datos más o menos personales... Estaba cansado tras el viaje, pero intuía que debía escuchar a aquel individuo. No sé la razón. Era un palpito.

—Verne9: Ok. Me fío. Vamos a abrirnos un privado.

—IkerJim: Aún tendré que darte las gracias por creerme..., je, je.

Acto seguido pasamos a una conversación ajena a los cibernautas curiosos. Una especie de canal a dos bandas. Miraba el reloj pensando que en tres minutos a lo sumo me iba a ir al catre. Muy interesante tenía que ser aquello para mantenerme allí, en el viejo salón, por más tiempo del previsto. Y es que ya hacía hasta fresco a pesar de estar en mitad del verano...

—Verne9: Yo no te puedo revelar por el momento mi identidad. Lo siento. He leído todos tus libros y he entrado aquí varias madrugadas. No hemos coincidido hasta hoy. Es bueno que charlemos a solas...

—IkerJim: Bueno, ya sabes que los jueves solemos tener una charla en el grupo este que lleva mi nombre. Ya casi me es imposible acudir y quizá sea la última vez que navego por este chat... me había despedido de todos... pero te leo... tú dirás.

—Verne9: Iré al grano, ya que no quiero que malgastes tu tiempo; te dicen algo estos números 761112.

—IkerJim: ...

Claro que me decían algo. Me froté los ojos. Aquellos eran los dígitos de una historia que no me apetecía recordar. Un tabú. No podía tratarse de otra cosa: 12 de noviembre de 1976.

Para los que estamos inmersos en lo misterioso no había margen de error.

Miré a un lado y me vi reflejado en los cristales, envuelto en la luz fantasmagórica del ordenador. Me fijé en el reloj que titilaba en el margen derecho de la pantalla. Después levanté la mirada hacia el de la pared. Lo digital y lo vetusto coincidían: las 00:49 horas.

—IkerJim: 761112...

—Verne9: Eso he dicho.

Iba a estar allí más de tres minutos.

2

Verne9

El silencio en la casa de Bernuy de Zapardiel —provincia de Ávila— era casi absoluto. Solo aquel *tictac*. Y el suave deslizarse de los dedos por las teclas de goma. En el exterior, al otro lado del ventanal, el páramo a oscuras. Castilla dura, seca y sin un alma. Como a mí me gusta.

—Verne9: ¿Te has quedado mudo? ¿O acaso he mencionado algo que no esperabas?

—IkerJim: Te escucho... Esto, te leo... adelante.

—Verne9: ¿Estás solo?

—IkerJim: Sí. Habla ya. ¿Qué pasa con esa fecha?

—Verne9: No te agries, hombre, que te voy a revelar ciertos datos que ni hubieses soñado.

—IkerJim: Ya, muy amable. Pero, antes de seguir, te advierto que esa es una historia que siempre ha estado rodeada de oscurantismo. Eso, si nos referimos a lo mismo...

—Verne9: Soy un profesional. Como tú. Cada uno en nuestra área. Claro que hablamos de lo mismo. Aunque la verdad la sabemos unos pocos.

—IkerJim: Hombre..., te confieso que me hubiese gustado entrar en ella, en la historia, a fondo..., pero mis intentos siempre se han topado con un muro de silencio. Lo mismo les pasó a otros investigadores y periodistas. Eso ya te lo advierto. Quizá de momento sea mejor dejar las cosas como están. Esa es mi impresión.

—Verne9: Ya. ¿Y te fías de tus impresiones?

—IkerJim: Siempre.

—Verne9: Pues esta noche estás de suerte...

—IkerJim: ?

—Verne9: Es hora de romper ese muro.

—IkerJim: Claro. Como si fuese fácil. Es uno de los casos que los militares nunca sacarán a la luz, pasen los años que pasen. Sé de lo que hablo...

—Verne9: Te seré sincero. Creo que sabes poco. Lo que te ofrezco, las pistas que te voy a dar son mucho más que todo eso.

—IkerJim: Permíteme que desconfíe. ¿A cambio de nada?

—Verne9: A cambio de mucho...

—IkerJim: Ya decía yo...

Lo que faltaba —pensé—; tenía al otro lado del módem a un mercenario

cibernético. Sin embargo, lo tiros no iban por donde yo pensaba...

—Verne9: Para mí es mucho que tú sepas esto. Con eso ya vale. Igual resulta que el que tiene que sacar a la luz la verdad y hacer justicia eres tú, no los militares. Por algo te hemos seguido hasta coincidir aquí y ahora.

Di un respingo sobre la silla. Aquel plural no me gustó. Simple intuición.

—IkerJim: Perdona..., pero me escribes con tanta autoridad que me abrumas... ¿Acaso tú conoces la historia mejor que nadie?

—Verne9: Te sorprendería saber lo que conozco. Tengo varias claves que nunca se han contado. Y por ahí se puede empezar.

—IkerJim: Ya me imagino. Es tan fácil hablar...

—Verne9: Será escribir. ¿Seguro que eres Iker Jiménez? Te veo un poco lento...

—IkerJim: Seguro, hombre. Y gracias. :)

—Verne9: En serio..., quería contarte esto hace mucho tiempo. He seguido tu rastro a conciencia... y sé que tú puedes arrancar la verdad. Hubo más implicados en esta historia humana e injusta. Aquello fue la muestra definitiva de que lo sobrenatural existe. Pero se cometieron muchas barbaridades. Se pisoteó a gente.

—IkerJim: ¿Muestra definitiva?... Amigo, creo que eso es mucho afirmar... no hay nada definitivo... en casi nada. Y menos en lo sobrenatural.

—Verne9: Esto es una cuestión de justicia. Mira, Iker, casi todos los auténticos protagonistas de aquellos sucesos acabaron mal después de esa noche. Muchos de ellos murieron de forma...

—IkerJim: ¿De forma...?

—Verne9: Extraña.

En aquel momento sentí que mi paciencia estaba llegando a un límite. Aquello empezaba a tomar el rumbo de una fantasía. ¿Justicia? ¿Muertes misteriosas? ¿A qué demonios venía toda esa vehemencia en torno a una historia vieja y olvidada de la que apenas nada se sabía en realidad?

Intenté cortar por lo sano...

—IkerJim: Mira, a mí me gusta ser serio. Y sobre todo no perder el tiempo...

—Verne9: A mí también.

—IkerJim: Ya. Muy bien... Perdona la desconfianza, pero me estás hablando de uno de los casos de los que menos se sabe. Oficialmente todo ha sido silencio. Es un secreto..., un alto secreto todavía hoy. No son tonterías para andar fabulando, ¿entiendes?

—Verne9: Perfectamente. Y creo que tú no.

El tono chulesco del cibernauta nocturno me estaba sacando de quicio.

—IkerJim: Seguro que eres muy listo. No lo dudo. Pero para contar historietas mejor elige otro caso. Además, por si no lo sabes, la poquísima información que en su día dio el Mando Operativo Aéreo del Ejército del Aire no desveló nada. Todo desapareció en torno al incidente... Por cierto, ¿cómo puedo saber que eres una fuente digna de crédito?

—Verne9: Te repito que sabes muy poco, Iker..., nuestras investigaciones son sobrecogedoras. Ocurrieron muchas cosas aquella noche. Mucho más de lo que se contó. Aquellos muchachos no estaban locos tal y como se ha dicho. Pudo morir mucha gente...

—IkerJim: ¿Nuestras investigaciones?... ¿Acaso sois un grupo?

—Verne9: A eso no te voy a responder, pero te puedo dar una pista...

«No tengas curiosidad de conocer las cosas ocultas», decía San Isidoro de Sevilla. Debí aplicarme el dicho, porque ahí estuvo a punto de romperse la delgada línea roja. Justo en ese momento. Si hubiera clicableado el *off* en ese preciso instante todo hubiese quedado como una anécdota de una noche de verano. Olvidado en algún rincón del disco duro. Y sin embargo...

—IkerJim: Dispara...

—Verne9: Disparos hubo muchos. Y algunos contra gente inocente. Pero eso quizá te lo cuente otro día. Quizá no me creas hasta que verifiques algunas cosas.

—IkerJim: ¿Disparos contra gente...? ¿Contra civiles?

—Verne9: Exacto. Y ese es uno de los motivos del silencio. De ese silencio de años. De esa confidencialidad especial a la que te referías. Pero hay mucho más...

—IkerJim: Tan grave como eso no creo...

—Verne9: ...El teniente coronel que estaba de jefe de guardia aquella noche se empeñó después en salir con un caza. Estaba atemorizado. O quizá buscaba algo concreto en los alrededores... Aquello le impresionó mucho.

—IkerJim: ¿Y qué ocurrió?

—Verne9: Verás, era un hombre preparadísimo, un as como piloto del F-5B. Pero quizá algo lo atormentaba... Durante días buscó determinadas cosas con obsesión planeando por la zona. Le prepararon el avión, a pesar de las recomendaciones de no despegar y...

—IkerJim: ¿Y...?

—Verne9: Se mató de modo muy extraño. Se dio la vuelta. Una maniobra imposible según dicen algunos testigos. Algo quizá lo desvió de su rumbo. Los

médicos no certificaron en su momento el fallecimiento... ¿Y sabes por qué?

—IkerJim: Dímelo tú...

—Verne9: No encontraron ni rastro. Ni un trozo. Había un gran cráter..., pero sin restos del cuerpo no se certifica el óbito. Sencillamente, se había desintegrado...

—IkerJim: ...

—Verne9: Ese hombre fue solamente uno. Una víctima más del horror que se inició allí. En la base hablaban de suicidio, pero...

—IkerJim: ¿Pero?

—Verne9: Yo diría otra palabra; maldición.

Reconozco que después de lo que había leído no sabía bien por dónde tirar. Apuré un trago de café y seguí tanteando el terreno. ¿Quién estaría al otro lado de la pantalla?

—IkerJim: No sé..., quizá sería más razonable hablar de casualidad...

—Verne9: Claro. Pues hubo más... muchas. Demasiadas «casualidades».

—IkerJim: Por cierto, ¿quién era ese coronel?

—Verne9: ¿No lo sabes? Veo que tus datos no llegan hasta donde los míos. Mis tentáculos son largos. Pero quizá este no sea el mejor medio para transmitir información.

—IkerJim: Pues fíjate que precisamente ese sería un buen dato para empezar a creerte...

—Verne9: :)

Era un buen dato. Y tanto. Esperé...

—Verne9: Bien, toma nota en uno de tus cuadernos, muchacho... Se apellidaba Jaraíz. Busca por ahí. Nunca se informó oficialmente de ello. Pero puedes comprobarlo. Te hablo «desde dentro».

Tocado. El tipo realmente manejaba información. Buena información. Y empecé a sentir el vértigo. Se reabría la historia. La tétrica historia...

—IkerJim: Te prometo que lo haré.

—Verne9: Te veo algo desconfiado aún. Bien, ahí va otro testigo; alguien con miedo desde entonces que se estrelló hace un tiempo de modo imposible en una recta...

—IkerJim: Bueno, en fin, eso es un accidente de carretera... como tantos otros..., y además años después. ¿No serás demasiado conspiranoico?

—Verne9: ¿Conspiranoico? Tiene gracia. Apunta esto también, si te parece. Se mató justo el mismo día en que alguien le iba a preguntar por aquellos hechos ya lejanos en el tiempo. El día que por fin iba a hablar.

—IkerJim: ¿En una recta?

—Verne9: En una recta plana como la palma de mi mano. Era uno de los pocos que podía dar una versión directa de La noche del miedo. Ahora no te daré el nombre. Quizá más adelante. Pero estaba allí y presencié cosas raras. Lo que pasa...

—Iker Jim: ¿Qué?

—Verne9: Es que quizá no convenía que hablase.

—IkerJim: No me digas que tengo que creer en los Hombres de Negro a estas alturas. ¡Eso es una leyenda urbana norteamericana, hombre!...

—Verne9: No estoy bromeando, Iker. Lo que estoy contando es muy serio. Depende de ti conocer lo que en verdad ocurrió. Lo que no sabe nadie.

—IkerJim: Sí..., bueno..., lo siento. Oye, me gustaría volver a hablar contigo de todo esto, pero a solas y cara a cara...

—Verne9: Eso no creo que sea posible. Por cierto, otra de aquellas personas fue «secuestrada» durante varios días..., desapareció sin más... dentro de su propia casa. Se lo llevaron a alguna parte... y no recuerda nada de ese periodo de tiempo. Memoria borrada.

—IkerJim: ¿Uno de aquellos militares? ¿Cuál de ellos?

—Verne9: A su tiempo. Por cierto, aventurero, ¿guardas tus datos en el PC?

—IkerJim: Bueno, sí... claro. Como todo el mundo...

—Verne9: ¿Ésta conversación incluida?

—IkerJim: Sí, estoy en mi portátil..., en un pueblo...

—Verne9: Ya, ya. Un consejo; procúrate alguien que te «blinde» el ordenador como Dios manda...

—IkerJim: Tengo un antivirus que..., pero dime: ¿quiénes desaparecieron? ¿Cómo que «dentro de su casa»? ¡Explícate, por favor!

—Verne9: Eso otro día. U otra noche. A estas horas hay más seguridad en la red. Tenemos que ponernos a trabajar de inmediato si queremos llegar hasta el fondo. Por cierto, no te hablo de antivirus, amigo. Se ve que no controlas la ralea que hay por el ciberespacio. Conozco personas que son pagadas para meterse en PC de otros. El tuyo puede interesar mucho. Lo sé de buena tinta. Pueden hacer lo que quieran con tu información... Y, ojo, lo que te cuento en este momento no debe ser conocido... por ahora.

—IkerJim: Bueno, OK. Lo importante, ¿cuándo podremos volver a tratar este asunto?

—Verne9: Todo es importante, Iker. Y la respuesta es pronto.

—IkerJim: ¿Y cuándo es pronto? ¿Podríamos vernos? Viajo a donde tú me digas el día que prefieras...

—Verne9: Tranquilo, amigo..., tranquilo. Alguien me había informado de tu ansiedad. Pero con prisas no se va a ningún lado. En este caso te juro que te valdrán muy poco... Al revés, para sumergirse en esta historia hace falta mucho valor y pasos firmes.

—IkerJim: Yo estoy dispuesto, pero debería saber quién eres... Tú parece conocerte muy bien y esto implica una relación de inferioridad.

—Verne9: Ya. Permíteme que desconfíe. Te volveré a escribir. Por cierto, muy bueno el capítulo de ese nuevo libro que estás escribiendo. Me ha gustado.

—IkerJim: ¿Cómo dices?...

Fin y Desconexión. 02:33 11/08/2001.

3

Hacker

Me quedé con cara de idiota. Me conozco lo suficiente para tener esa certeza.

O se había marcado un farol de órdago o se había metido hasta la médula de mi propio ordenador durante la charla.

¡Mi flamante portátil profanado!

¿Cómo iba a saber lo del nuevo libro? ¿O fue solo un truco para impresionarme? A fin de cuentas, uno es periodista... y escritor. Raro sería no encontrar capítulos, borradores, documentación. Pero decirlo de aquella manera..., como haciendo alarde de sus *tentáculos*... ¿Con quién demonios me había estado escribiendo?

De pronto me temí lo peor. Tecleé a toda prisa.

Inicio/Mis Documentos/Textos/Nuevo Libro...

Abrí la carpeta y respiré aliviado. Allí estaba todo, aparentemente sin modificaciones, cambios ni virus. ¿Realmente habría hurgado en mis archivos? ¿Realmente me estaba proporcionando información fidedigna?

¿Era alguien que conocía la realidad de lo sucedido en la madrugada del 12 de noviembre de 1976 en el interior de la Base Aérea de Talavera la Real? ¿Alguien que no estaba dispuesto a olvidar aquella historia de terror oficialmente silenciada?

Cerré la tapa plateada, me levanté y ascendí por las crujientes escaleras de madera antigua. Peldaño a peldaño seguí adentrándome en el torbellino de interrogantes... intentando sacar algo en claro.

Nadie sabía, un cuarto de siglo después, hasta dónde llegaba el mito y la realidad en torno a esa trama que había revivido el inesperado *hacker* llamado Verne9. El paso del tiempo, precisamente, agrandaba la pátina del misterio.

Al parecer, por los pocos cabos sueltos que se conocíamos los investigadores, los testigos que vivieron aquella traumática experiencia no volvieron a verse jamás. ¿Casualidad? ¿Imposición? ¿Humano deseo de olvidar?

Sus vidas corrieron sendas distantes en las que no coincidieron ni siquiera para analizar con más sosiego aquel terror. Nunca pudieron darse un abrazo.

Veinte años y catorce días después de la noche de autos, cuando por ley llegaba la hora de aportar toda la documentación a la ciudadanía española, los responsables militares aseguraron —en un *dossier* compuesto por 23 folios mecanografiados— que faltaba el expediente del caso.

El contenido, la esencia, las claves... se habían perdido como devoradas por un agujero negro en el que muchos quisieron ver a los fantasmas de un poder muy superior al de la propia institución militar. Los manejadores de títeres según algunos.

¿Fantasías? Probablemente..., pero lo cierto, mientras no se demuestre lo contrario, es que justo ese y no otro era el único que se había «esfumado» entre las más de dos mil páginas desclasificadas sobre observaciones anómalas ofrecidas por el Mando Operativo Aéreo.

¿Robado? ¿Extraviado? ¿Quemado? ¿Cómo, por qué y por quién?

Reconozco que me inquietó el tal Verne⁹. Y eso que estaba más que acostumbrado a esos anónimos que en un medio tan libre y poco verificable como es Internet planteaban los más espectaculares casos, aunque la inmensa mayoría se quedasen luego en nada.

En simples palabras.

Sin embargo, aquella conversación virtual consiguió desconcertarme. Intuí —dejémoslo ahí— que esa persona, fuese quien fuese, no mentía. Parecía conocer datos y entresijos solo al alcance de la cúpula castrense. Material de primera mano que podía llevarme hasta la verdad.

Y mi mente empezó a lucubrar. ¿Me había estado escribiendo durante un par de horas con alguien que vivió en sus carnes aquellos hechos? ¿Acaso uno de los testigos ocultos obligados a callar? ¿Uno de los individuos que, según rezaba el mito, habían sido ametrallados en la carretera? ¿O se trataba de un grupo de las más altas esferas dispuesto a ofrecerme las pruebas definitivas del caso más espectacular ocurrido en nuestro país? ¿Quizá una comunidad secreta de nueve miembros, tal y como indicaba el seudónimo? ¿Tal vez esos mismos que —aseguran— *mueven los hilos* y están por encima de lo oficial?

—Verne⁹... Susurré en silencio al llegar al espartano dormitorio.

Iba a tardar en olvidar ese nombre.

Me metí en la entrañable alcoba de pueblo, sabanas gruesas y frescas, y me cubrí hasta el cuello. El verano de Castilla es así. En el exterior solo un ladrido que se alejaba.

Cerré los ojos y pensé que aquel encuentro virtual, aun sin probar nada, era una pista que llegaba del modo más inesperado. Como a veces se cruza la verdad.

Había dos formas de actuar. Pasar página, obedeciendo al sentido común, o hacer caso a la intuición, a la corazonada que me hacía escuchar mis propios latidos retumbando en aquel silencio.

Alargué el brazo y pulsé la «perilla» de la luz. En el techo se dibujaron inmediatamente los focos de un coche que pasaba por la carretera comarcal.

Afuera, el perro había comenzado a aullar.

4

Falta expediente

Trascripción de informe bajo el sello confidencial. Hoja 0010.

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DEL AIRE

Lugar: B. A. Talavera

Fecha de Avistamiento: 761112

Oficial informador: Mando Aéreo

Tipo de Fenómeno: Aparición humanoide

Grado de fiabilidad expediente: ¡¡FALTA!!

Soporte Gráfico: N.

Soporte Sonoro: N.

Captado por Evas: N.

N-Scrambles: 0.

Resultado Pos/Neg:

Testigos: Trejo-Hidalgo-otro (3 soldados E. A.).

¡¡FALTA EXPEDIENTE!!^[1]

El hacha en la oscuridad

No hay que temer a la pobreza, ni al destierro, ni a la muerte.

A lo que hay que tener miedo es al propio miedo.

EPICTETO

—**D**isparé cuarenta balas. El cargador largo del Z62. Y le tuve que dar de lleno. Era espantoso...

—¿Lo tuviste a muy poca distancia?

—A metro y medio o dos metros. Y le di en el pecho. Era imposible fallar...

—¿Y qué te decían tus compañeros desde el suelo?

—¡Por Dios! ¡Que nos matan! ¡Que nos matan!

Dicho esto, José Hidalgo intentó alcanzar unas cajas metálicas donde guardaba balas de su época como militar en la base. Escuché el tintineo de los proyectiles. Algunas cosas cayeron del armario. El temblor se le reprodujo por todo el cuerpo como a latigazos. Se cimbrió, perdió el control.

—Era como un sueño. Como una pesadilla. Los compañeros vomitaban... como si aquello nos hubiese irradiado...

¡Cuánto había cambiado su vida desde aquella noche! Quise preguntarle si toda esa enfermedad provenía desde entonces. Desde el encuentro. Pero no fui capaz. Me salió otra a bote pronto:

—¿Y después de que tú disparas se da la alarma general y llegan allí los soldados al mando del teniente coronel Jaraíz?...

—Exacto. Se tocó *generala* y llegaron ellos para cercar todo el terreno y recogernos. Estábamos cuerpo a tierra...

Su casa, agradable y bien cuidada, se alza en el corazón encalado de un pueblo casi fronterizo con la provincia de Córdoba. Hacía sol.

Tal y como me afirmó Verne9 con cierta antelación, es una gran persona. Afable, lleno de bondad. Pero a veces se afila cuando el miedo llega como un puñetazo repentino.

—Me da espanto pensarlo. Aunque en aquel momento aguanté. Aguanté ahí de pie, con aquello a mi lado. Era un *aparecido*...

El rostro fuerte, al igual que en sus años mozos, guarda esa cicatriz invisible que solo se percibe en la mirada, en la expresión. Era como si mi visita le hubiese devuelto el fantasma de la angustia.

—Yo le disparé a aquello —cogió con las manos un fusil imaginario—. *Ratatatátá*. Y mis compañeros se desmayaron. Se vinieron abajo a la vez. Yo creía que moríamos allí... que era el fin. El adiós...

En la mesa camilla habían quedado varias fotografías en las que aparecía en la base, haciendo el servicio. Un tiempo feliz hasta aquella noche.

Hidalgo posee una fábrica de jamones y embutidos, muy apreciados en esta zona. Me alegré de corazón que su vida, a pesar del azote del párkinson, siguiese hacia delante.

—¿Y qué hizo el perro? —le pregunté, mostrándoselo en una foto.

—¡Ah, *León!*... Era un fenómeno. He pensado mucho todos estos años... ¿Qué habrá sido de él? Algo le afectó, aquel sonido le hizo daño, lo puso nervioso, como si fuese una amenaza.

—¿Era como un silbido? —pregunté.

—Sí, pero daba miedo. Como una música...

—¿Y el perro policía se lanzó al lugar de donde salía?

—Sí..., a los matojos, tras los árboles..., pero volvía. Volvía con el rabo entre las piernas... aullando.

—Y eso te inquietó..., os inquietó.

—No era normal ese comportamiento —dijo negando con la cabeza—. ¡Era un animal fiero!..., lo adiestré durante meses... y hacía al instante lo que yo le indicaba con las señas, pero... algo lo tenía como *embruja*o.

—Y tú le mandaste atacar...

—Le hice así —dijo chasqueando los dedos— y le mandé atacar. Y es que parecía que allí, entre las matas, había algo esperándonos...

León logró merecida fama en la base de Talavera La Real. Sus hazañas habían sido muchas. Fue, entre otras misiones, uno de los canes de adiestramiento seleccionados entre los de toda España para dar definitivamente con el paradero de *El Lute*^[2].

A Hidalgo se le asomó el brillo de las lágrimas al mirar su foto...

—Era —prosiguió, señalándole una oreja— como si escuchase algo que le hacía daño..., por eso se volvía con la cabeza gacha y se rascaba aquí...

—¿El pitido aquel?

—Eso, el pitido. Como un silbar.

—¿Y dejó de obedecerte?

—No, ¡eso nunca! Lo que pasa es que... era como si chocara contra una barrera, ¿comprendes?

—Como un cerco que lo repelía...

—Eso. Y mira que era un fenómeno este pastor alemán; sabía que tenía que protegernos... lo mandé cuatro o cinco veces contra aquello... y se volvía. Se volvía y empezaba a rodearnos en círculo, como advirtiéndonos del peligro...

—Como cubriéndoos... —dije, dejando sobre la mesa la imagen del añorado perro lobo.

—Sí. Esa era su forma de decirnos que allí había algo malo. Y no se equivocaba.

La noche de autos, Hidalgo, José Manuel Trejo y Juan Carrizosa estaban

próximos a la garita de combustibles. La zona más vigilada de la base en aquella época. Había temor a un posible sabotaje por los últimos acontecimientos vividos en España. Serían las 01:40 horas cuando el cabo J. Pavón se aproximó a ellos comunicándoles que fallaban las transmisiones y el teléfono.

—¿Habéis oído esto?

Se acercó mostrándoles el equipo portátil de comunicación interna. Unas interferencias habían acabado por bloquear los equipos de radio. Era algo extraño. Además, él mismo acababa de ver algo, como una luz o foco cayendo en un lugar frondoso de sotobosque, a un lado de las pistas y que llegaba hasta la vieja pared que separa el complejo militar de la propia carretera nacional. Estaba inquieto y sabía que en las últimas fechas habían ocurrido cosas raras. Demasiado raras. Quizá por eso pensó que era mejor indagar con un grupo reducido antes de provocar una alarma. Los malos entendidos, en aquella época, se pagaban caros.

—O quizá le entró miedo —me repitió Hidalgo.

—¿Tú crees?...

—Venía apretado. Algo había visto. Como un resplandor...

Por cierto sentido de la seguridad no aclarado del todo se envió a los tres soldados a indagar. El cabo se quedó atrás. Les acompañó otro individuo del que nunca supo el nombre.

—Es curioso —apuntó el exmilitar—, era un tipo con una guerrera y una pistola... pero nunca volvimos a verlo ni lo habíamos visto antes. Apareció allí. Y se vino con nosotros, detrás, a cierta distancia.

A día de hoy nadie sabe la identidad de ese *tercer hombre*. No consta en ninguna de las brevísimas anotaciones oficiales, donde solo se indica el término *otro*. Entre algunos miembros de la base, años después, se rumoreó que había fallecido en un extraño accidente en pleno centro, casi tirándose al capó de un vehículo, cruzando por un paso de cebra. ¿Leyendas? Quién sabe.

—Yo ya había sentido algo raro. Caminé hacia la garita y allí me encontré a los compañeros. Estaban asustados...

Hidalgo y su perro llegaron desde la zona de depósitos. Sin apenas hablarse, los militares caminaron en fila india y en paralelo al muro, adentrándose poco a poco en la negrura del arbolado.

Entonces escucharon algo...

—Era como si alguien estuviese avanzando hacia nosotros... con algo metálico...

—¿Con qué metálico? —pregunté intrigado.

Sin disimulo, el rostro de Hidalgo volvió a tensarse. Tragó saliva.

—No sé cómo explicarlo... Era como el abrir y cerrar de una tijera grande. Daba miedo... ¡Ziiim! ¡Ziiim! Como si alguien con un hacha viniese a por nosotros entre la oscuridad a toda prisa, atajándonos. Con un hacha. ¿Te lo imaginas?

Me quedé en silencio.

—¡Ziiim! ¡Ziiim!... y luego algo más fuerte. Un estruendo. No sé, como un

gruñido, como un remolino de aire...

Se puso más nervioso. Y no pudo sujetar la caja con las balas. Retembló y yo me sentí violento. Se llevó a la boca una pastilla que le dieron con un vaso de agua.

—Es duro recordarlo.

Nos sentamos en un patio cerrado y poco a poco volvió a calmarse... Entre las manos sostenía varias fotografías amarillentas...

—Aquí estoy yo unas horas antes... junto con los compañeros.

—Ya veo. ¿Y cuando suena aquello vuelves a ordenar atacar al perro?

—Sí. Le hice la señal. Empezó a la carrera y se metió entre los arbustos. Casi al momento lo vemos retroceder llorando, lastimero, y como aturdido, como mareado. Cargamos las armas al instante y apuntamos en todas direcciones...

—¿León os rodeó de nuevo?

—Bueno..., el pobre se puso entre nosotros y esa zona..., como protegiéndonos otra vez. Se rascaba las orejas como un loco y aullaba, como si algo le doliese^[3].

—Os quedáis mirando a lo oscuro y...

—Entonces apareció...

La voz de Hidalgo se volvió más grave. Por unos instantes calló. Yo hice lo propio. Miró fijamente sus propias manos... como si no acabase de creer lo que aquella madrugada lejana hizo con ellas.

—... Yo noto caer los dos cuerpos de mis compañeros a cada lado. Siento cómo me agarran de los pies y alguien grita: «¡Al suelo, que nos matan!»... Pero me armo de valor y con estas tomo el arma y disparo...; no sé cómo, pero le echo cojones... y disparo contra eso.

6

Prohibido el paso

Mil novecientos setenta y seis no fue un buen año. Y eso lo condicionó todo, los miedos, el secretismo, el silencio, y hasta las presuntas amenazas.

A lo largo del viaje, con el sol de septiembre pegando fuerte sobre el asfalto, fui recordando algunas escenas que, como en una vieja proyección, permanecen vivas en la memoria colectiva. Ecos de un contexto general en el que todo se desarrolló y en el que no es difícil comprender la delicada situación de aquellos militares y sus superiores. Es más que probable que si los mismos hechos hubiesen ocurrido en nuestros días todo hubiera sido distinto.

Pero aquel era un país asfixiado por el temor...

El 3 de marzo de ese año, Vitoria, la pacífica ciudad vasca, amaneció con negros presagios. Fuego en distintas partes de las afueras, barricadas de coches y neumáticos en las principales entradas por carretera, farolas derribadas, humo denso... y varios muertos. En la iglesia de San Francisco de Asís del barrio obrero de Zaramaga se reunían cientos de trabajadores en huelga. A las 17:20 horas, por una circunstancia jamás aclarada, las fuerzas del orden lanzaron botes de humo dentro del templo y dispararon sin miramientos contra quienes salían escapando de la nube tóxica. Francisco Aznar, panadero de 17 años, cayó redondo con el cráneo atravesado. Gritos y carreras. Un poco más allá, en una esquina perdida entre los grises bloques de viviendas, Pedro Martínez Ocio se desangraba alcanzado por tres disparos. Las trifulcas fueron las más violentas desde la Guerra Civil. Habrá 33 heridos de bala y tres muertos más. Una batalla abierta entre la policía y los trabajadores.

Vitoria, antaño tranquila e inmóvil, entró en rebeldía y la masa civil, indignada, tomó las calles en una reacción sin precedentes. Los enfrentamientos se reprodujeron durante horas eternas... y como un tumor maligno se extendieron casi instantáneamente a otros puntos del país. Así iba a transcurrir todo el año.

Semanas antes de estos incidentes se produjeron los secuestros de Oriol, presidente del Consejo de Estado, y del general Villaescusa. Día a día, las portadas de los diarios aparecían teñidas de sangre. Las tensiones políticas, económicas y sociales dieron en algunos momentos la impresión de llegar a un estado de colapso insostenible que hacía planear, treinta años después, otra contienda nacional. El 5 de abril, 29 presos políticos se fugan de la cárcel de Segovia excavando un túnel. Los disparos se trasladan a los montes. El guardia civil Miguel Gordo fallecía poco después ante decenas de testigos al intentar retirar una bandera autonómica y electrocutarse con los cables de alta tensión de un barrio de Baracaldo.

La espiral de violencia absurda, sin un minuto de descanso, se trasladó a Navarra, donde en pleno mes de mayo facciones encontradas del carlismo más rancio,

encabezadas por Carlos Hugo de Borbón y Sixto, se enzarzaron en una trifulca armada junto al monasterio de Irache. Murieron dos personas acribilladas ante comandos ultraderechistas ataviados con larga gabardina y pistola al cinto.

Como en un reguero de ira compuesto por desapariciones, tiroteos y manifestaciones no autorizadas, el Gobierno de Arias Navarro vivirá los peores momentos del posfranquismo. Con el cadáver del anterior Jefe del Estado aún caliente en el Valle de los Caídos y el retumbar reciente de los últimos fusilamientos de Hoyo de Manzanares en lo que fueron las últimas penas de muerte ejecutadas en España, empieza una de las etapas más negras y violentas de nuestra historia reciente. Toda esa intranquilidad, todo ese desasosiego envuelto en psicosis, se traslada como un espectro a cada uno de los sectores sociales. Nadie permanece calmado en ninguno de los frentes de la tempestad. Ni siquiera la órbita militar, que, reciente la coronación del rey Juan Carlos, se encuentra en estado de prealerta. Todas las instalaciones cuentan con una vigilancia especial. Como si se intuyese alguna mala noticia.

La Base Aérea de Talavera la Real, situada en un lateral de la carretera Madrid-Badajoz, en tierra llana y solitaria, es un lugar estratégico. Sus viejos muros de piedra blanca y sus cuarteles algo sombríos circundan un enclave importante dentro del MAEST (Mando Aéreo del Estrecho), con la escuela de reactores y cazas del Ejército de la llamada Ala-23. Es la conexión y frontera natural con Portugal, otra nación convulsa por la aún reciente revolución ocurrida entre claveles y fusiles.

Las noches son largas, con los soldados siempre pegados a los *walkie talkies* y, según se desprende de los documentos militares, en situación especial de acuartelamiento.

Hace un tiempo que se rumorea, entre los herméticos círculos de la institución, acerca de las repentinas visiones de «cosas extrañas» en los alrededores. Sucesos que no tienen que ver con los que cada jornada atenazan la respiración del país. No son asuntos de terrorismo, ni revueltas obreras.

Es algo mucho más raro, pero que no saldrá jamás publicado en los periódicos.

Detuve el coche ante un cartel antiguo, que a buen seguro ya prestaba sus servicios en aquel lejano 1976. Bajé por un pequeño terraplén junto al arcén y leí en silencio:

Talavera la Real: Municipio y lugar de España, provincia y partido judicial de Badajoz. 5.327 habitantes. Iglesia del siglo XIII.

Es un pueblo blanco y gris que se estira, como una serpiente, en la recta que va hacia la capital. Las casas tienen patios estrechos donde, durante parte del año, se hace la vida a la solana. En algunos había ropa tendida meciéndose con la leve brisa. Según dicen, las cosas han cambiado en este enclave que siempre ha vivido bajo la sombra cercana de la urbe. Independiente, pero lo suficientemente próximo para que

no abunden los servicios. Hasta muy avanzados los años setenta no hubo agua corriente en muchas zonas.

Cuentan que los jóvenes van a Badajoz, los adultos trabajan en Badajoz, las mujeres compran en Badajoz... Al pasar el mediodía, bajo el sol inmisericorde de estos pagos, el silencio se apodera de todo. En un columpio un niño jugaba solo y se escuchaba el chirriar de las cadenas sobre el eje de la barra de hierro. Aún quedaba alguna construcción de adobe, estigma de otro tiempo, que se asomaba entre el hormigón y los bloques de piedra encalada alzados por el llamado *Plan Badajoz*.

En un banco, apretados, cuatro veteranos miraban el pasar de algún vehículo sin moverse. Como si estuviesen encajados desde muy temprano, casi dormitando. El suelo, de arena fina.

El sonido de tubo de escape desgarrado me hizo mirar a la derecha. Un hombre, con la cara ajada por los lustros bajo este clima, gorra de plato y camisa blanca, iba lento sobre su motocicleta con cesta en la parte del manillar.

Se paró, como si intuyese en mí al viajero despistado...

—¿Le puedo ayudar en algo, muchacho?

—Buenos días. Quería ir hacia la base...

—Pues desencaminado anda. Tiene que girar por esta carretera, que era la antigua Nacional V. ¡La más importante de España fue!

—Ya no lo es...

—Pse, pasa como todo... Ya la autopista nueva va sola para Badajoz. Antes ¡anda que no venía tráfico todo el día! Y aquí nos hemos quedado, a un lado... ¡Como los trastos viejos!

Se despidió alzando una mano, perdiéndose entre un grupo de casas idénticas, construidas tan simétricas que parecen cubos puestos al sol, con las escaleras que ascienden por el exterior, como lascas por las que caer al vacío. En la placa aún asomaban el yugo y las flechas junto a las palabras: *Instituto de la Vivienda, 1951*.

Remonté el camino y en tercera ascendí un pequeño montículo conocido como *Los Rostros*. Enigmático nombre. Desde allí eché una mirada al este y me encontré por vez primera con el lugar de los hechos. Por unos minutos me dejé llevar por una sensación difícil de explicar, una especie de angustia que a la vez era gratificante. Allí ocurrió todo.

Había que recorrer un pequeño trecho para llegar hasta el muro. La tapia blanca y larga, de tres kilómetros, se alzaba ante mis ojos como guardiana de demasiados secretos. Centinela de una trama que había que rescatar del olvido.

Sabía, por las indicaciones certeras de una nueva conexión con el sorprendente *Verne*⁹, el punto exacto donde ocurrió todo. Y allí me acerqué, sigiloso, rodando más despacio y escuchando la gravilla del arcén en las ruedas. Quedaba lejano el acceso principal y no había vigilancia. Una garita, como muerta, sin nadie, agrietada por dos lados, aparecía cual viejo cimborrio. Ovalada y tocada con una tosca cúpula, mostraba un ventanuco al exterior. De ahí partió la «avanzadilla militar» en *La noche*

del miedo.

Saqué la cámara y disparé unas cuantas veces, aun a sabiendas de que tendría que dar muchas explicaciones si me descubrían los soldados. El viento, que me recibía desde la llegada a esta tierra, se colaba por el orificio cuadrado como si fuese una boca que ulula hacia el interior. Un interior donde solo se adivinaba bosque.

Según me advirtieron, los altísimos árboles, testigos silenciosos de lo ocurrido el 12 de noviembre de 1976, fueron talados poco después.

¿Acaso se encontró algo? ¿Pudo quedar la vegetación afectada?

Detuve el motor, me incliné sobre el reposacabezas y dibujé con tranquilidad los principales rasgos del «lugar de los hechos». La carretera, esa carretera donde también ocurrieron cosas jamás confesadas, pasa llana junto a la base.

Desde el kilómetro 388 al 391 discurren ambas, carretera y tapia, en paralelo. Saqué del lateral de la bolsa de las cámaras unos cuantos papeles doblados en los que estaba escrita la documentación sobre este enclave. Di un trago al botellín de agua y leí: *Fundada el 10 de diciembre de 1953, la base alberga hoy el Ala 23 de Instrucción de Caza y Ataque, conocida en la jerga militar como «patas negras». Los reactores de combate más importantes (T-33ª Shooting Star, F-86 Sabre o el F-5) han tenido aquí su campo de pruebas. Sus pilotos, hombres de una pieza, preparados minuciosamente para controlar estas máquinas del cielo, se cuentan entre los más experimentados.*

Mentalmente, como añadiendo texto al párrafo, pensé que muchos de ellos fueron protagonistas de insólitos encuentros sobre los que siempre recibieron una sola orden: silencio.

La «calma chicha» que imperaba en la zona jugaba a mi favor. Merodeé por el exterior y traté de observar el entorno para imaginar con precisión cómo sucedieron los hechos. Desviándome por un lateral tomé un camino rural muy estrecho que bordeaba la instalación. Había algún cortijo blanco en la lejanía. ¿Serían también testigos de aquello sus habitantes?

Al fondo, una instalación de radiotransmisores centelleaba con los últimos rayos de sol.

Una valla alta de alambre cortaba el campo justo en ese punto: *Prohibido el paso.*

Aquí me maté yo

Años antes de la odisea protagonizada por Hidalgo y sus compañeros, otras muchas personas habían denunciado la presencia de una «mujer» que algunas noches cruzaba lentamente el asfalto portando un vestido largo. Algunos testimonios civiles afirmaban sin vacilación que al pasar por ese punto exacto de la antigua Nacional V los faros del coche habían sorprendido a una figura que parecía ir vestida con retales o harapos portando un bulto en sus brazos. Por lo menos tres juraban, con pánico, haber visto a un bebé en ese bulto.

La mayoría de las ocasiones, los conductores frenaban a tiempo de observar cómo *La portuguesa* —que así la bautizó la voz popular— giraba su mirada hacia el auto y poco a poco, sin que en ningún momento se observase contacto de sus pies con el suelo, iba penetrando en el margen derecho, desapareciendo junto a la tapia blanca de la base militar.

Hubo quien aseguró que aquella visión atravesaba literalmente el muro de piedra, como si fuese una simple cortina de vapor. Otros, rebobinando la memoria, recordaban un accidente mortal en el que pereció una mendiga del país vecino junto a su hija de cuatro meses. Al parecer, el automóvil causante de la tragedia no se detuvo, dejando los cuerpos inertes desangrándose junto al arcén.

*Verne*⁹ fue directo al grano en uno de sus enigmáticos envíos —siempre efectuados desde diversas cuentas de correo gratuitas posteriormente canceladas y desde las que jamás obtuve respuesta— consistente en once hojas llenas de terminología, redactadas a modo de expediente de incidencias interno y encabezadas con la palabra *Informe N.º 1*.

En él, a grandes rasgos, se relacionaban otros hechos que jamás trascendieron del perímetro de la base. Lo significativo es que, al parecer, acontecieron previamente y en el mismo entorno, junto a la garita de combustibles. En ese envío se afirmaba sin tapujos que:

—Suceso 1: 6 de noviembre. Dama de blanco. Testigos: suboficial de guardia y varios soldados que llegan hasta el lugar en Land Rover alertados por centinela de garita de combustible. Presencia de luz extraordinaria, posterior visión de figura con camión blanco que avanzó bajo las lámparas de seguridad de la zona. Se deslizaba. Permaneció medio minuto parada y giró cambiando de dirección. Los dos refuerzos quedaron paralizados, sin poder dar el alto por la impresión sufrida. Se detecta ausencia de miembros inferiores en la entidad. Interviene el cabo primero del cuerpo de guardia de perreras. Por nerviosismo se disparan 7 u 8 balas que impactan en el muro. La aparición no se ve afectada y se esfuma

atravesando la tapia, a pesar de que, según los testimonios, parecía tener consistencia y no ser algo etéreo.

Sin duda, estos detalles en torno a la posible existencia de una macabra leyenda justo en el lugar donde posteriormente ocurrirían los hechos hacían el asunto mucho más apasionante y me obligaban a desplegar tres nuevas vías de investigación: hurgar en todos los archivos y hemerotecas en busca de la noticia de aquel antiguo atropello, atravesar el solitario tramo en varias ocasiones en plena madrugada y, por último, entrevistarme con protagonistas de este tipo de encuentros en plena carretera.

Y fue, inesperadamente, esta última directriz la que mejores resultados y más sorpresas me proporcionó.

He de reconocer que mi magro conocimiento —si es que se puede tener alguno en estas cuestiones— sufrió un revolcón imprevisto. Y es que las observaciones de aquella supuesta indigente espectral se me antojaron, desde un principio, como una deformación de una leyenda urbana bien conocida por los estudiosos y folcloristas: la chica de la curva.

¿Quién no ha oído hablar de ella? ¿En qué lugar no se aparece ya la buena mujer? En definitiva, a estas alturas, ¿quién iba a creer en ese cuento?

Era curioso, eso sí, que la historia tuviese lugar precisamente allí, separada tan solo por una tapia de un caso con disparos, informes y secretismo por parte del Ejército del Aire. Un auténtico Expediente X y una escena arquetípica de lo fantasmal unidos en un mismo espacio. ¿Acaso me encontraba ante las dos caras de un mismo misterio?

A priori, sobre este fenómeno de las «apariciones» existen un sinfín de teorías, la mayoría coincidentes en señalarla como un terrorífico mito moderno que se popularizó en diferentes vías donde habían sido frecuentes las muertes trágicas. Por desgracia, en nuestra red nacional de carreteras hay donde elegir. La memoria las identifica inconscientemente con figuras que, de algún modo, alertan del peligro de determinado tramo y, por otro lado, claman venganza por su desgraciado final.

La leyenda, sin embargo —y esto es algo que empecé a conocer al adentrarme en determinados archivos—, no es nueva. Desde el siglo XVII —concretamente 1602— en Europa central ya se conocían historias de las «damas de los cruces de caminos» que obligaban a detener los carruajes con su presencia, efectuando breves paseos que siempre se iniciaban y morían en el mismo punto, como si fueran una condena eterna.

En algunos casos, las mujeres —que incluso se manifestaban con su propia cabeza entre las manos como *La decapitada de Etch* en Holanda— subían a las caballerías y desprendían un aliento gélido que espantaba a los jinetes. En ocasiones se escuchaba el llanto insistente de un niño. De un bebé.

Antropólogos, folcloristas y sociólogos de la talla de los profesores Jan Brunvand, Berdseley y Hankey —que realizaron un estudio en 1943 de 79 incidentes ocurridos en Estados Unidos—, Laura Bonnato, o los españoles Ortí y Sampere, se han

interesado vivamente por este fenómeno que —y ahí radica el irritante misterio— muchos aseguran haber vivido en primera persona. Incluso el escritor ya desaparecido Manuel Vázquez Montalbán encargó a su célebre detective literario Pepe Carvalho investigar las apariciones de una de estas «damas autoestopistas» de la costa catalana. En su libro *Historias de fantasmas* el prolífico autor describía fielmente la dinámica de este tipo de sucesos en fragmentos como el que sigue:

—Neus —dice con voz grave.

—¿Qué? —contesta su acompañante distraídamente.

—La chica se ha caído.

—¿Qué chica?

—La que venía con nosotros.

Y frena hasta detener el coche. Neus se ha vuelto y contempla sorprendida el vacío asiento trasero. El coche da marcha atrás hasta llegar a la curva. Se para. Descienden. Buscan entre los matorrales iluminados con los faros. Nada. Nadie. La pareja se mira entre el pánico y el alucinamiento.

—No hay más remedio que acudir a la Guardia Civil.

La gran pregunta sigue abierta: ¿Acaso las leyendas pueden tener testigos fidedignos y reales?

La respuesta, como todo en este universo, es compleja. Para casi la totalidad de los estudiosos se trata de un cúmulo de relatos basados quizá en algún hecho primigenio del que no han quedado evidencias. Sin embargo, en este tiempo de búsqueda he ido constatando —a pesar de mi inicial escepticismo— que quienes se habían topado con estas apariciones cara a cara no albergaban dudas de una realidad tan física y palpable como las páginas de este libro.

Como para venirles a ellos con lo del mito.

Pero ¿existen documentos fiables y testimonios rigurosos de personas que se han encontrado con estas visiones? ¿O siempre hay que hablar del consabido amigo de un amigo?

Con esas dudas —y con el secreto fin de encontrar el origen de la historia de *La portuguesa*— comencé a sumergirme en una serie de pesquisas que empezaron a arrojar luz... al tiempo que añadían misterio al caso que me ocupaba de manera casi febril.

Los archivos revelaron no pocas sorpresas en el ámbito policial. Oficialmente, uno de los incidentes que realmente llegó hasta las dependencias de la Gendarmería fue el ocurrido en Palavás (Francia) en 1981. El 20 de mayo el inspector jefe de la comisaría central de Montpellier redactaba la declaración de cuatro jóvenes que habían encontrado a una mujer solitaria y descuidada de unos cincuenta años haciendo autoestop en la intersección de la carretera hacia Villeneuveles-Maguelonne. Dentro del vehículo, recorrido tan solo un kilómetro, se escuchó un

grito:

—¡Cuidado con la curva!

Acto seguido se unieron a él los aspavientos y el espanto de los dos pasajeros de atrás que compartían asiento con la viajera que acababa de volatilizarse. Presos del pánico, enfilaron ruta hacia la comisaría donde, al parecer, ya habían recogido por lo menos tres denuncias sobre hechos muy similares en el mismo punto exacto de la carretera comarcal y siempre refiriéndose a la misma mendiga.

En nuestro país, la agencia *Europa Press* publicaba en 1986 uno de esos teletipos que pronto son olvidados en alguna papelera de las redacciones. Al parecer, la Guardia Civil había recogido varios testimonios de asustados conductores que aseguraban haberse topado con «una dama» que desaparecía del interior de los coches alertando del peligro de una curva cerrada en un punto de la Guipúzcoa interior, donde ella misma había encontrado la muerte. Como siempre, la burla irrespetuosa del entorno hizo que las bocas se sellaran automáticamente y que un manto de silencio recorriese toda la zona hasta convertir cualquier alusión a aquellos sucesos en un tabú. Nadie iba a hablar.

Conocía de sobra la situación, y quizá por eso fui trillando con especial suavidad el asunto. Así llegué hasta el caso primigenio denunciado ante la comandancia por Lorenzo Abad en diciembre 1981. Todo ocurrió en la llamada *Curva de la Pólvora*, muy próxima a la localidad de Deva, en una noche lluviosa que recordaba así:

—Bajábamos hacia el pueblo mi mujer y yo y vimos al lado de la carretera una chica haciendo autoestop. Paramos para recogerla, pues nos dio lástima..., y al cabo de un par de curvas nos advirtió que tuviéramos mucho cuidado con el estado del asfalto, que según ella estaba muy deficiente. Lo repitió varias veces. Nos dijo muy nerviosa que había tenido un accidente ahí mismo... y entonces, en un movimiento lógico de mirar por el retrovisor, me di cuenta de que ¡ya no estaba allí! Pegué un frenazo. La puerta no se había abierto, no habíamos parado..., ella no había podido bajar por ningún medio..., el caso es que lo habíamos visto los dos... ¡Habíamos hablado con ella durante medio minuto! ¡Habíamos escuchado su voz! Y... ¡Desapareció ante nuestros ojos!

Como para olvidarlo.

Un caso semejante ocurrió una tarde —también lluviosa— del mes de septiembre de 1969 en la Nacional II a su paso por la población barcelonesa de Torderá. El testigo, que viajaba solo, se llamaba Antonio Baudoin y quedó marcado de por vida.

¿Y cuánta gente como ellos permanecería en silencio?

Oficialmente, estas eran las referencias más fiables de *la chica de la curva* en nuestro país. Al pasar a limpio aquellos escasos datos a mi cuaderno, tres preguntas repetitivas continuaban haciéndome daño en la sienes: ¿Seguiría hoy en día habiendo testigos de este tipo de sucesos? ¿Sería la gente capaz de afirmar sin rubor «yo lo

vi»? Y sobre todo, ¿se atreverían a abandonar el silencio si se les proporcionan los condicionantes de respeto precisos?

Una noche de mayo inicié un experimento radiofónico a través de las ondas de *Milenio 3* en la Cadena Ser a la búsqueda de una respuesta. A las 01:33 horas del viernes 28, tras encenderse el piloto rojo, me dirigí a la audiencia con las siguientes palabras:

—Estoy especialmente impactado con el programa de esta noche. La semana pasada, tras sacar a colación el asunto de las «apariciones de carretera» en torno al cual me mostraba partidario de la hipótesis de la mera leyenda, recibimos más de 750 testimonios por *sms* de personas que afirmaban ser testigos directos de ese fenómeno. Con nombres, apellidos y teléfonos... Todo esto en apenas hora y veinte minutos. Entonces, ¿se trata de una leyenda? ¿O tenemos que empezar a hablar de algo más complejo? Lo indudable es que algo pasa...

¿Alucinaciones que se meten dentro de los coches...? Es posible...

Son personas como vosotros, como nosotros... como cualquiera, que una noche se encontraron con lo extraño, que dieron la mano a lo extraño. Que lo metieron en su camión, en su vehículo... ¡Que hablaron con lo imposible!

No lo disimulo, estoy muy impresionado, pues el material que nos llega es digno de un estudio sociológico. España en el 2004, siglo XXI... Y nos llegan 750 casos distintos; cada uno, un mundo. Nos vamos a sumergir en todo esto. Nos lo pedisteis y os lo prometimos. Preparaos.

Esa noche la radio sirvió para levantar un secreto que casi siempre quedaba atrapado en los círculos más íntimos de los testigos. En total llegaron más de 1.200 sucesos independientes desde todos los rincones de España. Nunca se había hecho un experimento de este tipo y mi visión del asunto comenzó a virar a fuerza de ir escuchando las voces de los amigos que habían sido protagonistas de estos hechos. El Estudio 1 se quedó gélido a pesar de encontrarnos en plena primavera. Una tras otra, las confesiones de los protagonistas seleccionados que nos habían enviado previamente sus datos y dirección iban apoderándose del aire. Y yo, escuchando, tomaba notas rápidas con la mente siempre puesta en *La portuguesa*...

—Soy Alberto, conductor de rutas fijas en Valladolid y Palencia. Esto me ocurrió en las proximidades de Olmedo... hacia las cuatro de la madrugada. Estoy acostumbrado a circular de noche y no tenía el más mínimo sueño. Iba tranquilamente, a muy poca velocidad por un tramo, hasta que, como es costumbre, mire al espejo retrovisor izquierdo... y allí apareció la cara de una mujer. Una mujer madura que me vigilaba con gesto hosco. Tendría cuarenta años, los ojos algo rasgados y el pelo cogido hacia atrás... ¿Qué es esto?, grité.

Me froté los ojos, y ahí la vi de nuevo, como flotando, acercándose sin pisar el suelo y en paralelo al camión. Sentí angustia, aceleré y aquello desapareció... lo dejé atrás. Realmente no pude ni volver a mirar.

A las 01:46 horas entró en antena Emilio, de Huelva. El miedo en la voz se percibía con facilidad:

—Hola, Emilio. ¿Tú circulabas con tu padre aquella noche?

—Efectivamente, Iker. Íbamos los dos... Salíamos del pueblo onubense de Jabugo por una comarcal y yo conducía con las largas puestas. De pronto salió del arcén lo que parecía una figura humana... allí, a aquellas horas... nos extrañó.

—¿Ralentizaste el vehículo?

—Sí, pues nos quedaba a un centenar de metros. Nos acercamos y los dos fuimos sintiendo el miedo a la vez. Era una mujer de muy avanzada edad, algo físico, vestida con ropajes negros... la luz la enfocó... y vi la cara perfectamente, como con la mirada perdida...

—Y así fuisteis pasando junto a ella, poco a poco...

—Sí, y casi al llegar se cruzó de un lado a otro. Y entonces es cuando el corazón me dio un vuelco. ¡Aquello cruzó la carretera en un segundo! ¡Como si se deslizase! Me fijé y vi que llevaba una mano muy arrugada, cerrada en un puño, y la otra extendida, como haciéndonos una señal... Parecía que no quisiera que avanzásemos...

—¿Como si os advirtiese de algo?

—Es posible, pero sentimos pánico. Aquello era de película de miedo. Por intuición, por el terror que teníamos, seguí rodando a pesar de casi llegar a pararme. Daba la impresión que quería que bajásemos. Entonces miré a mi padre, que no cree en cosas de estas y con el que he viajado años y años, y lo vi paralizado por el miedo. Así estábamos los dos...

—¿Y qué hizo la anciana?

—Se esfumó... De pronto no estaba allí. Sentí un nudo en la garganta; aquella ropa, la forma en que se cruzó... ¡Ni un atleta hubiera hecho eso!... Nos fuimos de allí lo más rápido posible..., sin hablarnos entre nosotros...

Así fue transcurriendo el programa de aquella noche. El aluvión de testimonios demostraba a las claras y para quien quisiera escucharlo que el fenómeno existía y que iba más allá de cualquier leyenda. Pero ¿qué veía realmente la gente?, esa gente que «subió» a las «apariciones» a sus vehículos compartiendo con ellas varios kilómetros, esa gente que sorprendió figuras de niñas que cruzaban «vestidas como en la primera comunión» por un camino secundario embarrado, mirando con extraña sonrisa y desapareciendo entre los arbustos del lugar... ¿Qué guardaban en secreto

desde hacía años, y por qué esa noche habían decidido romper su silencio tras escuchar a otras personas confesando abiertamente sus experiencias?

Los especialistas científicos, como el psiquiatra José Miguel Gaona o el prestigioso forense Jose Antonio García Andrade, nos hablaban de la posibilidad de algún tipo muy complejo de alucinaciones sensoriales, pero en el fondo se sentían igual de abrumados que nosotros.

Diez minutos después la pantalla de los *sms* titilaba con otro mensaje importante:

sms 497: Hola, amigos de Milenio 3, soy José Luis, de la Sierra de Aracena. Es totalmente cierto lo que dice Emilio. Yo vivo cerca de Jabugo. Esa «vieja» a veces ha aparecido acompañada de una niña. Muchos la hemos visto.

Los cientos de testigos incluso coincidían en puntos exactos del mapa de la red viaria. Y las tierras extremeñas, por supuesto, no se quedaron al margen:

—Cuando son las 02:18 horas establecemos comunicación con David, que nos va a contar lo que le ha sucedido a su madre, que está muy impresionada tras el suceso y casi no puede articular palabra. Buenas noches, amigo. ¿Me equivoco?

—Hola Iker. Sí, estás en lo cierto. Como bien dices, le pasó a mi madre en 1994. Ella, como cada día, iba a trabajar al hospital Virgen del Puerto de Plasencia, y al pasar por la llamada curva de Miravet vio lo que le pareció un hombre alto todo vestido de negro, parado en el arcén y tocado con una especie de sombrero...

—¿Le asustó aquella presencia por lo inusual?

—Claro, conocía la ruta y nunca lo había visto... pero allí estaba muy quieto. Salió de allí muy asustada... Y peor fue al día siguiente, cuando volvió a verlo. Llovía a cántaros y allí estaba, muy alto, enhiesto, con el sombrero y la ropa como negra y antigua... mirándola fijamente...

—¿Llegó con mucho miedo a casa la segunda noche?...

—¡Buf!... Estaba llorando, aterrorizada, repetía que aquello era muy alto, altísimo, allí sin moverse a pesar del frío... Y al pasar a su vera intentó acercarse y vio dos ojos muy redondos..., algo que la aterrorizó. Entonces mi padre, que es policía, decidió ir para allí. Cogimos la linterna y, muertos de miedo, llegamos al punto exacto.

—¿Os fuisteis allí en mitad del monte?

—Sí, mi madre estaba presa del pánico y algo le había ocurrido. Alumbramos la zona, pero no había nadie ya. Entonces nos quedamos helados...

—¿Por qué?

—Dos días antes de que apareciese ese ser había pasado algo... algo grave.

—Te escuchamos, David...

—Un hombre anciano se había suicidado lanzándose desde el castillo que esta justo al pasar la curva... Otra gente en el pueblo lo había visto también.

—¿Allí mismo?

—Allí justamente. Había unas ruinas desde las que se subió y se lanzó de cabeza... y allí lo habían visto, con el sombrero... altísimo.

—Tu madre seguirá muy impactada...

—Bueno, toda la familia. Ella desde entonces cambió el turno para no pasar ya nunca por ese sitio de noche.

Al acabar el programa tenía un mapa lleno de puntos marcados. Las curvas de Itziar se unían a las de Garraf y Rabassada en Barcelona, a las de El Escorial o Majadahonda en Madrid, a la de Los Úbedas en Almería, a la de Arroyo de la Luz en Cáceres, a la de los Acantilados de Ceuta, a la de Bascara en Gerona, a la de Las Doblas en Sevilla... y, por supuesto, a la antigua Nacional V a su paso por la tapia de la base de Talavera la Real.

Alarma general

—Yo sí recuerdo algo..., pero no sabía que la llamaran *La portuguesa*. Más bien escuché hablar de una dama de blanco justo en la curva... Eso sí, os juro que se pagaban caras las guardias para no pasar allí la noche en aquella garita. Era un lugar con mala fama. La zona más solitaria y oscura de la base...

A cada lado de la mesa, Andrés Herrera y Roberto Gómez, dos activos investigadores de la zona, tomaban notas con rapidez. Tras no pocos vericuetos, me habían llevado en volandas hasta un testimonio de excepción: alguien que llevaba un cuarto de siglo con la boca sellada.

Los movía, por fortuna, el puro y noble interés de conocer algo que aconteció en su tierra y que en su día —principalmente a Andrés, que hizo el servicio militar en la base— se les antojó apasionante tras hablar con algunas personas que intervinieron en la alarma general provocada aquella noche.

Y ahí estábamos, mirando fijamente al policía militar Emilio Roa mientras hacía una pausa para dar buena cuenta del mollete con mantequilla que le acababa de preparar el camarero.

—Esa historia fantasmal repetida tantas veces, ¿no podría haber generado la leyenda sin base en torno a la garita? —pregunté mientras algunos obreros se iban acomodando en la barra del pequeño bar que hacía esquinal al final del extrarradio.

—Mira, yo te digo que eso es lo que se comentaba —respondió escrutándome y haciendo una pausa con el café a mitad de camino hacia la boca—, y te digo también que el miedo era real. Esto antes de lo de aquella noche, claro. Luego la historia de los tiroteos se convirtió en un suceso imborrable que los veteranos contaban, promoción a promoción, con el objetivo de asustar a los quintos más jóvenes.

—Pero fue verdad...

—Tan verdad como esta taza. Yo la viví. De eso puedes estar completamente seguro. Y de que no gano nada contando esto, también.

Callamos los cuatro, ante el repentino estruendo de la máquina del café.

—¿A ti cómo te despiertan aquella madrugada? ¿Cómo recuerdas el momento en que se toca *general*? —terció Herrera.

—Joder... ¡Eso no lo olvido yo mientras viva! Nos sacaron casi por la pechera. Algunos salimos en calzoncillos, con el uniforme, sin calcetines y con las botas por acordonar. En mi zona recuerdo, como si fuese hoy, el momento en que entró a las literas un teniente con un hatillo de mantas y dentro los fusiles. Había decenas. Iba repartiendo los cargadores a toda prisa, estábamos todos acojonados. Pensé ¡qué se yo!... un atentado, un sabotaje... ¡De todo se me pasó por la cabeza!

—Pero se tocó alarma, ¿no?... —pregunté acercándole la grabadora hasta el

borde de la mesa de formica.

—Claro. Preguntábamos: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Y nadie respondía... La alarma tuvo que llegar hasta todas las bases militares del Mando Aéreo del Estrecho. Algo muy grave. Fuera, en la noche, se oía la sirena a tope, movimiento por todos los lados... De fondo escuché ya alguna ráfaga de disparos... Allí podía haber muerto alguien.

El silencio, de nuevo, era total. Al fondo sonaba el televisor con las primeras noticias de la mañana. Le dejamos saborear el desayuno interrumpido.

—Y cuando bajas a las pistas, ¿observas algo raro?

Emilio Roa cerró los ojos un momento...

—Cuando cojo el *cetme* y salgo a mi puesto pasando por una zona arbolada, oigo algo... algo como un sonido de cadenas. No sé si me explico. Como si arrastrasen eslabones muy pesados. Pero no se veía a nadie. Algo que se me aproximaba... Se me pone la carne de gallina.

Se arremangó la camisa y me enseñó el antebrazo. Yo anoté en el cuaderno, muy aprisa y para no perder detalle, las siguientes palabras: *efecto pardal*^[4].

Seguí escuchando...

—Aún tenía los gritos de los mandos en la cabeza y cuando llegamos a la zona, casi con el corazón en la boca, me encuentro un remolino de gente. Y entonces ya es la leche. Allí se había disparado, pero no estaban los casquillos.

—¿Cómo que no estaban?

—Que no. Que te digo yo que no. Y la gente rastreaba, se mesaba los cabellos. Todos venga a decir: «¡Madre mía! ¡Qué ha pasado aquí!». Y cosas por el estilo. No había ni rastro. Y tampoco los árboles estaban rotos o con marcas del tiroteo. Y sin embargo, hacía un minuto se habían disparado muchas balas en varias direcciones y sin cuartel. Aquello tuvo que quedar hecho un estropicio..., pero nada.

—¿Y nunca aparecieron? —preguntamos los tres a la vez.

—Jamás. Como si hubiesen robado todos los casquillos. Las balas tampoco estaban... y lo que sí se notaba era el nerviosismo en toda la gente. Tampoco había orificios en la tapia. Y en fin..., la verdad es que...

Aguardamos la siguiente palabra.

—Nos empezó a entrar a todos como una sensación de pánico. De fondo vi que se llevaban a algunos testigos al botiquín. Al parecer, todos se habían desmayado al ver aquello...

—¿Y qué decían los mandos? ¿Cómo lo explicaban? —dijo Roberto Gómez tras regresar con un vaso de leche entre las manos.

—Bueno, allí explicación cero. Nada. Hubo tiroteos durante horas y en diferentes partes de la base. Eso lo recuerdo muy bien. Las escuchábamos. Hubo un descontrol general, una psicosis... un pánico que, y esto es lo curioso, se metió en la piel de todo el mundo. ¿Cómo pudo ser? Allí estábamos gente muy bragada, y sin embargo... No

sé a qué se debió ese fenómeno, pero me lo he estado preguntando los últimos veinticinco años... ¡Veinticinco años!

—Os obligaron a retiraros del lugar, imagino...

—Claro. Se respiraba miedo. Eso os lo certifico. Y total, que casi a la amanecida me destinan a mi puesto de meteorología y horas después, ya en mi cama, escucho algo que me deja helado...

Emilio Roa, tan sumido en su vivencia, reparó de pronto en nuestras tres caras con la boca abierta...

—Resulta —prosiguió bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro— que distingo dos voces. Era el general L. S. Z., que le decía u ordenaba a A. M., comandante de Meteorología, realizar un informe. Algo así debía ser. Total, que acerco él oído y los escucho discutir fuerte. A. M. le decía al mando que él no iba a firmar aquello. Que se negaba en redondo. Que esa explicación de una alucinación provocada por el viento no se la iba a creer nadie. ¡Que aquello era menos creíble que la verdad!^[5]

—¿Y al día siguiente? —exclamamos los tres casi al unísono.

—Después, ya nada. Silencio total y absoluto. Hasta hoy. Aquí paz, y después gloria. Recuerdo que vimos un coche civil, aparcado, completamente tiroteado... y eso fue ya la comidilla. A los soldados ya no los volví a ver nunca más. Después de que al día siguiente en el comedor central pasase algo muy extraño...

Bigote recio, altura y corpulencia considerable, removió la cucharilla y sonrió, como calibrando la importancia de lo que iba a decir.

—Al mediodía siguiente, en la comida, toda la base hablaba de lo sucedido. De pronto notamos que alguien estaba muy enfermo. Era uno de los soldados que vieron aquello y que estuvieron en el tiroteo. No nos habíamos percatado de que estaba allí, lo vimos muy pálido, demacrado... y pensamos que lo acabarían de traer de botiquín y que lo habrían dejado allí para tomar una sopa o algo. De pronto, sin venir a cuento, se puso en pie y empezó a gritar.

—¿A gritar allí en medio?

—Un alarido tremendo y todos mirando. Y él, con una cara de miedo como yo nunca he visto en un ser humano, se queda fijo en una esquina del comedor. Se queda clavado y se tapa los ojos. Esa cara yo no la olvido mientras viva. Luego se le ponen los ojos en blanco y cae como una peonza. Pensamos que estaba muerto, pues cayó con la nuca hacia atrás.

—Pero, por fortuna, sobrevivió... —sentencié mientras, delicadamente, sacaba mi cámara de la bolsa.

—Pero se lo llevaron... Pero oye, por cierto...

—¿Sí? —le dije, aguantándole la mirada que se había vuelto casi inquisidora.

—Que no te he dado permiso. No quiero que me hagas una foto.

Con el mismo gesto, un poco contrariado pero comprendiéndolo perfectamente, guardé la *Nikon* ante la orden del hoy policía pacense. Sin rechistar. Su rostro volvió

a relajarse...

—No sé qué le pasaría a aquel hombre. Todos vimos aquello... Es como si le diese un ataque y perdiese la conciencia. Lo fuerte es que esa tarde fue la última en que vi a uno de ellos. Nunca volvieron después de aquello. Desparecieron. Recuerdo que él gritaba: ¡No veo! ¡No veo!...

—¿Te acuerdas todavía de aquellos gritos?

—Los estoy oyendo.

No fue el viento

Outlook Express. Bandeja de Entrada.

Mensaje de: Verne9

Para. Iker Jiménez. Iker@ikerjimenez.com

Buscaron todas las posibilidades de culpar a los propios soldados de lo que allí había ocurrido. Era difícil explicar a los superiores los tiroteos, las carreras, los posibles heridos. Tiene que haber algún documento que demuestre que la teoría del viento fue un absurdo más. Y tú puedes encontrarlo. En la propia base nada te van a proporcionar. Pero quizá en otras instituciones puedas acceder a las pruebas inequívocas de que no hubo ningún temporal extraño que se gestó solo entre aquellos muros.

*Lo que hubo es un ser. Un ser desconocido que llenó a la gente de miedo.
Y contra el que se disparó.*

¿Se da una alarma general por el viento?

Demasiados *efectos especiales* hubo aquella noche como para culpar a la naturaleza...

Tras una mañana entera de intensas pesquisas en el centro de Badajoz lo tuve más claro: la hipótesis de las circunstancias climáticas especiales eran muestra evidente de lo escabroso de la historia en la que me estaba sumergiendo.

Efectivamente, ciertos militares pretendieron explicar lo sucedido acusando a una serie de potentes rachas eólicas como generadoras de espectaculares movimientos en árboles y ramajes que acabarían gestando una complejísima serie de alucinaciones. Lo dicho, de película de terror. Esta fue una teoría que se trazó y planificó con frialdad dentro de la base y que bien pudo haber sido la tesis oficial en un primer instante: había que explicar lo sucedido a toda costa, y aquel 12 de noviembre de 1976 ya estaba teñido de confusiones y negros presagios. Nadie parecía dispuesto a investigar, pero sí a ocultar.

—¡Por fin! —exclamé, inclinándome sobre el largo mostrador vacío a aquellas horas.

En aquel edificio estaban los datos, y tras varias horas de tediosa espera, no pude contener la alegría al tocarlos con mis propias manos.

La funcionaria no comprendía mi sonrisa. Y mejor no dar explicaciones.

Respiré profundo al fotocopiar aquella lista de documentos. Nunca unas cifras me parecieron tan valiosas. Con el *dossier* entre las manos —que incomprensiblemente nadie había consultado en un cuarto de siglo—, la absurda teoría del viento no se sostenía ni por un instante.

El observatorio meteorológico de Badajoz «Base Aérea Talavera la Real», situado

en la propia torre de mando, sobre la vega del río Guadiana y con el llamado Jardín Meteorológico a 80 metros de esta, daba unos resultados que hacían imposible la especulación. Según los números puros y duros, durante el mes de noviembre no hubo un solo día de tormenta, y la racha de viento máxima fue de 65 kilómetros por hora. O lo que es lo mismo, la octava marca del año 1976, incluso por debajo de la media anual, situada en los 73,75 kilómetros/hora.

Para más *inri*, la media total de ese mes desde 1961 —fecha en la que empezaron las mediciones— da un resultado de 68,8 kilómetros/hora, con lo que llegamos al sencillo resultado de que aquel noviembre de 1976 fue uno de los meses menos ventosos de los treinta años de funcionamiento del observatorio.

Alucinante.

El recorrido del viento —aunque parezca mentira— fue, con un dígito de 62,82 kilómetros, el menor de todo 1976. Es decir, nos encontramos —por desgracia para los fabuladores y componedores de verdades oficiales— con el mes más tranquilo de todo el año.

Esta es la única verdad científica; aquello no pudo ser provocado por el viento.

Ahora bien, ¿fue un ser tal y como aseguraba *Verne*? ¿Un ser venido de dónde?

...

Intuí que aquella noche tampoco iba a pegar ojo. Mis sueños eran pesadillas repetitivas y en ellos escuchaba gritos e imaginaba la escena de aquel militar cayendo redondo en el centro de un inmenso comedor vacío. Así lo veía en mi mente. Una y otra vez.

Un lugar frío, vacío y con mesas largas con platos puestos, pero sin gente. El soldado se quedaba allí, sin auxilio, en mitad del suelo, como revolviéndose en un ataque de histeria y gritando de tal manera que, aun despertándome repentinamente en mitad de la madrugada, creía estar escuchando aquellas palabras dentro de la habitación del hotel:

—¡No veo! ¡No veo!

10

USA Military

Transcripción íntegra de lo que apresuradamente escribí en mi cuaderno al clarear el día 14 de febrero de 2002, en el interior de un hotel a las afueras de Badajoz:

03:59 horas/Una visión

Me despierto y algo me indica que no estoy solo.

Noto cómo el corazón se me acelera... Cierro los puños y me subo la sábana al cuello. No he escuchado la puerta, pero no me cabe la menor duda de que está aquí. ¿Quién ha entrado en silencio?

Miro al frente, esperando encontrarme una cara que intuyo se acerca atravesando lo oscuro.

No sé si saltar a un lado. Si lanzarme de cabeza hacia la ventana del balcón. Mi mano se agarrota, estirándose hasta la bolsa, en busca de un objeto contundente como la cámara. Pero no llego. Y él está allí... mirándome.

Alargo el brazo y tanteo la pared derecha en busca del interruptor. Tampoco alcanzo. Poco a poco escucho una respiración. Siento frío, como si el aire se hubiese helado, y noto cómo se me va reventando el pecho por la presión. Las piernas hormiguean, durmiéndose a la vez... paralizadas.

Hay otra persona dentro de la habitación 521, y el móvil está demasiado lejos, en la infinita distancia que hay hasta el taburete con mi ropa...

Miro al frente y lo veo... con los brazos en cruz. Presiento que algo malo es inevitable.

Y que me va a pasar.

Es tanto el miedo, que intento incorporarme, plantarme ante él. Lo hago de un tirón y la penumbra se mitiga con la luz de farolas que entra por la ventana. Veo una espalda que va alejándose. Me vuelvo a encoger. El espejo situado frente a la puerta del baño me permite ver pasar fugazmente al intruso.

Sin piernas.

Estoy mareado y respiro fuerte. Mi corazón va demasiado rápido. Me estiro con todas mis fuerzas y ahora sí golpeo con el puño la tecla blanca de la luz. Al instante todo vuelve a la calma. Miro el reloj: 01:40 horas.

Trago saliva y salto de la cama para abrir el mueble bar. La botella entera de agua baja por mi garganta a ansiosos tragos. Es la segunda vez que me ocurre.

Es el mismo dolor en las sienes, la misma boca reseca.

Miro a todos los rincones y noto fría la moqueta en mis pies descalzos. Como si una corriente hubiese pasado. Pero las ventanas están bien cerradas. Al fondo

Badajoz duerme vigilada por la Alcazaba árabe y sobre su muralla se ve una luna redonda.

Me cuesta volver a conciliar el sueño. Giro mis pupilas, como en una guardia imaginaria, recorriendo la estancia una y cien veces. Como esperando detenerme al encontrar de nuevo la cara que me mira desde algún punto. Quizá tras el umbral de la puerta del baño. En posición fetal, voy acostumbrándome de nuevo a la falta de luz, y al transcurrir una hora, todavía con el temor bien pegado a la espalda, y quizá solo por eso, recuerdo lo que un día me confesó cierto amigo. Una persona escéptica que siendo un niño se despertó en una habitación como en la que ahora estoy yo y que sobre la pared blanca observó a un individuo largo y delgado. Se incorporó y lo vio de cerca: era un hombre crucificado. La imagen de un muerto ajusticiado que con los ojos abiertos lo miraba desde los pies de la cama.

Él no estaba dormido.

Me había vuelto a ocurrir, y eso es lo que anoté nada más despertar. Al igual que el día que conecté por el *chat* con *Verne9*, había tenido una de esas pesadillas fidelísimas que se desarrollan reflejando con todo detalle el lugar donde estás. Una confusión de los sentidos en la que el cerebro recrea cada detalle y cada objeto hasta convertir la escena en algo difícil de separar de la realidad.

Pero seamos serios: lo único evidente es que me estaba dejando llevar por la trama y eso no era normal. Y me preocupaba.

¿Sugestión? ¿Exceso de datos? Seguramente..., pero, por desgracia, eso no se piensa en mitad de la noche.

Los acontecimientos me llevaban de un lado a otro y quizá mi inconsciente los liberaba de modo desordenado en momentos como la delicada fase entre el sueño y la vigilia. Es en ese umbral cuando, según los especialistas, podemos ver un ser a los pies de nuestra propia cama.

O una cara aproximándose hacia nosotros a gran velocidad. O una voz que claramente dice nuestro nombre y nos despierta:

—¡Iker!

Son las llamadas visiones hipnopómbicas e hipnagógicas, viejas conocidas de los psiquiatras y de fácil diagnóstico para los especialistas. Ninguno estamos a salvo de ellas, pero no debemos preocuparnos. O eso dicen los que saben.

Como siempre, todo muy sencillo sobre el papel... pero otro cantar es cuando te suceden. Entonces lo mejor, digo yo, es incorporarse lo antes posible, ducharse y salir a la calle para seguir buscando.

Gervasio Villalobos, brigada y jefe de control de la torre de la base, tuvo también que frotarse los ojos para creer lo que veía el día en que acudió al lugar de los hechos hasta el otro lado de la tapia. Y eso que estaba bien despierto junto a media docena de compañeros. Habían pasado tan solo unas horas desde *La noche del miedo* y en la

inspección del terreno se encontraron cosas. Cosas jamás contadas.

Me esperaba a las afueras de la ciudad, en una especie de asociación de jubilados que bullía de personas a esa hora de la mañana. Una sala fría, llena de luz pero sin un solo cuadro, con el suelo de baldosines viejos. Un sitio desangelado.

Noté que mi grabadora lo aturdí. Sus contestaciones eran poco inteligibles, apenas monosílabos temerosos, siempre cortados por largos silencios. Tuvimos que charlar tranquilamente durante una hora y esperar a que alguna gente se fuese...

—Es que allí se encontraron cosas, ¿sabe usted?

Claro que no lo sabía. Nadie, excepto los presentes aquella noche, conocían ese detalle. Oficialmente nunca trascendió que sobre el terreno apareciese nada... por eso enmudecí y aguardé a que prosiguiese con su relato...

—Había un botella... cómo le diría... con el casco quemado.

Me miró dudando si seguir...

—Bueno, quemado exactamente no..., más bien como recalentada y calcificada por completo. Una botella de cristal... de agua mineral grande.

Gervasio me estaba describiendo un proceso de vitrificación de material. Un hecho anómalo producido por una gran energía calórica y que en mis correrías tras lo desconocido me había topado precisamente en lugares no muy lejanos^[6].

—Nos dijeron a todos que silencio —se puso el índice en los labios—; era una orden...

—Pero usted estaba allí y lo vio...

—Con estos ojos. Y vi cómo tomaban aquella botella y cómo se sorprendían. Además..., algo había absorbido los casquillos. Eso era lo increíble y lo que más estaba dando que hablar. No quedaban marcas de los balazos, ni en la tapia ni en los árboles... Todo había desaparecido de allí.

—¿Y qué más oyó usted en aquella batida de por la mañana?

—Ya le digo... los veía muy, pero que muy nerviosos. Bajé desde la torre para ver si lo que decían era cierto. Y lo era. Aquello que se apareció no debía ser humano.

—Explíquese, por favor...

—Escuché que los mandos, entre ellos, decían que debía medir más de 2,40 metros de altura. Y ya me dirá usted quién mide eso. Ni un jugador de baloncesto.

—Usted cree que alguien podría haberse colado en esa zona de la base sin ser visto —pregunté.

—Imposible.

Gervasio se fue soltando poco a poco. Era un proceso lento a la fuerza tras un cuarto de siglo de silencio. Pero tomó confianza y me relató algunos hechos previos que quizá no eran casuales. Ocurrieron también ante sus ojos...

—Muy poco antes de los tiroteos y la terrible noche aquella tuvimos que interceptar un avión a unos 20.000 pies de altura. Venía dirección Madrid y hubo que comunicárselo con urgencia. ¿El motivo? Pues que había aparecido de repente en el cielo otro artilugio, pero con forma de diamante. Y eso nos alertó a todos.

—Un diamante volador de gran tamaño... ¿Sobre la base?

—Sí. Lo veíamos a simple vista. Como ahora yo a usted. Daba un eco extraño en el radar. Allí estaba... como desafiándonos a todos. Emitiendo destellos. Posteriormente, miembros del Servicio de Información me estuvieron interrogando...

—¿Y usted qué les contaba?

—¿Y qué les voy a contar? La verdad. Oiga, miren, que sobre la perpendicular de la base todos estamos viendo un objeto enorme que no hace ruido, que no pertenece a nadie conocido y que hemos interceptado y variado el vuelo procedente de Madrid por el riesgo que puede conllevar. Y lo fuerte es que meses antes pasó otra vez.

—¿Otro diamante? —pregunté, pensando en el siempre irritante enigma ovni.

—No, algo todavía más raro —contestó Villalobos, mientras dibujaba en mi cuaderno los trazos de aquello que tanto les alertó—, siete u ocho objetos. Aceleraban, desaceleraban, se unían. Sobre la zona de bosque donde luego pasó todo. Eso nos mantenía un poco mosqueados. Y luego ocurrió lo que usted ya sabe...

—¿Y lo volvieron a interrogar los de información?

—Sí, a mí y a todos los de torre. Venía una autoridad muy importante en un avión justo cuando apareció aquello. Por eso hubo mucho control. Algo indicaban aquellas cosas..., pero nos ordenaron callar. Y así hasta hoy.

Camino de regreso, por una Nacional V completamente desierta al caer la tarde, fui haciendo memoria. Paré en una gasolinera perdida en La Mancha que ya me había visto repostar al menos una quincena de veces en los últimos tiempos y siempre con la misma cara de sobresalto. Tomé un *Red Bull*, subí la música de Vangelis y observé un rato los campos silenciosos pasando a través de las ventanillas. Son esos momentos de reflexión donde todo transcurre más lento.

El suceso que vivió tan directamente el brigada y controlador aéreo militar Gervasio Villalobos no era un caso cualquiera. En los archivos desclasificados del Ejército del Aire aparecían, en el denominado expediente 750.114, seis documentos procedentes de la Segunda Región Aérea en los que el ministro del Aire certificaba la alerta producida por varios ecos móviles. Según aquellos escritos oficiales, los supuestos ovnis se unían y reaccionaban acelerando en diferentes direcciones justo en el momento en que llegaba un avión sin escolta procedente de Madrid con personalidad VIP a bordo. Se trataba, aunque en los documentos omitían el nombre, del entonces ministro de agricultura García Baxter.

Desde la base de Talavera la Real se informó de inmediato a Sevilla para confirmar si algún avión de defensa no controlado estaba haciendo maniobras por la zona: resultado negativo.

Los siete objetos se situaban a 25.000 pies y hacían maniobras imposibles. Durante veinte años estos papeles permanecieron en secreto, sin solución lógica. Pasado ese tiempo, los informadores del Mando Operativo Aéreo afirmaron —intentando, como en otros muchos casos, arrojar una solución de emergencia— que podía tratarse de varios efectos térmicos complejos —inversiones de temperatura— o

ecos falsos surgidos en las pantallas de radar...

Estoy seguro de que si Gervasio y todos los que estuvieron allí aquellas dos jornadas leyese línea a línea esas sesudas conclusiones, simplemente sonreirían.

Ellos, después de tantas miles de horas oteando el cielo, nunca habían visto nada igual.

—Lo ocultaron todo los americanos, Iker. Que no te quepa la menor duda.

El móvil sonó haciéndome volver a la realidad. Era Juan José Benítez, con quien tenía pendiente una charla sobre mis últimas investigaciones. Él fue quien, apenas pasados unos meses desde *La noche del miedo*, hizo públicos los primeros datos. Juanjo sabía que esta era una historia especial y distinta a todas las demás. Tenía la certeza de que una serie de acontecimientos posteriores a lo ocurrido en Talavera la Real, añadido a lo complicado de aquella época concreta, acabaron por relegar el caso a un archivo muy especial de donde jamás iba a salir. Él era de los pocos que sabían de mi larga y silenciosa aventura...

—Como en un puñado de casos —aseguró Benítez—, los «jefes» americanos metieron baza en el asunto y reforzaron la ley del silencio de modo muy especial. Al día siguiente inspeccionaron la zona palmo a palmo y comprobaron que «algo» se había llevado todos los casquillos de bala... y eso les atemorizó.

—Los soldados aseguran que dispararon el cargador entero —le respondí.

—Claro. Pero allí no había nada. Eso era la muestra de que algún tipo de energía desconocida lo había absorbido todo.

—Desconocida y absurda...

—Como quieras. Pero así fue..., esa era la prueba de que lo que ocurrió fue cierto y lo que desconcertó a los mandos. Algo extraordinario que les hizo comprender la importancia de lo que allí había pasado. Y ese es el dato que quieren verificar ahora los americanos...

No entendía muy bien qué pintaban los americanos en todo esto, pero...

—Por cierto —irrumpió Juanjo, sin darme tiempo a preguntarle—, que hubo visitas ilustres. ¿Sabes quién fue hasta allí para inspeccionar el terreno al día siguiente?... ¡Lens!

El periodista navarro se refería al hoy general de brigada Miguel Lens Astray, excepcional piloto militar protagonista de un asombroso incidente registrado en los archivos del Ejército del Aire en el que, persiguiendo a 0.95 mach un misterioso artefacto de forma triangular sobre la vertical de Motril en 1979, llegó a percibir por radio, dentro de su carlinga, cómo se filtraban unas voces nítidas de niños que dirigiéndose a él le decían: «¡Hola!... ¿Cómo estás?... ¡Hola!... ¡Hola!», transcripciones literales que constan en el expediente oficial que se mantuvo en secreto más de quince años...

—¿Y que hacía allí horas después?

—Les dijo en privado a los soldados que creía en su testimonio...

—Mira, Juanjo, he entrevistado a mucha gente. Soldados y mandos que fueron

despertados en mitad de la noche. Allí pudo haber muertos, me han asegurado algunos...

—Claro. Esto debió de ser la leche. Por eso nunca se sacó nada; por eso fue el asunto maldito. Iker, por favor, entérate bien de qué sucedió esa misma noche en torno a una serie de coches ametrallados. Coches civiles. Ahí puede estar una de las claves de esta historia. Y del silencio.

—¿Coches tiroteados dentro de la base?

—Según mis indicios, aquella noche fue atacado por lo menos uno en plena carretera, junto a la tapia. Ametrallado de cabo a rabo con personas dentro...

—¡Madre mía! —Yo pensé que eso era otra leyenda como *La portuguesa*.

—¿*La portuguesa*?

—Bueno, ya te contaré... prosigue...

—Amigo... —puso la voz grave—, ante todo ándate con mucho ojo.

—Me cuidaré, pero... ¿de quién?

—Te hablo muy en serio. Los de las agencias de inteligencia han estado en su día detrás de esto... y probablemente, a pesar del tiempo transcurrido, sigan. Ahora tú te metes en todo este embrollo y... en fin. Ya te contaré... por teléfono sabes que prefiero no hablar.

—De acuerdo, Juanjo. Un abrazo fuerte.

—Otro para ti. Buen viaje.

El trayecto transcurrió tranquilo. Mi capacidad máxima de dudas e inquietudes iba superada con creces. Llegué a casa derrotado pero feliz. Nuevos datos engrosaban el cada vez más voluminoso expediente que me tenía atrapado desde la primera charla con *Verne*9.

Encendí el portátil y bajé el correo. No había nada de él. Como si se hubiese esfumado para siempre. Imposible cualquier comunicación con las cuentas de correo desde donde me había enviado algún dato suelto.

Irritante.

Pinché como un autómatas —aún no sé por qué— en las estadísticas de mi web, y comprobé las visitas de www.ikerjimenez.com. No solía hacerlo con asiduidad, pero...

Acto seguido, como si fuese cosa rutinaria, coloqué el ratón sobre la ventana «dominios» para saber cómo y de dónde han llegado en las últimas semanas ese buen puñado de cibernautas a mi casi recién estrenado portal... Y entonces me quedé blanco.

Llamé a Carmen Porter —mi mujer— a gritos, con la cara desencajada.

—¿Qué es esto?

Se quedó parada en el umbral del despacho al ver mi rostro. No contestaba. La habitación se iluminaba solo con el brillo de la pequeña pantalla —como la noche en la que todo empezó—. Le señalé muy lentamente con el dedo las siglas que colapsaban todo el directorio:

—«USA Military».

—¿Esto es broma, no? —dijo mientras aproximaba sus ojos a aquellas letras.

No lo era. Esa tarde-noche, prácticamente a la hora de colgar la conversación con J. J. Benítez, alguien muy especial había visitado y «revuelto» mi web. Alguien la había recorrido de arriba abajo, descargado páginas, vigilado archivos. Como buscando ansiosamente. Y lo había hecho no una, ni dos, sino 33 veces. Todas las rutas de acceso quedaban claras. En voz baja, metido de lleno en la conspiranoia y como si sospechase que alguien me escuchaba, volví, alucinado, a deletrear:

U-S-A M-i-l-i-t-a-r-y.

Habían estado —fuese quien fuese— rastreando concienzudamente la web. Cogí el teléfono con el corazón saliéndome por la boca y marqué equivocándome dos veces. Demasiadas emociones en un día...

—Tranquilo, tío... calma. A ver, explícate...

Al otro lado del hilo, un buen amigo y habitual *hacker* informático que trabajaba de noche me fue explicando paso a paso el laberinto en el que me estaba o me estaban metiendo...

—Pincha aquí, y luego abre esta pantalla... ¿Qué te sale?

Obedecía, mientras escuchaba a través del auricular cómo él también aporreaba su teclado...

—Pues me sale... me sale: *Usa Military*, 33 visitas. Desde las 19:59 a las 23:04 —respondí casi tartamudeando, al tiempo que imprimía varias hojas de los datos.

—¿Si le das arriba, te sale lo mismo?

—Lo mismo.

—Ya...

—Ya ¿qué? ¿Quiénes son estos tíos? ¿No serán *Usa Military* de verdad? —le grité alterado y como si él tuviese la varita mágica para saberlo todo al instante.

—Caaaalma, chico. Dame tu clave. Y no te confundas.

—Vaya fama. A ver, anota: p+----...

Escuché las teclas y unos clickeos continuados de su ratón...

—¡Joder! —contestó—, y eso que tienes las *Urchin 4.0*, que oficialmente no se pueden falsificar.

—Oficialmente claro..., porque vosotros podéis trucar cualquier cosa...

—Qué va, qué va... Aquí no hay tu tía. Es el servidor militar real de Estados Unidos... No sé qué demonios estarás haciendo, pero...

Mi palidez se incrementó.

—Pues mira qué gracia. Oye, que esto no es broma... Que esto es para inquietarse, ¡pero mucho!

—Qué habrás hecho para que estos tíos...

—¿Hacer?... Nada, te lo aseguro. Preguntar, en todo caso.

—Ya. A ver... déjame que... Sí... Te confirmo que son una serie de visitas reales. Dale a la barrita naranja de la derecha y luego cierra. Si le das al 3 y pasas al menú que pone en tu pantalla...

Aquello ya me estaba poniendo nervioso...

—Pone *Usa gov* —respondí.

—¡Buuuf!

—¿Qué?... ¿Qué?

—Tranquilo, Iker —escuché la voz de Carmen a mi espalda—, seguro que todo esto tiene una explicación...

—¿No dices nada? —grité a mi colega.

—Pues te digo... que eso es *Usa Government*. Sí; sin duda, se trata de un servidor de Estados Unidos. Las españolas las componen otras siglas. Te lo podría mirar algo más si me das número a número la larga cifra entre puntos que tiene que venir a la derecha..., eso que parece una cuenta de banco.

—OK. Apunta... te confirmo, por si sirve de algo, que justo han entrado después de hablar con Juanjo Benítez...

—Quizá a tu amigo le vigilen el teléfono. Espera que ponga aquí...

Se escuchó el sonido chirriante de un módem...

—Sí, no hay duda.

—¿No hay duda...? —pregunté, ya temiéndome lo peor.

—Son varios servidores militares estadounidenses reales. Podría ser que varios oficinistas o empleados hispanos, vete a saber, que hubiesen entrado desde sus ordenadores de trabajo en alguna base para echar una ojeada inocente a tus trabajos... Pudiera ser...

—Ojalá. Pero nunca había recibido visitas de *Usa Military*. Ni apenas de Estados Unidos. Jamás. No hay nada en inglés en mi web. Y es curioso que a 33 distintos les dé por lo mismo y entren el mismo día... y desde bases, ¿no? ¡Vaya casualidad más gorda!...

—Cierto. Pero cálmate... no hay que preocuparse. Si de verdad quieren saber algo más... tienen medios para incluso falsear esos datos y que en su rastro^[7] no quede la huella de *Usa Military* en los registros diarios de tu web... Eso es de principiante.

—Ya... claro. Imagino. Es como de niño dejar el «rastro» ese... con los medios que deben tener... ¡Si es que son ellos!

—Bueno, a no ser...

—A no ser... ¿qué?

Mi amigo volvió a hacer una de sus pausas dramáticas...

—A no ser que quieran que sepas que están ahí.

—¿Dónde?

—En tu ordenador.

11

Trece días en coma

En verdad, el alma humana está llena de terror: apenas se puede hablar con una persona que no tenga un aspecto sombrío y lleno de miedo.
W. SHAKESPEARE, Ricardo III

Hospital del Aire de Madrid, 1 de diciembre de 1976, habitación 905.

Sobre la cama un hombre joven se encuentra en trance. Tiene pelo corto, moreno, y cuerpo fibroso. Poco más de veinte años. Presenta el tórax descubierto y por su brazo derecho se pierden varios cables de aspecto metálico. Su mano izquierda realiza un movimiento pausado, aparentemente inconsciente, retrayéndose y relajándose cada cinco segundos...

Un tubo grueso penetra directamente en la vena. Los doctores de bata blanca y un individuo sin identificar, al fondo y junto la pared, siguen atentamente las evoluciones del enfermo.

—Intenta recordar... intenta recordar lo que ocurrió...

La voz de la persona que dirige el experimento —barba cana y anteojos— produce instantáneamente una sensación de sopor. Afuera, un policía militar impide las miradas curiosas. Nadie, ni siquiera el personal autorizado, puede acceder. Una máquina, situada junto al cabezal, va registrando una gráfica verde continua sobre la pequeña pantalla...

—Oscuridad, ramas... oscuridad... se oye una... un...

La voz se entrecorta. Sudor, fiebre, convulsiones... y palabras aparentemente inconexas que se van grabando durante horas, durante días, en un magnetófono de cintas abiertas que van rodando lenta y silenciosamente...

—Vais caminando... os adentráis en el bosque y algo hace que te gires... ¡Recuerda! ¡Recuerda ahora!

La escena bien pudo transcurrir así.

Nadie lo sabe, pues oficialmente nunca se produjo tal reunión, y los hipotéticos protagonistas han hecho un pacto de silencio. El testigo principal solo la recuerda a retazos, a fragmentos luminosos perdidos en la marea de la memoria. Le falta ese tiempo. Y eso le atormenta.

—El día que me ingresaron en el Hospital del Aire presencié algo terrible. Me trasladaron a la planta novena, se abrieron las puertas del ascensor y vi a un hombre que corría hacia la ventana. Los médicos fueron detrás, pero no llegaron a tiempo. Se

tiró al vacío. Esa fue mi llegada...

José Manuel Trejo aún retemblaba al visualizar aquello. Eso sí que no se le olvida y permanece grabado a fuego en lo más hondo. Llegó muy débil, y luego todo fue desapareciendo en un mareo. Un día, y otro día... y otro...

—No sé qué pruebas me hicieron. No sé lo que dije..., pero hablé, hablé durante horas... Di una información. Y me aseguraron que esas cintas existían. No sé si será verdad... o ganas de confundirme. De volverme loco.

Todavía me impresionaba al mirarlo fijamente. Era el testigo clave del caso más secreto y maldito ocurrido en nuestro país, y además un hombre de palabra.

De eso no me cabía la menor duda.

Revivir para él era doloroso, sangrante. Eran ya decenas de horas hablando cara a cara, exprimiendo cada detalle, cada recuerdo, volviendo a dibujar las figuras, revisando de nuevo cada plano, cada fotografía, cada documento. Había respondido cientos de veces a mis preguntas; formuladas de un modo, de otro, al revés y nunca había encontrado contradicciones en su relato, al igual que ocurría con el resto de protagonistas.

Quizá eso era lo más inquietante: todos ellos habían vivido una experiencia indeleble. Imposible de arrancar ya de sus vidas.

Aquella tarde, una de tantas, me acompañaba además una médico del Hospital de Badajoz para analizar en profundidad los detalles de su largo ingreso de un mes.

Tras las presentaciones de rigor, el antiguo militar de la base comenzó a hablar, como siempre, con la carne de gallina...

—Después del *shock*, de los calabozos, de las declaraciones juradas... es lo que me faltaba. Aquella escena me tumbó. Todo había comenzado a ser como una pesadilla de la que no podía despertar. Allí, solo, con una dolencia extraña que nadie me explicaba... lejos de mi casa y después de haber visto lo que yo había visto... sin poder hablar con mis compañeros, incomunicado mucho tiempo, interrogatorios cada diez minutos a ver si me contradecía... En fin, una historia que no te puedes imaginar. Nadie se lo puede imaginar...

José Manuel expulsó lentamente el aire...

—Aquella mañana intenté asomarme... y... bueno... el hombre aquel, allí abajo, estaba destrozado. Impresionante. Recuerdo que una monja que me pareció demasiado joven, me cogió por detrás y me dijo, como si fuese una orden, que me pusiera el pijama, preguntándome que si era José Manuel, de Badajoz. Le dije que sí, mareado aún por lo que había visto, y me respondió sin inmutarse: ¡Ahora te traigo un vaso de leche y te lo vas a beber!

—¿Te obligó a tomarlo?

—Al parecer era importante... para tranquilizarme o algo. No sé si me lo tomé... Después me acosté y no recuerdo más hasta los trece días. ¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy?

—No recuerdas absolutamente nada de ese periodo...

—Solo que esa misma monja, que fue la última vez que la vi, se me acercó y me dijo el tiempo que había estado dormido... en coma. Dijo que todo el tiempo había estado inconsciente, pero hablando, diciendo cosas...

—¿Te administraron suero de la verdad? —preguntó la facultativa.

—Sí, entre lo poco que recuerdo está el doctor Royo hablando de intentar ponerlo. La impresión que me dio es que quería ayudarme, pero algo se lo impedía. Además, algún tipo de barrera estaba en mi subconsciente y me imposibilitaba cualquier efecto. No hubo, creo, manera de dormirme en sueño hipnótico total. No sé si sería un bloqueo mental.

—¿Recuerdas aquellos días en el Hospital del Aire con miedo?

—No sé... Aquel periodo..., yo no sé si me interrogaron en ese tiempo tan largo. Si estuve realmente en coma, o con sueño inducido, o hipnotizado... No lo sé, y eso me crea una especie de angustia que no se va. Yo sentí en aquel momento una misteriosa paz. Me quedé inmóvil. Al despertar recordaba todo el tiempo escenas de aquella noche. El gatillo en mi dedo, los gritos de los compañeros...

Asintió en silencio, mirando muy fijamente el garabato que había dibujado en mi cuaderno...

—Mira, Iker, yo con este tema lo he pasado mal. Soy un amante de la verdad. Me gusta que esta prevalezca por encima de todo..., y cierta gente del Ejército a mí me ha masacrado.

—Tú ya habías hecho un montón de declaraciones antes de llegar allí...

—Por lo menos cuarenta... Recuerda que desde el principio estuve aislado en el calabozo. «¡Escríbeme una y otra vez lo mismo!», me decían. Y así otra vez y otra vez... ¡Y menos mal que los dibujos nuestros coincidían siempre, a pesar de que no nos dejaban vernos! Eso fue lo que los sorprendió...

—¿Lo que dibujábais era idéntico?

—Exacto. Y eso es lo que ya alertó de verdad a los militares.

—¿Qué opinas de la *desaparición* del expediente? —pregunté, alcanzándole los folios que el Ejército desclasificó veinte años después de *La noche del miedo*.

Esbozó una sonrisa que de inmediato se trocó en amargura. En dolor.

—El Servicio de Inteligencia creo que tiene que ver. A mí me vinieron a decir que dijese que era una locura de juventud..., que mintiese.

—¿No te dieron copia de tu informe hospitalario? —irrumpió Ana, la médica.

—No. No recuerdo..., pero os doy permiso para indagar lo que queráis en este tema. Estuve allí más de un mes y tiene que haber un papel donde ponga toda la verdad de lo que se me hizo, de lo que dije... de esos trece días en coma.

—¿Tú viste cómo te metieron en vena el suero? —volvió a incidir la especialista.

—Sí, y de acuerdo con el médico. Yo estaba ansioso por saber la verdad. Imagínate mi situación, yo no sabía qué me pasaba... Si me licenciaban, podía ser un lastre incluso para mi futuro laboral.

—Es extraño. ¿Te ponen eso en vena y qué ocurrió después?

—No hay sueño, ni decaimiento. Como una resistencia mental o algo que lo impedía. No sé qué tipo de hipnótico me dieron. Ya había estado siete largos días en el Hospital Militar de Badajoz, porque los desfallecimientos y las cegueras eran constantes. No hubo apenas tratamiento. Recuerdo que alguien fue a verme al hospital. Creo que alguien del Ejército...

En aquel momento, aunque no lo manifesté, presentí que dar con el informe médico no iba a ser nada fácil. De algún modo, sospeché que algo o alguien nos iba a poner trabas en el camino a pesar de la total disposición del antiguo paciente.

Era solo una intuición...

—Tenía dolores en el pecho —prosiguió Trejo, señalándose el pectoral izquierdo — y perdía la vista repentinamente. A la salida incluso tuve dos crisis de este tipo. No se me curó. Sentía un dolor fuerte en la parte frontal de la cabeza, la visión se iba progresivamente. Y perdía la consciencia de inmediato. Era como si mi visión se fuese cortando con un velo negro hasta que ya todo quedaba definitivamente oscuro...

—¿Quién te dijo en la base que tenías que ingresar en el Hospital? —le pregunté.

—Yo vomitaba, gritaba... Aquella vez del comedor, ante todo el mundo, fue terrorífico. Tengo claro que quien vino fue el jefe de policía y seguridad, el comandante Fernández Chiralt, que era todo un caballero. Se me acercó y me dijo que me iban a trasladar a Madrid porque no sabían qué tenía. En aquel momento me asusté aún más... aquello debía ser grave.

—Los militares habían estado rastreando la zona al día siguiente de los hechos... ¿Recuerdas algo?

—Perfectamente, pues fue justo antes del gran desvanecimiento. Había un remolino, como un círculo con la hojarasca. Eso lo tengo imborrable. Y todos allí muy preocupados rastreando al milímetro. Habían estado los jefes de seguridad, Fernández y Botana, buscando casquillos... Pero no había ninguno. Me hicieron preguntas... ¡miles de preguntas! Había una necesidad urgente de dar explicación a todo aquel desaguizado... y me cogieron a mí por banda.

—¿Qué recuerdas de aquel primer interrogatorio?

—Una pregunta que me dejó helado... ¿Por qué habéis intentado un complot contra la base para robar armas?

—¿Eso te insinuaron...? —pregunté incrédulo.

—Sí, algo inaudito. Y más viendo mi estado. Yo vomitaba, y echaba todo por arriba y por abajo... diarreas... No controlaba mi cuerpo. Mi respuesta fue que estaban locos y que eso era incierto. Me indigné. A pesar de todo, tengo que decir que Fernández Chiralt era un hombre muy recto y ordenado. Muy militar. Lo veo muy humano, ha hecho muchas cosas buenas por Badajoz y los minusválidos, pero en el Ejército cumplía hasta el último momento su labor. Y la labor primordial en aquel momento era explicar lo sucedido durante la noche a toda costa...

—¿Recuerdas a José Hidalgo?

A José Manuel se le humedeció la mirada. Tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a llorar.

—Hidalgo..., mi compañero. Él lo vivió conmigo y algo le afectó de lleno. Estuvo más cerca de aquello incluso que yo. Le disparó... yo me agaché y él quedó allí frente a eso. Quizá ese sea el motivo de...

—¿Sabes —interrumpí, sin dejarle acabar— que tiene párkinson casi desde aquel momento?

—Mi amigo Hidalgo..., es tremendo, sí. Desde los veintidós años, según me enteré mucho después... Yo estoy seguro de que eso lo afectó de tal manera que todo su sistema nervioso se vio alterado. Hubo incluso un suboficial sargento que quiso traer una máquina de Estados Unidos para detectar si estábamos irradiados. A mí el doctor Royo me dijo que no había aparatos de medición para ver o descifrar qué tipo de energía estuvo desarrollándose ahí. Lo curioso es que a mí me pasaban por rayos X y el aparato me daba una gran sacudida. Cada vez sentía una descarga descomunal... me ponía malo. Sentía dolores muy fuertes. Era como recordar lo del hierro candente que me entraba por el pecho y me atravesaba cuando vi al ser...

—Nunca os volvésteis a ver... ¿no es así?

—Han pasado veinticinco años y no he vuelto a hablar ni con él ni con ninguno. Algunos con los que quise contactar murieron. El responsable militar testigo del hecho era el cabo Pavón, que nos mandó ir a aquella parte del bosque cuando empezó a sonar la «extraña música». Estaba muy asustado. Ese murió en un accidente raro.

—¿Raro?

—Da la circunstancia, la casualidad, la mala suerte, lo que sea, de que yo circulaba con otras personas por el carril contrario cuando esta persona se mató en 1998. Era en una recta, saltó por los aires... Volví a ver a aquel hombre..., pero estaba muerto. Aquello fue algo macabro. A la misma hora, en el mismo lugar. Como una señal...

En la pequeña sala, casi a oscuras, se hizo un silencio sepulcral.

—Aquella noche pudo haber muchos muertos. Y hubo milagros... El teniente que ordenó el despliegue aquella noche está desaparecido. Y otros... otros... En fin, de esto es mejor no hablar. Quieras o no, me siento responsable, vas viendo que los compañeros van desapareciendo poco a poco... Y no sabes por qué... y te sientes solo... tan solo e indefenso como aquella noche frente a la figura.

12

Porque Dios no quiso

Lo que a continuación van a leer nunca tuvo lugar.

Oficialmente.

Jamás trascendieron los nombres y lo vivido por esta persona; sencillamente, no debía ser conocido. Y a fe que así ha sido durante todo este tiempo.

Sabía lo importante de esta confesión, por eso, con ojos como platos, apreté el *rec* de la grabadora como si se tratase de un delicado ritual. No se podía escapar ni una sola palabra, ni un solo matiz.

En aquella mesa humilde, cara a cara, se iba a romper un hermetismo de veinticinco años...

—¿Empiezo ya?...

A las 22:31 horas la voz ronca de mi interlocutor comenzó a registrarse en la cinta magnetofónica. Un minuto antes había anotado en mi cuaderno algunos datos básicos:

Juan José Expósito Toresano.

Exsargento de las COES y de la jefatura de Policía Judicial de Badajoz, considerado maestro de la policía científica en la provincia.

Aquella madrugada del 12 de noviembre de 1976 circulaba en dirección a la capital pacense. Iba a bordo de un coche poco usual en nuestro país, un veloz *Ford Perfect* gris verdoso, importado.

La matrícula: M-151788...

—Ya puede comenzar, Juan José...

—Era la madrugada de un viernes, hacia las cinco y cuarto de la madrugada yo venía por la carretera Nacional V, que entonces tenía un asfalto tipo *REDIA* por el que se circulaba fenomenalmente. Era delegado de ventas de una empresa internacional y llegaba con mucho retraso a causa de una pequeña incidencia...

—¿De dónde procedía?

—De Ciudad Real. Y en las cercanías del surtidor de Piedrabuena reventó una rueda. La estuvieron reparando y recuerdo que allí estuve acabando de ver el programa *Un, Dos, Tres...*, que en aquella época presentaba Kiko Ledgard...

—Entonces llegó a la recta que pasa frente a la base, ¿no es así?

—Sí. Yo iba bastante rápido, para qué negarlo... y entonces algo me extrañó... la puerta principal estaba iluminada. Y eso no era lo normal.

—¿No estaba alumbrada esa zona a esas horas habitualmente?

—No. Y aminoré. Vi entonces a un chico del cuerpo de guardia con un casco

blanco ya en la calzada... como en situación de alerta.

—Pero usted prosiguió la marcha sin reducir...

—Sí. Yo seguí porque tenía que ir hasta Badajoz... Entonces me fijé que frente a mí venía un coche con las luces largas puestas, le di las cortas y cambié. No le concedí mayor importancia y ya me metí en una zona de velocidad limitada... es entonces cuando escucho como un silbato...

—¿Estaban llamando su atención los soldados?

—En aquel momento no lo supe... pero entonces me fijo, y ya casi al final de la pared de la base, en la zona donde hay un arcén, intuyo a un grupo de personas vestidas de oscuro. Pongo las largas y lo observo mejor...

—Aquello ya era del todo anormal...

—¡Sobre todo cuando noto que saltan dos personas al centro de la calzada con ánimo de pararme!

Juan José Expósito es un hombre curtido y duro. No se amilana fácilmente. Sin embargo, el recuerdo le hizo atemperar su tono rudo y autoritario. Como si todavía planeasen bien frescas aquellas sensaciones...

—Por un momento pensé incluso en dos locos, dos suicidas. Uno iba con prendas militares oscuras, trinchas negras y un *Zeta 45* subfusil. Y el otro vestía un pantalón vaquero, chaquetilla de color butano y un revólver en la mano... Entonces me inquieto de verdad y pego un acelerón, y creo que pongo el *Ford* a 180 por hora...

—¿A 180 en esa recta?

—A lo máximo, 120 millas en su velocímetro... Mi mujer estaba en casa y a punto de dar a luz, y a mí no se me había perdido nada con aquella gente... Era un momento delicado en el plano político y yo no sabía qué podía ser aquello... pero observo los saltos que dan y los aspavientos... y, con una claridad meridiana, veo sus armas. Yo, que fui militar profesional, me fijé, a pesar de la velocidad, en las armas que portaban... Eso siempre es lo primero que hay que identificar.

—Y siguió su marcha...

—En efecto, y, como por instinto, me echo a la derecha, ya que no podía dar un frenazo... entonces voy pasando frente a estos individuos.

—¿Y qué es lo que ve?

—Veo, alucinado, que por el arcén llegan doce o quince personas provistas de armas largas, concretamente *cetmes*, en las manos. Pensé en alguna extraña maniobra de supervivencia... ¡o lucha contra guerrillas!

—Un poco raro, ¿no?

—Y tanto. Prosigo, y entonces escucho tras de mí una serie de explosiones encadenadas... y pensé inmediatamente en un nuevo fallo del coche.

—¿Pensó que era el motor que renqueaba?...

—Eso creí... Y ya casi a la entrada del poblado Villafranco del Guadiana, pasada la tapia blanca, me bajo y saco una tarjeta de visita y la pongo en el tubo de escape, que era un sistema práctico para ver si fallaba alguna válvula, pero no... y de pronto

escucho perros... los escucho ladrar rabiosamente en mitad de la noche... Entonces noto una voz fuerte a mi espalda...

—¿Una voz? ¿Humana?...

—Y tanto. Un grito fuerte: «¡El del coche y los que están en el coche, salgan con las manos en alto y se pongan en mitad de la carretera! Soy el teniente Nevado, de la base aérea...».

—Iban a por usted...

—Los noté correr en tromba y me quedé quieto. Cuando, de forma inesperada, empezaron a aparecer muchos soldados de la base, encañonándome e incluso metiéndome los cañones en el cuerpo.

—¿Metiéndote los cañones? —acoto, sorprendido.

—Eso he dicho... Eran gente muy joven, una locura... con armas automáticas a esas horas en la carretera... ¡Hay que estar loco! Unos irresponsables totales. No me mataron porque Dios no quiso.

—Prosiga, prosiga... ¿Qué ocurrió entonces?

—Yo allí, rodeado, y es cuando uno de los soldados grita: «¡Mi teniente, aquí hay un tiro!». Entonces pienso... ¡Mecago en la puta madre!... ¡Que me habéis tirado de verdad!

—¿Y...?

—Y entonces sí que se armó...

Soy consciente, amigo lector, de que lo que viene a continuación es difícil de creer. Creo que si estos sucesos hubiesen salido a la luz en aquel turbulento 1976 las reacciones de la opinión pública hubiesen sido impredecibles en un momento crítico y de alto enfrentamiento político y social. He ahí una de las razones del riguroso ocultamiento prolongado durante tanto tiempo. Fue algo tan grave que más de uno — y no sin razón— podría pensar que, a pesar de la calidad del valiente testigo protagonista, no son suficientes solo las palabras de uno de los afectados para verificar estos hechos. Por eso, antes de proseguir con este relato silenciado durante más de un cuarto de siglo, me gustaría que conociesen una serie de circunstancias en las que integrantes de la cúpula militar confirmaron, ante mis grabadoras, lo ocurrido en aquellas horas de histeria y temor. Era importante, para seguir uniendo este rompecabezas, conseguir la declaración del propio Ejército para demostrar que Expósito no estaba fabulando ni un ápice.

Y todo ello, como si fuese un as en la manga, ya estaba a buen recaudo desde el instante en que tuvo lugar una singular reunión...

Los cosieron a tiros

El Centro de Medicina Aeroespacial se encuentra en un lateral ajardinado a la sombra de la mole gris del Hospital del Aire de Madrid. En la pequeña sala de espera me impresionó ver la fotografía de un uniformado: el doctor coronel del Ejército del Aire don José Luis García Alcón.

Desde el otro lado llegaba el susurro de la conversación que un militar sostenía con él:

—Mi coronel, ahí afuera está un tal Iker Jiménez, que quiere hablar con usted...

—Sí, es el muchacho que me escribió estas cartas... Dígle que pase.

Agradecí lo de muchacho, pues uno no cumple años en balde. Entré, dejé la bolsa de mis cámaras sobre uno de los sillones y me bastó un minuto para cerciorarme de que aquel hombre estaba lleno de espíritu marcial al tiempo que hacía gala de una corrección exquisita y una amabilidad digna de mencionar. Un ordenador conectado a Internet, las fotos con las más altas personalidades de la nación y una cuartilla llena de dígitos y notas en las que, creo, había ido plasmando a vuelapluma los recuerdos sobre aquella historia. En ese clima absolutamente positivo las palabras fueron brotando, despejando nuevas brumas de una trama que ya me tenía absorbido por completo...

—Yo era el médico titular de Talavera la Real cuando todo ocurrió...

Cuando todo ocurrió... palabras mágicas ante las que sentí un escalofrío. Estaba, por fin, ante el primer militar de alto rango que iba a hablarme sin tapujos de *La noche del miedo*. Tras las ventanas, una garita con dos soldados armados custodiaba la entrada.

—Y le puedo confirmar —prosiguió el coronel— que esa noche no solo se produjo el incidente del «hombre verde», sino también dos tiroteos a dos coches en las inmediaciones.

No me inmuté, a pesar de lo importante de la declaración. Estaba allí para saber más, para conocer de cerca una serie de hechos que no aparecen en ningún informe y que, sin duda, condicionaron todo lo sucedido a ambos lados de la tapia de la base. El doctor García Alcón detuvo ahí su declaración y trazó una recta en el mazo de folios que tenía sobre la mesa.

—Eso se produjo más o menos aquí —dijo, marcando una cruz casi al final de la raya— y había un motivo previo... que imagino que es el que a usted le interesa.

—Me interesa todo lo que me pueda aportar de este tema, coronel. Le escucho.

—Bien. Al inicio de la madrugada había sucedido algo extraño en el interior de la base, según las declaraciones de varios soldados. Además, había acuartelamiento por alguna razón, y la tensión en aquellos momentos era muy alta... Lo del *hombre verde*

fue justo aquí, en esta zona de la tapia...

Ahí estaba por vez primera saliendo de labios de la autoridad militar: el *hombre verde*, tal y como lo nombraría la tropa a partir de entonces, convertido casi en una leyenda mantenida viva promoción tras promoción. Era, sin duda, el gran protagonista de *La noche del miedo*...

—La guardia la mandaba un suboficial y estaba también un teniente coronel. Me acuerdo de todos ellos... al parecer se les apareció repentinamente algo, una silueta, un ser que despedía una fluorescencia verdosa de más de dos metros de alto. Sin duda, dentro de la psique de aquellos soldados, un *aparecido*, un espectro...

Asentí en silencio, todavía impresionado al ver cómo el condecorado militar hablaba abiertamente en aquellos términos...

—Justo aquí —señaló un círculo sobre el papel, sin llegar a dibujarlo— había un bosque de eucaliptos que posteriormente se taló. No hacía frío y la noche estaba en plena calma. Lo que les empezó a impresionar fue algo como un remolino de hojas...

—Acompañado —aporté el detalle— de un sonido extraño, según creo...

—Cierto. Por eso dieron el alto... El episodio este del remolino los envuelve, los trastorna... El perro, por lo que a mí me contaron posteriormente, retrocedía y no era capaz de dar el paso. Tras el segundo alto, dispararon. Dispararon dos o tres ráfagas, y luego los casquillos no aparecieron. Eso es, a grandes rasgos, todo lo que yo sé. Luego se empezaron a precipitar las cosas... Se los llevaron de allí y no los llegué a ver nunca.

—Al parecer, a uno de ellos —pregunté revisando mis notas— lo trajeron aquí, afectado por una dolencia desconocida... concretamente hacia finales del mes de noviembre de 1976.

El coronel quedó un minuto largo en silencio, como intentando afinar en el recuerdo...

—No, no los llegué a ver... lo que ocurre...

Rompió la hoja, la tiró a la papelera, y siguió sobre la siguiente planilla blanca...

—Lo que ocurre es que aquí, en toda esta área, se había dado la alarma ante las ráfagas de disparos. Mire, justo aquí —tocó con el bolígrafo—, en ese sector de la zona próxima a combustibles, minutos después uno de los centinelas próximos a la tapia que da a la vieja Nacional V alertó al cuerpo de guardia, todo nervioso, por la presencia de un turismo que iba con luz de cruce y muy despacio en paralelo a la base...

—¿Se pensó en algún tipo de sabotaje?

—La época estaba políticamente muy caliente y todo podía ser. Además, influía el nerviosismo de los soldados, que juraban haber visto algo que había desaparecido, el perro aullando, los disparos, otros desmayándose... Total, que se siguió el proceso lógico para estos menesteres: el comandante de la guardia se lo transmitió al capitán y después el teniente coronel dio orden de detener a ese coche si volvía a pasar.

El coronel se quedó un rato sonriendo...

—Y aunque parezca increíble... a los diez minutos ven cómo se acerca de nuevo...

—¿Otra vez? ¿El mismo coche?

—Sí. Y con las luces cortas y muy despacio. Un proceder extraño. Se ordena entonces la distribución de fuerzas a ambos lados de la carretera, lo cual demuestra, en mi opinión, un desconocimiento absoluto, pues hubo gente a punto de recibir un tiro de sus propios compañeros...

—¿Me quiere decir que se pusieron frente a frente y dispararon?

La mejor respuesta fue los dos trazos paralelos que marcó sobre el folio...

—Como se lo cuento —afirmó, señalando con la punta del bolígrafo por si no me había percatado del sencillo croquis—... Aquí y aquí. Hubo uno de los integrantes de un pelotón al cual una bala le atravesó la galleta o distintivo de la gorra. ¡La bala, disparada por un compañero, le pasó justo por ahí!

—¿Y el coche? ¿Cómo quedó?

—Se le dio el alto y el conductor no lo vio, que es bien difícil, tal y como te he descrito la situación, o no quiso parar. Que es lo probable. No hizo caso de la *piruleta* redonda reflectante y lo cierto es que al coche lo cosieron a tiros.

Las palabras resonaron con un eco especial. Y a pesar de que la grabadora las estaba captando con nitidez, escribí la frase en mayúsculas. Y la remarqué varias veces.

—Tuvimos la suerte inmensa, pero inmensa, de que no hubiera muertos...

—¿Y algún herido?

—Había un impacto en el pedal acelerador. La carrocería quedó como un colador, con unos... dieciocho impactos. El conductor era un individuo con una chiquita muy joven... ya me entiende. Al parecer, se olvidaron algo junto a la base..., y lo andaban buscando; de ahí el asunto de la baja velocidad y el rodar tan lento...

El coronel golpeó acompasadamente la mesa con los nudillos. Luego sonrió... y aunque no dije nada, yo ya había escuchado esta parte de la historia. Una odisea vivida por esa pareja que, al parecer, había elegido un lugar tan poco romántico como las inmediaciones de la base para dar rienda suelta a su pasión amorosa. La alta responsabilidad política del conductor y la juventud de la acompañante, al parecer, motivaron el caso omiso a las señalizaciones de los asustados soldados que, efectivamente, estaban viviendo toda una noche para recordar. Aquello era sencillamente lo que les faltaba en lo que fue el colmo de los infortunios... y, por si fuese poco, otro vehículo, el de nuestro temperamental amigo Expósito, se acercaba justo a esa zona a gran velocidad para unirse al festival de despropósitos...

—En medio de ese caos —prosiguió Alcón— un viajante de comercio que circulaba por la zona ve que lo asaltan en la carretera y que lo paran.

—¿Otro vehículo que viene también muy despacio?

—Al revés. Este viene a toda pastilla. Es un *Ford* de importación...

—¿Y no me diga que tampoco para a la señal que se le da?...

—Al final sí..., pero muy al final... por aquí —señaló con una X en un extremo de la hoja—. Había un suboficial con una pistola en la mano y quizá el conductor se asustó, pensó en terroristas, en un atraco, qué sé yo... y aceleró. El suboficial tuvo que tirarse a la cuneta...

El coronel hizo una mueca asintiendo con cara circunspecta. Como si admitiese que aquello era difícil de creer...

—Así fue. Como se lo estoy contando. Y los soldados, viendo que a su suboficial casi lo arrollan, abrieron fuego al unísono contra el segundo coche. Todos a una...

—¿Y qué paso después de todo el desaguisado...?

Mi interlocutor no prosiguió el relato. Lo que vino después no era conocido por tantos, sin embargo la evidencia del ametrallamiento de civiles —unos en un *Seat 132* y otro en un *Ford Perfect*— había ocurrido debido a una serie de confusiones y al estado de sobreexcitación y temor de la tropa a causa de unos misteriosos hechos previos.

¿Qué no pasó en la sombría base aérea aquella noche?

Por fortuna, en el interior del Centro de Medicina Aeroespacial, el doctor García Alcón notó la punzada de la curiosidad e intentó ayudarme. Sintió la intriga de conocer qué había pasado con aquellos soldados balbuceantes y mareados que ni siquiera podían contar correctamente lo que habían visto avanzando hacia ellos. Habían pasado más de veinticinco años... pero la historia debía ser completada, y desde aquel despacho mucho se podía hacer.

Justo al mediodía el militar comenzó a descolgar teléfonos y a marcar extensiones...

—Oye, pásame directamente con historiales, que tengo que hacer una comprobación... —solicitó a su secretario.

—Vamos a ver si aún tenemos el informe de ese muchacho... —me dijo en voz baja mientras esperaba.

—¿Usted recuerda a Trejo aquí en este hospital? —le pregunté de nuevo y también bajando el tono, como si no quisiéramos que los que estaban al otro lado de la línea supiesen de nuestra investigación.

—Ya le digo que aquí no... pero lo cierto es que él y los otros testigos estaban presos del pánico. Yo no sé qué demonios habrían visto o dejado de ver. Fue una jornada muy desagradable; recuerdo que con ese término hablaba el cirujano Martín de Castro que esa noche los trató. Al parecer, Fernández Chiralt estaba de comandante de seguridad de la base... Al día siguiente él llevó todas las investigaciones del asunto. Ese es el hombre a preguntar. La verdad es que en aquellos primeros momentos, por las reacciones, por los síntomas, no se sabía si los soldados tenían un problema de sometimiento a radiación, un problema psíquico... Lo cierto es que nunca volvimos a saber de ellos.

—Como médico no llegó usted a tratarlos...

—No. Es curioso, pero a la mañana siguiente los soldados ya no estaban.

—Disculpe, coronel —lo interrumpí—, pero Trejo me dijo que estuvo en la habitación 905... y que allí pasó trece días en coma... Se lo digo por si sirve de algo, por si su informe fuese un caso especial ...

—Pero... ¿Tú has encontrado a ese chico tanto tiempo después?

Asentí al tiempo que alguien respondía al otro lado del teléfono... El doctor frunció el ceño y contestó algo decepcionado...

—Sí, soy el coronel... Ya, que nada de nada... Sí, espero un minuto más, a ver si en el otro fichero... Amigo —dijo dirigiéndose a mí—, creo que esto va a tardar un poco...

Pasaron los minutos. El doctor Alcón golpeaba con el bolígrafo sobre la mesa, como haciendo morse. El silencio era algo violento y decidió romperlo del modo más inesperado...

—Por cierto, que allí en Badajoz, y ya es casualidad, tuve yo que atender otro caso de estos *raros*...

A continuación, mi eterna cara de sorpresa, que debía de ser un poema.

—Resulta —prosiguió el coronel, señalando el título colgado en la pared— que yo, como le he dicho, era médico titular en Talavera la Real. Un poco antes de los hechos recibí un aviso de una mujer con una crisis nerviosa importante... Sería por primavera, y fui a verla. Me dijo que estaba muy asustada porque vio una luz muy fuerte y extraña flotando en el patio... ¡En el patio de su propia casa!

—¿Estaba en estado de *shock*?

—Totalmente. Consternada porque indudablemente algo había visto allí mismo, junto al muro interior. En aquella época en Talavera no había agua corriente en algunas zonas y existían problemas constantes de fiebres paratíficas; vivíamos en una colonia militar y recuerdo que había cortes permanentes. Por eso se hacía mucha vida en los patios, donde estaban los pozos. A lo que voy: en ese patio trasero de las casas había uno y era del que se suministraba agua a las viviendas... Y ojo, ¡esto en plenos setenta!

—¿Ella estaba en el patio?

—¡Ahí está! La señora había salido a tender ropa y hubo una especie de destello, como una forma que se hizo presente y que la atontó... Lo asombroso es que la bata de guatín la tenía llena de pequeñas quemaduras. ¡Cientos, miles de pequeñas quemaduras! ¡De microsurcos provocados por la incineración!

El coronel del Ejército del Aire y director del Centro de Medicina Aeroespacial se palpaba insistentemente con el dedo índice en el tórax...

—Por aquí, por aquí... Así, zas, zas, círculos quemados. ¡Esa bata la vi yo! Luego pregunté y los vecinos de alrededor no vieron nada y en las traseras de las viviendas no se descubrió la presencia de esa luz. Nadie oyó nada y no tenía signo de quemaduras en la piel, por lo que llegué a pensar que debería de haber un componente infrarrojo. La mujer, presa del pánico, tendría cincuenta años y tuve que

administrarle ansiolíticos. Lo cierto, hasta hoy, es que nadie supo explicarme qué es lo que había pasado. Sorprendente, ¿verdad?...

Era, desde luego, un suceso previo bien intrigante a tan solo unos centenares de metros de la tapia de la base. Iba a hacerle una consulta al respecto..., pero de pronto alguien habló por el auricular sorprendiéndonos casi a los dos. No traía buenas noticias.

El coronel respondió de inmediato.

—Bien... Vale. No, solo era una curiosidad... Sí, exacto, en diciembre de 1976 al parecer estuvo aquí ingresado... Ya, ya. Correcto. Vale, gracias.

Tras colgar, el doctor negó con la cabeza y me miró muy fijamente...

—¿Trece días en coma decías?... Podría ser. Pero yo no le traté aquí.

—¿Y quién le trató directamente? —pregunté como si la vida me fuera en ello y a sabiendas de que tenía un 99% de probabilidades de no hallar respuesta.

García Alcón sonrió...

—Anote el nombre que le voy a dar...

14

Noche de perros

Expósito no mentía. Su memoria había penetrado en esa área del recuerdo que nadie, al margen de él, estaba dispuesto reflotar.

Ya estábamos al filo de la medianoche y el ambiente era el propicio para seguir con su relato... para conocer los hechos ocurridos tras el ametrallamiento de su viejo *Ford Perfect* gris metalizado.

Su cara transmitía auténtica crispación...

—Aquello iba en serio... El primer agujero estaba en el portamaletas de mi coche... me quedé alucinado. Sentí que me podía haber quedado allí seco. Atontado, en un acto instintivo, quise enganchar al teniente por el cuello..., pero me sujetaron.

—¿Que te enzarzaste con ellos en mitad de la carretera? —pregunté, un tanto sorprendido por la rabia que emergía poco a poco en su gesto.

—¡Es que me quisieron matar! ¡Con *cetmes* que disparan seiscientas balas por minuto!

Tras los dos gritos se calmó. Después dio un manotazo sobre la tabla.

—Tuve suerte —prosiguió—. Tuve suerte, porque ¡me quisieron matar! ¡Me tirotearon hasta quedarse sin balas! ¡Eran tiros lo que yo escuchaba tras el coche! ¿Cómo iba a pensar que a un ciudadano de un país libre en plena carretera radial lo iban a tirotear con balas de verdad? ¿En qué cabeza cabía? Por eso estallé...

—Pero... ¿Las balas llegaron a entrar dentro del habitáculo?

—¿Que si entraron?... ¡Imagínate! Abro el coche y veo que una ha penetrado en vertical, y que va atravesando cajas hasta una maleta de cuero donde llevaba un pijama y los partes de venta, los llamados *rapor*, un papel largo como un *dinA3*... que acaban frenando la trayectoria.

—¿Los papeles amortiguaron el proyectil?

—¡Madre mía! —resopló—, es que esa bala iba a mi espalda directamente... La tapa de la maleta la había detenido justo antes de llegar a mí... ¡Se había quedado entre las hojas!... Aquellos partes en forma de libreto ¡me habían salvado la vida!

—¿Quedó un agujero?

—Y menos mal... Si no, hubiese atravesado el respaldo del conductor. Me quisieron matar, ¿eh?... Esa gente me quiso matar.

—Hombre —dije, intentando calmarle—, no creo que directamente su intención fuera...

—¿Que no? —vocifera sulfuroso—. ¿Que no?... ¡Tú no estabas allí!

—Cuando le separan del teniente con el que está enzarzado... ¿qué es lo que ocurre, Juan José?

—Ocurre que los soldados se dan cuenta de la que habían armado. Se fijaron en

quién era yo... Me dijeron que había sido un error, un lamentable error.

—¿Y...?

—Y que me marchara.

—¿Así, sin más? —insistí.

—Como te lo cuento. Yo dije que no, claro. Les dejé bien claro que había que ir a la base a resolver todo... Total, que me metieron en una furgoneta azul marca *Ebro Fadisa*, y regresamos. Recuerdo que venía un soldado a mi lado, con un aparato de transmisiones *Amper F-10*.

El nivel de memoria fotográfica de este hombre era sensacional...

—Yo no sé qué hacían allí, que había ocurrido, por qué se había dado la alarma. El resto de soldados iban corriendo por el arcén... eran muchos. Al del *Amper*, que iba al trote y muy fatigado por el peso del aparataje, le hice un gesto. Al subirlo a la furgoneta me empezó, preso aún del miedo, a contar unas cuantas cosas extrañas que, al parecer, habían ocurrido antes. Yo pensé de inmediato que allí debían estar todos locos. ¡Pero todos!

—Y entran en el interior del recinto militar...

—Entramos. Y en tan solo un par de minutos paramos al lado del cuerpo de guardia y veo que allí había un *Seat 132* blanco, matrícula de Madrid... ¡Que también había sido tiroteado!

—¿No te habías cruzado previamente con él?

—Cierto. Era el coche que pasó en la carretera poco antes del tiroteo... Tenía impactos en el cristal trasero y algunos salían por el parabrisas. Uno de ellos impactó en el hueco, justo entre los dos reposacabezas. Ciertamente, pensé, Dios existe. Me salvó la vida a mí y a la pareja... Amigo, ¡todo el lateral izquierdo estaba cosido a balazos hasta la altura de la puerta del conductor!

Anotaba frenéticamente cualquier detalle o matiz de Expósito. Me habían advertido de su capacidad retentiva... y estaba haciendo gala de esa facultad. Aquello lo tenía grabado a fuego como una película que quizá muchas madrugadas, como ocurría con otros protagonistas de *La noche del miedo*, se volvía a proyectar en la mente sin previo aviso.

—Nos metieron en una dependencia con chimenea —prosiguió— y allí había dos personas vestidas de civil: un hombre, de unos cuarenta y tantos años, y una chica joven, de veinticinco, que había estudiado conmigo en la Escuela de Ingenieros Técnicos Agrícolas...

—¿Te dijeron algo cuando entraste?

—Se me acercaron muy asustados. «¡Nos han querido matar en la puerta! ¡No nos han matado porque Dios no ha querido! ¡Y ahora nos quieren comer el tarro para que no digamos nada!», gritaba ella.

—¿La chica estaba fuera de sí?

—Ciertamente. Ella pensó, como me conocía, que yo estaba de servicio..., pero

le expliqué que ya no era militar. Se lo dejé muy claro. ¡A mí también me han tiroteado!, les dije en voz bien alta para que todo el mundo se enterase allí...

—¿Y notaste un ajeteo especial en aquellas dependencias?

Expósito hizo un gesto agitando la mano...

—Empecé a ver gente con traje de vuelo de pilotos, color naranja fluorescente... Había un sargento de la Guardia Civil, y un guardia civil de tráfico con un 124, un teniente coronel, comandantes... ¡Mucha gente!... Allí me empezaron a preguntar, parecía un consejo de guerra y ya eran casi las seis de la mañana... Antes de pasar a la dependencia, en la entrada, había un cabo primero sentado que se levantó... y le dice al otro: «¡Menos mal que se me encasquilló el zeta, que, si no, lo frío a balazos!». Con los nervios a flor de piel, casi le doy un puñetazo... ¡Y otra vez el lío allí dentro!...

—Imagino que de haber ocurrido todo esto hoy en día, el trato hubiese sido completamente distinto...

—¡Pero es que era 1976! Y... en fin. El teniente se me acercó y con tono de perdonarme la vida me preguntó a qué velocidad iba yo por la carretera... Y yo instantáneamente le respondí que me habían querido matar... y grité que si había sido él quien había ordenado todo eso, era un asesino. Así de claro. ¡Me habían querido matar con alevosía! ¡Quedándose sin balas en los cargadores!

Otro sorbo a la cerveza sin alcohol desvaneció un poco la rabia casi incontrolable. Desde la barra, al fondo, el camarero permanecía ensimismado en la televisión, repasando con un trapo una hilera de vasos...

—Al final me pidieron disculpas... Me ofrecieron un coche para volver a Badajoz y se prestaron a repararme el coche en la base. Nadie quería que se supiese lo ocurrido.

—¿Notaste a los soldados asustados?

—Aterrorizados sería la palabra. Uno de ellos me confesó que los tiroteos fueron cruzados entre ambas hileras en los dos arcones... y algunas balas no les dieron a ellos mismos de milagro. Estaban todos acojonados, atenazados por el miedo.

—¿Y arreglaron el coche allí mismo? ¿Delante de ti?

—Le pusieron pasta moldeable, de la que se utiliza para sellar orificios. Lo dejé allí. No me dieron justificación alguna de lo que habían hecho y me citaron, ya más tranquilo, para el día siguiente.

—Y por la mañana te plantas de nuevo allí para recoger tu coche...

—Esa amanecida, tras llevarme en el 124 de la Guardia Civil, sin dormir, regresé con mi padre. Me condujeron a la torre de vuelo, donde estaba el coronel, con todo el Estado Mayor de la base en pleno, y uno que lo habían nombrado instructor del caso. Allí empecé a enterarme de lo que en verdad había sucedido aquella noche antes de que nos hubieran tiroteado...

—¿Te intentaron dar una explicación de su estado de alarma?

—Me contaron una historia bastante rocambolesca y que uno ya no sabe si creer o

no creer...

—Soy todo oídos —dije, mirando el lento rodar de la grabadora y cerciorándome de que los cabezales se movían correctamente y que estaban registrando esta conversación *histórica*.

—Me intentaron decir que la pareja había ligado y que llegaron hasta el lugar de la base, saltaron la alambrada... y se metieron juntos bajo los eucaliptos.

—¿Que la pareja se metió dentro del recinto militar? —pregunto incrédulo ante lo que estoy escuchando.

—Sí, ya sé que suena un poco raro, pero eso es lo que me dijeron... Al parecer, había mucha vegetación. Entonces llegó hasta las inmediaciones un hombre voceando: «¡Verde! ¡Verde! ¡Verde!», y ellos, asustados y viéndose sorprendidos, salieron corriendo. Decían que había quedado la marca de un cuerpo muy grande en el suelo, y me aseguraron que el soldado estaba dormido... y que fue uno de ellos a orinar, con la linterna, y al alumbrar el suelo vio una figura reflejada en ese verde de la hojarasca... Comenzó a gritar y se desmayó, luego llegó el perro y se liaron a tiros sin mirar dónde...

—¿Tú les creíste?

—Yo creo que me vieron poco convencido... Entonces me llevaron al sitio de los hechos, junto al otro testigo que fue tiroteado, el hombre del *Seat 132*. Él iba todo el rato en silencio, cabizbajo, como preocupado. Al llegar, señaló a un punto y dijo que, efectivamente, allí estaba metido y que habían saltado la alambrada... y que luego habían salido todos asustados. Al tiempo, todos los militares me intentaban decir que me tranquilizara... que me calmase. Recuerdo que el coche de ese hombre quedó allí inservible, destrozado...

—¿Y el tuyo?

Antes de contestar unió el índice y el pulgar haciendo un círculo...

—Así, así habían entrado las balas por abajo, destrozándole la dirección... Mi *Ford Perfect*, que le decían *Anglia* en Inglaterra, quedó para el arrastre aquella noche.

—¿Denunciaste el hecho?

—¿Y qué iba a conseguir con aquello? Un teniente del Servicio de Información de la Guardia Civil me llegó a decir que si quería denunciar por intento de asesinato. Pero era el año 1976... y lo que hice fue llegar a un acuerdo. Todo fue de un modo anómalo y raro. Yo lo único que sé es que me quisieron matar. Fueron momentos muy críticos... Faltaba muy poco para el aniversario de la muerte de Franco. Y les dieron licencia para matar.

—¿Te llegaron a ofrecer dinero?

—No, pero me compré un coche nuevo.

—¿Te dieron otro?

—No. Nadie me dio nada —sonrió—; simplemente, a la mañana siguiente me compré un coche nuevo. Sin cobrar el sueldo, ¿eh?... Llegué con el dinero en mano y me compré otro... directamente.

—Y tú ya no contaste nada de lo sucedido a nadie...

—Para que nos entendamos tú y yo. Aquello, oficialmente, nunca pasó. Mira, en aquella época, sin Constitución, esto sale y yo acabaría en un manicomio. No tienen nada que ver los militares de entonces con los de ahora.

—¿Recuerdas a alguno de ellos especialmente?

—Sí, sí... Hubo una persona que luego desapareció y eso me dejó como... no sé. Extrañado.

Juan José entornó los ojos aún más como si estuviese enfocando el recuerdo...

—Sí, era uno de los que mandaba allí. El que organizó toda la salida del pelotón que casi me acribilla... Pues bien, recuerdo que esa noche el hombre me vino a pedir disculpas. Nos quedamos mirándonos fijamente... Pero, al poco tiempo, algo le ocurrió. Al parecer, se estrelló y solo le encontraron un zapato.

El hombre del rostro carbonizado

¡Hola!, soy Javier Martín Moraleda, natural de Zaragoza, y mi número de teléfono es (- - - - -).

La noche del 19 de agosto de este año pasaba por el *camping* de Los Alfaques sin ser consciente de que circulaba paralelo a ese lugar, hacia las dos de la madrugada. En una recta, sin ninguna visibilidad, sin venir ningún coche por delante ni por detrás; encendí las luces largas y, de pronto, vi perfectamente a siete u ocho personas invadiendo el carril, en pleno asfalto a oscuras..., todos separados, cada uno a metro o dos del otro...

Me intrigó sobremanera, porque unos miraban directamente hacia la calzada, niños y mayores, y otros estaban de espaldas a ella, mirando hacia el campo..., porque allí solo había una llanura inmensa. No movían ni un solo brazo, ni una pierna, nada... Y me fui aproximando. Vi que llevaban ropa de verano y alguno incluso la típica gorra para el sol. No portaban linternas, ni luz alguna. No miraron siquiera a mi vehículo al pasar tan cerca, con las luces. Como si no existiera.

La oscuridad era absoluta y no se que me ocurrió... Quizá el miedo, o notar que no era normal. Tenía la completa certeza de que era algo extraño y le juro que me quedé sin saliva en la garganta y, habiendo ya pasado a los dos extraños grupos de personas, desperté a mi mujer, que iba dormida atrás.

Fue ella la que me dijo que a un lado quedaba el *camping*, que contaban que se quemó hace muchos años y donde hubo una auténtica tragedia. Entonces noté el verdadero escalofrío. Le aseguro que nunca he creído en estas cosas, pero intuí que lo que yo había visto, esa especie de familias en plena oscuridad, mirando como perdidos a un lado de la carretera, como robots, no era normal...

Me interesa saber si en ese lugar realmente se vivieron hace décadas esos hechos tan dramáticos.

Le agradezco de antemano su atención. Atentamente.

Suelo recordar cartas, testimonios e historias como estas cuando voy circulando de noche en plena investigación. Es inevitable entonces sumergirse en una sensación que solo se mitiga con el transcurrir de los kilómetros. A veces, incluso, uno mira de reojo a los asientos de atrás, como si por unos instantes creyera profundamente en las viejas historias de fantasmas.

Porque ¿son reales?, ¿o las proyectamos desde nuestro inconsciente?

Aquel e-mail del conductor maño era una muestra más, como tantas otras, que llegó en el largo proceso de esta aventura...

Buena parte de los despreocupados turistas se hallaban, en aquellas primeras

horas de la tarde canicular, reposando a la sombra. Muchos de ellos ya no se despertarían. Quedaron calcinados sobre el terreno. A otros la onda expansiva los lanzó a una considerable distancia; incluso se llegaron a recoger horas después varios cuerpos del mar. Primero hubo un pequeño incendio y, a continuación, una violenta explosión que produjo una devastadora bola de fuego que arrasó el *camping*. En el lugar del impacto se abrió un cráter de veinte metros de diámetro y dos de profundidad. El recuento inicial inmediato de víctimas daba ciento cincuenta muertos y varios centenares de heridos, muchos de ellos horriblemente mutilados... La identificación de los cadáveres fue una tarea penosa y larga; la calcinación de los cuerpos y la total destrucción de las oficinas donde estaban depositadas las fichas de los huéspedes la hizo en más de un caso imposible.

Esa fue mi primera respuesta instintiva al angustiado correo electrónico. Plasmar simplemente el inicio de una crónica enviada un fatídico 11 de junio de 1978, justo desde el lugar en el que, veintiséis años después, se había encontrado con la extraña procesión de turistas perdidos en la madrugada. Fue un holocausto que nunca podrían olvidar los que allí vieron los cadáveres apilados, en tétrica línea recta sobre la arena de la playa, convertidos en carbón y aún con la última postura que tenían cuando el aire se convirtió en fuego...

—*Eso te deja marcado para siempre... Para siempre.*

Cuando llamé a José Palanques —primer informador que se adentró en el epicentro de la catástrofe—, el veteranísimo corresponsal castellonense tenía entre las manos aquellas fotografías, las suyas, que dieron la vuelta al mundo. La voz se le entrecortaba y a veces se transformaba en llantos cortos. Él, fiel a su oficio de viejo zorro del reporterismo, sacaba fuerzas de flaqueza y se sobreponía. Cuando le volvía la respiración, hacía un esfuerzo por describirme aquello...

—El agua burbujeaba. La playa se había convertido en un mar hirviente en la que continuaban pequeñas explosiones, y los cuerpos que habían sido sorprendidos flotaban como convertidos en cera... Algunos estaban sentados en las hamacas, ya con la calavera y a veces una gorra o jirón de ropa... Fui el primer reportero en llegar, porque la casualidad quiso que estuviese a seis kilómetros de allí. Cuando me bajé con mi cámara entre las manos, me sentí en un mundo irreal. Sí, el infierno era eso, justo eso, con cuerpos de niños y hombres que emergían de la tierra, de la arena, con la piel cayendo a trozos, intentado subir desde un oscuro cráter provocado por la explosión...

José me estaba transmitiendo el hipnótico dolor del enviado especial. Del periodista que, movido por un resorte misterioso que lo hace inmune por unos minutos, salta entre cadáveres, los fotografía, se rige como un autómatas entre el humo y los gritos buscando un motivo, un origen, una explicación para la desgracia y el infortunio. Lo impulsa la necesidad sagrada de contar. Y a veces deja las fotografías e

intenta ayudar, pero no sabe cómo. Se aproxima a alguna figura, la de un niño sentado. Le toca un brazo y este se deshace hecho ceniza. Cuando mira por el visor de su máquina aún guarda la esperanza de que todo sea una pesadilla. Pero el infierno sigue ahí.

—Hoy aún se me pone el pelo de punta al pasar por allí. Al ver el lugar, al recordar lo que viví. Al mirar las más de trescientas cruces blancas que se colocaron en un muro junto a una loma para recordar todo aquel dolor... No me extraña que la gente presienta, note, viva aún aquellas escenas. A mí me acompañarán hasta el último día...

—Hay gente que le ha cogido miedo al sitio —le dije.

—¿Y le extraña? Cuando vi aquellas cruces y todo calcinado, como lunar... yo pensé que nunca nadie iba a volver por aquí. Jamás.

Me impresionó Palanques. Y él se impresionó al conocer testimonios como el de Javier, el conductor maño que se encontró por sorpresa con otra escena que parecía rescatada de un tiempo perdido. Adultos y niños a un lado de la carretera, sin luz alguna, mirando fijo, con expresión ausente. Separados por la misma distancia entre sí. Sin parpadear, sin mover un dedo. Como el reflejo de lo que pasó.

Cuando al fin pude hablar a solas con Javier Martín, noté su nerviosismo. Su miedo.

—Me fijé sobre todo en la última de las figuras —me dijo—. Me caben pocas dudas de que era un hombre. Llevaba un pantalón corto color crema, una especie de chaleco de cazador, un gorro tipo visera para el sol... y un cubo en la mano. Un cubo de los de playa para los niños. Y te juro que ahora mismo se me pone el vello de punta al comentártelo...

Era fácil tener la misma sensación escuchando a mi interlocutor: el vehículo, lentamente, fue pasando ante aquellas figuras y...

—No tenía cara. Sí, me reafirmo en ello. Lo que más me asustó es la ausencia de rostro. Estaba todo oscuro, negruzco... como amputado.

O carbonizado, pensé mentalmente. Según los estudios efectuados —análisis que acabaron provocando la ley que prohibió posteriormente el transporte en cisterna de material peligroso por los cascos urbanos—, la temperatura alcanzada en el *camping* de la muerte fue de 2.054 grados. Los 46.000 litros de propileno licuado provocaron una ola abrasiva que dejó muchos cuerpos convertidos en cenizas, sin forma alguna. Un ciclón instantáneo de la muerte, un torbellino que en segundos arrasó la campiña y la transformó en un montón de carbón ardiente.

—Me fui alejando... y las luces posteriores del coche iluminaron las dos hileras de personas. La penúltima me pareció una mujer. Todas con ropa de verano, de turistas... estrechando la carretera, invadiendo el carril contrario... Allí, a las dos de la madrugada... Tengo claro que lo que vi no era normal.

Una vez más, y a pesar de mi actitud a la defensiva, comprobaba cómo se

reafirmaba la inquietante coincidencia: lugares marcados por el dolor donde posteriormente testigos, incluso desconocedores de ese pasado, asegurarían observar apariciones que parecían transmitir cierta información.

Recordé a *La portuguesa* y su posible historia olvidada en un arcén. Y recordé también, como en destellos, tantas caras de terror ante mi grabadora. Tantos miedos recuperados, revividos, revisitados, que estaban saliendo a flor de piel con aquella investigación que sacaba a la luz, poco a poco, el gran caso prohibido.

¿Hacía dónde estaba nadando? ¿Impulsado por qué corrientes desconocidas?

Mi sensación era la de navegar hacia el abismo asfixiante. Como una pileta negra, estrecha y profunda en la que ni siquiera se intuye el fondo...

Con esa escena en la cabeza rodé muy lentamente ante la tapia de la base, reduciendo la velocidad casi hasta detener el vehículo frente a la vieja garita donde todo comenzó.

Conocía ya cada palmo del trayecto, cada venta, cada farola, cada curva. Ascendí de nuevo hasta *Los Rostros* y contemplé toda la panorámica. Aquella especie de largos tabiques blancos con cúpulas tenuemente iluminadas. Desde la altura, la Base Aérea de Talavera la Real se asemejaba a un pequeño pueblo egipcio o turco cuando llega la noche.

Y en aquella soledad noté cómo silbaba la oscuridad. Algo que habitualmente no se escucha. Algo que quizá percibieron también aquellos soldados.

Me los imaginaba asustados, desmayados, creyendo que algo los iba a matar. Algo que no parecía de este mundo.

Procuré imaginar los sonidos, los gritos entre las ráfagas.

—¡Al suelo, que nos matan!

Diez minutos después tomé el cambio de sentido. Presioné la cinta del cassette y los dígitos fosforescentes del salpicadero iluminaron el interior del coche.

A los pocos segundos surgió una voz clara y fuerte. Casi desafiante.

—Yo no sé qué pasó con lo del *hombre verde*... Quién sería y quién dejaría de ser. Sí, al principio creí lo que me dijeron, pero al día de hoy... En fin, lo que sí ocurrió de verdad es lo que me pasó a mí en aquella noche de perros. Por eso puedes poner la mano en el fuego.

Así de rotundo se mostraba Expósito. ¿Realmente le convenció la explicación que le dieron? ¿O pesó más el miedo a hablar en aquellos momentos?

Rodando en busca de las llanuras de Navalморal de la Mata —puerta de Extremadura y hogar de mi viejo amigo y gran reportero Gonzalo Pérez Sarró— me fueron asaltando las preguntas. Y mis sospechas crecieron de modo exponencial conforme devoraba kilómetros.

No acertaron ni un impacto a un blanco fijo a apenas cinco metros, no detuvieron a la enamorada pareja de infractores... Y ya puestos, ¿serían acaso los dos tortolitos

quienes se llevaron hasta el último de los casquillos percutidos por los fusiles? ¿Y los sonidos previos? ¿Serían también músicos los dos apasionados amantes?

La «versión oficial» no se dio a los interesados hasta el día siguiente. Y la cuestión parece clara y diáfana: ¿Por qué no confesaron directamente la noche de autos los dos queridos ametrallados? ¿Y las enfermedades que asolaron a los testigos? ¿Las provocaron también ellos con alguna suerte de misterioso poder?...

Junto al buen Gonzalo, en su acogedor ático rodeado de libros, compartí cena e interrogantes. Hablamos, recordamos, especulamos... y en mitad de la madrugada volví a la querida —ya por familiar— Nacional V. Durante todo el trayecto, hasta las mismísimas puertas de Madrid, un pensamiento me estuvo revoloteando con un nombre auestas. Era un detalle aparentemente pasajero al que no había prestado mucha atención durante la entrevista. Una pista que para algunos encerraba cierta maldición que aún estaba presente...

¿Cómo demonios había dicho *Verne*⁹ que se llamaba el hombre encargado del pelotón que desapareció en extrañas circunstancias?

16

Vuelo 211

La casualidad está siempre al acecho. Ten echado el anzuelo; en el remanso menos sospechado puede estar tu pez.

OVIDIO, *Ars amandi*

Di un auténtico brinco.

Creo que los compañeros que a esas horas atiborraban la redacción central de la SER en Gran Vía se apartaron en mi *sprint* hacia la impresora. Arranqué la hoja del teletipo y la releí de arriba abajo como si no acabase de creérmelo...

Aquello era un guiño macabro del destino. ¿O no?

—Buscad más... ¡Más de esto! —grité a Carmen y Katia, agitando la hoja medio rota por el tirón que acababa de darle—. Las dos, núcleo duro del programa *Milenio 3*, se me quedaron mirando desde la larga mesa como quien ve a un loco.

Había ocurrido justo en el preciso instante en el que me disponía a desenterrar *esa* parte de la historia. ¿Pueden creerlo?

Yo, en aquel momento, no.

Recorrí el pasillo de los estudios y acabé ante la familiar maquina del café. Enfrente, por la ventana de la octava planta abierta de par en par, se contemplaba el frío cielo de Madrid flotando sobre miles de edificios...

El papel que llevaba en la mano era una nota urgente de la agencia Efe certificando la muerte instantánea por carbonización del teniente profesor David Martínez Labordería a bordo de un F-5. El siniestro había ocurrido apenas hacía una hora, entre las 11:30 y las 11:45, a unos 30 kilómetros al sur de la base de Talavera la Real...

Mismo lugar, mismo avión, accidente mortal... Parecía que las coincidencias no tenían límite. Era como si el tiempo y el espacio, en un bucle incomprensible, se afanaran en repetir la historia.

Justo en aquel momento.

Tras leer la nota dos o tres veces me fue inevitable abstraerme y recordar unas emocionadas palabras del infatigable policía Andrés Herrera cuando, meses atrás, me había contestado en torno a las muertes de sus viejos compañeros de la Base:

—Varios de los implicados en aquella larga madrugada fueron muriendo de forma traumática. El brigada Porquichu, uno de los que salieron a la carretera fusil en mano, también pereció poco después. Y Pavón, que fue el cabo primero que ordenó a los soldados acercarse hacia la zona donde había visto descender algo como un fogonazo... Ya era sargento, y yo creo que tenía miedo desde

entonces. Algo sabía que nunca contó... y quizá fuera a confesármelo el día que había quedado para entrevistarle sobre estos hechos. Estaba dispuesto, después de mucho pensarlo, a romper ese silencio de años... y fue unas horas antes cuando se estrelló en plena recta... El atestado, al que tuve acceso directo, parecía dar a entender que alguien lo había sacado de la carretera. Así de claro.

A las dos de la tarde la tragedia ya era noticia y los detalles iban llegando con cuentagotas, al tiempo que los medios de comunicación se volcaban realizando en tromba diversas peticiones a los organismos militares; había un lógico y repentino interés global en conocer los pormenores de esos artilugios que alcanzan 1,4 mach (alrededor de 14.000 km/hora) y ascienden sin el menor problema hasta los 50.050 pies (15.000 metros de altura). Los informativos iban a abrir con esa noticia.

Las instituciones, ante la gravedad de lo sucedido, enseguida ofrecieron cierta documentación y pormenores en forma de listado de siniestros en los alrededores de la base que, al día siguiente, serían noticia de portada de los periódicos regionales. Y en ellos me sumergí en busca de mi particular objetivo... Jaraíz, el nombre de la primera víctima de la supuesta maldición, que en aquel lejano *chat* me había dado Verne9 como muestra de su conocimiento *desde dentro*.

Así, bien mediada la tarde, llegó mi primera decepción. Como un tortazo en pleno rostro. Oficialmente aquel antiguo accidente nunca había ocurrido. Entre la marea de dígitos e identidades proporcionados no había ni rastro del supuesto teniente coronel volatilizado después de *La noche del miedo*.

A pesar de todo, proseguí la búsqueda tirando de muy diversos hilos...

Aquel hombre, efectivamente, ejerció su mando en la base a mediados de los años setenta, pero de su muerte o desaparición... nada. Cero. Ni un dato. Mis pesquisas urgentes se estamparon contra el mismo silencio de siempre, seco y rematado por una frase que alimentó mis malos augurios:

—Yo no me acuerdo de eso. Además, si no sale aquí... Fíjese, el primer siniestro lo tenemos recogido en 1984.

—Antes, ¿nada?... —pregunté.

—Ni rastro —contestó una voz distante—. Quien te haya dicho otra cosa te ha querido confundir.

Eran palabras muy acertadas para la sensación que empezaba a empaparme. Sin embargo, insistí —antes desfallecer que abandonar— hasta acceder a otra lista más amplia de los accidentes de F-5 en todo el territorio nacional. Y con la sensación creciente de que ese «espía del ciberespacio» quizá se estuviese burlando de mí, revisé de arriba abajo el trágico *dossier*:

- 1984: Caza F-5 se estrella en las inmediaciones de Argamasilla de Alba, muriendo el piloto del Ala 23, Escuela de Reactores de Talavera la Real.
- 1985: Muerte de los pilotos al precipitarse el caza al mar frente a las costas de

Cádiz mientras realizaban prácticas de tiro.

- 1986: Fallecido tras incendiarse el avión dentro de la Base Aérea de Talavera la Real.
- 1988: En el mes de septiembre se estrella un F-5 sobre la base de Jerez de la Frontera. Uno de los pilotos logra saltar en el paracaídas.
- 1989: Muerte por explosión del F-5 en pleno vuelo sobre la vertical de San Pedro de Mérida.
- 1989: Mueren los dos pilotos al estrellarse el caza F-5B cerca de Orellana la Vieja, Badajoz.
- 1989: Se precipita al vacío el avión en la pista de la Base de Torrejón de Ardoz, Madrid.
- 1991: 7 de octubre, el capitán Benigno Mallo y el alférez Manuel Alonso perecen carbonizados en las proximidades de Base Aérea de Talavera la Real, cuando el avión se precipita contra el suelo.

Ni rastro del piloto volatilizado.

¿Descubriría que una de mis fuentes me mentía descaradamente? ¿Y si todo, desde aquel primer contacto, estaba meticulosamente programado para llevarme a tientas hasta determinadas verdades manipuladas o erróneas?

Preferí no pensar. Me arrimé a la mesa, descolgué el auricular y marqué rápidamente, aporreando las teclas del teléfono con rabia...

—¡Ah! ¡Hola!, Iker... ya no esperaba tu llamada. Mira, te puedo comentar lo que sigue...

Un alto mando del Ejército del Aire, amable y conciliador, fue confirmando mis sospechas:

—Es extraño —prosiguió— que te hablen de la muerte de un piloto que salió solo y en contra de las advertencias de meteorólogos. No me cabe en la cabeza. Ese avión, construido por la compañía CASA, es biplaza y entró en servicio en 1970. Eran 34 aparatos. Un avión cuyas características básicas son el buen perfil aerodinámico y su maniobrabilidad y noble comportamiento. Amigo, en confianza, me extrañan sobremanera esos datos que te han dado...

Salí de nuevo a la gran terraza en silencio y me encontré con el horizonte que ya estaba rojo. Maldije mi candidez al estar casi seguro de lo que estaba ocurriendo... Me habían dado a lo largo de estos meses pistas falsas para escarbar poco a poco en determinada dirección. La idea de las extrañas muertes prácticamente en cadena de los protagonistas de *La noche del miedo* era una de las áreas más intrigantes... Y ahora comprobaba que los argumentos fallaban clamorosamente.

¿Acaso Verne⁹ era un intoxicador anónimo? ¿Y qué objetivo buscaba inventando aquellos datos? ¿Quién quería que me sumergiese en la revisión de este caso ya olvidado? ¿Se perseguía la verdad de un hecho oficialmente silenciado? ¿O existiría

una maniobra de fondo que quizá buscaba mi descrédito?^[8]

Con la susceptibilidad a flor de piel acudí esa misma madrugada a las catacumbas de mis archivos para extraer una fotografía. O mejor dicho, una radiografía médica muy peculiar y que había hecho correr ríos de tinta. Hacía un tiempo que a algunos investigadores y periodistas especializados en lo desconocido nos había llegado una imagen sugerente, con una historia adosada como un clip.

En aquella ocasión —a principios del 2000— el anónimo informante se dirigió a varios compañeros asegurando ser médico de un importante hospital andaluz. Y con el característico y loable —a la vez que sospechoso— deseo de «hacer justicia» describía más o menos y por escrito la siguiente escena:

Aquella noche, muy de madrugada, escuchamos un gran alboroto por la puerta de urgencias. Yo salí con otro grupo de compañeros. Había varios soldados y un teniente llevando algo envuelto con una manta. Nos pareció ver sangre y no nos dejaron coger a la criatura. Enseguida pensamos en algún parto... en un bebé..., pues aquello era algo muy pequeño. Debían venir de la base... a toda prisa. Era muy extraño.

Procuré fijarme a pesar de la oscuridad y comprobé que se movía... y que en un momento sacó un brazo de tono oscuro con una mano. No pude ni tuve tiempo de contar los dedos. Pasaron como una exhalación. Eran más de ocho militares... y estaban muy nerviosos, blancos... Al minuto se metieron en una sala con el jefe de planta y discutieron a voces. Se escuchaban gritos... Hablaron de una especie de luz o explosión. Acto seguido, ya por otro pasillo paralelo, lo llevaron corriendo a la sala de radiología. Un grupo de médicos seguimos sus pasos. Y allí estuvo aquel niño o lo que fuera. Le hicieron un escáner completo, lo notamos por el ruido de la maquinaria y por las indicaciones que hacía un especialista médico-militar que los acompañaba. Este iba al final del grupo con una bata verde. No pude identificar de qué base provenían... Fue todo muy aprisa. Solo a los dos días encontré una de las radiografías sobrantes en un bidón hermético destinado a destrucción de papeles y material médico. Había quedado casi completo por algún fallo de la trituradora de documentos... Al parecer, nadie se dio cuenta y pude cogerlo. Allí se confirmaron mis sospechas. Era una de las placas efectuadas a aquel ser. La cabeza abombada, deforme, como con protuberancias. Enseguida me pareció algo de otro mundo. Lo único que puedo decir es que aquella madrugada volví a escuchar las botas de los soldados saliendo en tromba bajo las indicaciones de su superior. Las mismas mantas, el mismo bulto... y a la furgoneta militar. Nos decían: «¡Aquí no ha pasado nada! ¡Nadie ha visto nada!».

No me he atrevido a enseñar la imagen hasta hoy. Esto no es humano.

Sin duda, como argumento de ciencia-ficción aquello no tenía precio. Un retén militar había encontrado un monstruo justo tras avistar una luz extraña. Y lo habían

ingresado realizándole las correspondientes pruebas médicas y análisis. No fueron pocos quienes indagaron en el asunto hasta comprobar, no sin cierto desasosiego, que había algo mucho más siniestro detrás de todo. Aquello era una dolencia, una malformación humana..., una enfermedad muy poco corriente que alguien había convertido en una trama construida pieza a pieza, agregándole datos y detalles diversos con el objetivo de que alguna revista del sector del misterio, o algún reportero andante, la publicase con todo lujo de detalles y dándola por cierta. De lograrse este objetivo, probablemente, algún «inocente científico» rebatiría inmediatamente el apócrifo enigma con un arsenal de datos sobre la deficiencia teratológica, absolutamente humana, que se produce en algunos casos extremos de macrocefalia.

Y con ese aldabonazo, fría y perfectamente programado, el divulgador y el medio quedarían desacreditados para siempre.

Uno menos.

Ese era el plan: un batacazo de órdago en los momentos de mayor competencia de los medios escritos. Un momento en el que las cabeceras se disputaban los lectores con historias cada vez más espectaculares. En ese clima, un ramillete de periodistas y divulgadores recibieron puntualmente —desde e-mails anónimos— la imagen y el señuelo.

¿Qué mejor forma de destruir su credibilidad?

La exótica y reciente historia del cráneo hizo que mi desconfianza ganase enteros respecto al espontáneo *Verne* y su retahíla de asombrosos datos.

Días después recibí sus últimas noticias, como siempre transportadas en un correo electrónico cuya cuenta fue desactivada minutos después...

Estimado Iker:

Sé de buena tinta que tus primeras estocadas han pinchado en hueso. Sé con quién has hablado y a quién has acudido. Pero no te rindas. Eres tenaz y debes demostrarlo. El gran caso, la historia terrible, la demostración de que los poderes nos ocultan hechos sobrenaturales está aquí. Los sucesos de Talavera solo son la gota que colma el vaso. Lo han escondido demasiado tiempo, con el objetivo de que no haya testigos... En la base nada te dirán... No insistas por ahí. Además, ahora con el accidente reciente, la susceptibilidad está a flor de piel.

Yo te aseguro que las muertes de los implicados en las apariciones de 1976 ocurrieron y pueden seguir ocurriendo. Todo obedece a un plan. Te doy mi palabra.

Ahora continúa la búsqueda y haz buen uso de este dato que te ofrezco: Salvaleón.

Yo solo te oriento, la verdad debes descubrirla tú.

Esto solo es la punta del iceberg.

Un abrazo.

¿Salvaleón? Creo que respondí al e-mail —aun a sabiendas de que no iba a obtener respuesta— con una sarta interminable de reproches. Casi obligándole a cortar para siempre la comunicación. No sé si le llegaría... porque nunca más supe de él. No me gustaba perder el tiempo. Pero, por otro lado —maldita deformación profesional—, me sentía intrigado: ¿Cómo demonios tenía aquel sujeto noticia directa de mis últimas gestiones?

Durante dos días aquel mensaje reposó junto a otros sobre mi mesa... Tenía mucho trabajo acumulado y no deseaba seguir haciendo el ridículo como marioneta de un informante demente. ¡Ya era perro viejo en esto!

O al menos eso creía.

No estaba dispuesto y, sin embargo..., tragué. Quizá —eso nadie lo sabe— porque latía en mi interior la necesidad de saber quién podía estar detrás y con qué objetivos. ¡Por eso no podía apartar los ojos del maldito papel!

A la semana exacta de la recepción de la última comunicación de este personaje ya estaba buscando pistas.

No tenía remedio.

Salvaleón era un pueblecito de la provincia de Badajoz. Eso no me costó descubrirlo. Pero lo que vino después, sí. Una serie de llamadas me confirmaron que algunos testigos de la región recordaban, al iniciarse 1977, un tremendo accidente. Y entonces sentí ese temblor tan característico subiendo por las vértebras.

La voz de una mujer mayor, propietaria de un colmado, pareció agitarse también al describirme aquello...

—Decían que fue como un suicidio... un gran tronar... y no encontraron ni una uña del piloto. Una o dos explosiones hubo... Pero hijo, esto fue ya hace mucho tiempo... ¡Pobre hombre! ¡Se esfumó para siempre!

Colgué sin dar crédito a mis propios oídos.

Después, como casi siempre, llegó el aluvión de incógnitas al epicentro del cerebro...

¿Cómo era posible?... Me habían asegurado oficialmente que la lista que había tenido entre mis manos de muertes de pilotos de F-5 en todo el territorio español era concisa y exacta...

¿Qué clase de *accidente perdido* era aquel?

Sin embargo —y ahora sí que ponía la mano en el fuego— aquellos testigos habían visto algo... y no mentían. Algo que explotó un día lejano en el cielo de Salvaleón.

Tenía una fecha aproximada y un lugar, y con eso, como el que porta el mayor tesoro recién desenterrado, me dirigí como una bala a la Hemeroteca Nacional.

Ascensor B, planta cuarta, sector sur, microfilms...

Enero de 1977... Rollos y más rollos de periódicos regionales. Adelante, atrás y la sala de altísimos techos y armarios de metal casi vacía. Pasaron por la pantalla las noticias en blanco y negro, invertidas, como un negativo.

De nuevo adelante, atrás, parar..., con el mareante sonido del girar de las bovinas...

Deportes, política, agricultura... Día 19, 20...

Al llegar a la portada del día 21 el corazón casi se me paró de un golpe. El diario *Hoy* de Badajoz tenía una sorpresa guardada para mí. Leí el titular muy despacio:

El piloto del F-5 estrellado se desintegró.

Pulsé a la tecla de la fotocopidora para inmortalizar el documento. El tema estuvo en la palestra solo dos días en la prensa regional..., pero era más que suficiente. Procesé toda la información y me quedé allí sentado hasta las nueve de la noche invernal, momento en que me pidieron amablemente que saliera de la sala. Lo hice con los ojos aún clavados en aquellas dos fotografías del inmenso cráter en mitad de la dehesa.

Tomé de nuevo el paraguas y salí al exterior. La tormenta y el viento esperaban en la plaza de Colón. Ni siquiera quise tomar un taxi. Caminaba como un autómata. Así ascendí por la calle de Villanueva, estrecha y sin un alma, con los comercios ya cerrados. Y en mi mente, imborrables, los extractos de aquella primera noticia sepultada por el tiempo. Un suceso que, seguro, no había interesado a nadie en veinticinco largos años...

Un reactor modelo F-5 del Ejército del Aire se estrelló ayer a mediodía en las inmediaciones de la localidad pacense de Salvaleón. El avión, que pilotaba el teniente coronel del Arma de Aviación don Mariano Pérez Jaraíz, pertenecía a la Base Aérea de Talavera La Real...

El aparato, cuya numeración es 211-36, había despegado a las 11:34 hora local. En el lugar del suceso aparece un enorme socavón y los restos esparcidos en un radio de unos 1000 metros dan al lugar una visión auténticamente catastrófica...

En un principio se manifestaron serias dudas de que el cuerpo pudiese estar enterrado en la zona delantera del avión. Había restos de paracaídas en los árboles cercanos. Uno de los tenientes allí personados admitiría la posibilidad de que el cuerpo se hubiese desintegrado a consecuencia de la explosión, pero no deja de ser extraño que en la zona no se vea ningún resto humano, más aún sabiendo que el médico, señor Rodríguez Toribio, había encontrado un trozo de bota, de la cazadora y el cinturón...

Había algo desasosegante en aquella primera crónica.

¿Dónde estaba el cuerpo? ¿Cómo es posible que alguien, en un paraje solitario, saltase con el paracaídas y no apareciese su cuerpo?

Y qué demonios... ¿Cómo el maldito Verne⁹ sabía que hasta el médico se había negado a firmar el acta de defunción?

Llegué a casa resguardando los papeles dentro de mi abrigo. Extendí sobre la mesa el carpetón con las fotocopias y leí las noticias del día siguiente, 22 de enero de 1977, momento en el que parecía que se iba poniendo cerco a la verdad...

Se personaron junto al cráter autoridades como el teniente coronel Lozano, quien nos dijo: «Como usted sabe, no puedo hacer ninguna declaración». Los soldados iban en camiones provistos de picos y palas. El doctor indica que se organizó una batida de 400 metros de radio y que no aparecen restos humanos por ninguna parte. Algunas personas afirman que se oyeron dos explosiones. Se cree que las últimas palabras de don Mariano Pérez Jaraíz, a través de la radio del avión, fueron: «Voy a por el avión...».

De nuevo el escalofrío. Uno de los protagonistas principales de *La noche del miedo* había dicho por radio el día de su muerte o desaparición, desde el interior de la carlinga y ya en el aire, que iba a por «un avión». ¿A qué se refería? Según los planes de vuelo no había ningún otro aparato civil o militar por las inmediaciones...

Él era el único en aquella mañana. ¿O no?

Aquella frase, aquella última comunicación en el aire era casi idéntica a la pronunciada por otro desaparecido en circunstancias jamás aclaradas. Otro accidente misterioso, digno de la novela negra, de un militar comprometido con lo extraño: el comandante Antonio González Boado^[9]. Anoté su nombre con el fin de revisar su increíble historia. Después proseguí rastreando entre papeles para comprobar cómo el 22 de enero la prensa regional plegaba velas. Ni una información. Ni un nuevo dato. Solo silencio. Sonreí mientras me acercaba la taza de té a los labios... Era una sensación ¡tan familiar!

En una nota más breve, como la noticia que da el último coletazo en su proceso de extinción, se podía leer lo que sigue:

EL CASO PARECE HA QUEDADO TOTALMENTE CERRADO.

La terminación de los trabajos de búsqueda hacia las doce y media de la tarde confirmó la primera idea que se tenía por todos los militares: el cuerpo del coronel Pérez Jaraíz se había quedado totalmente desintegrado, ya que, según se nos había informado, no se habían encontrado restos...

Posteriormente a la marcha de los militares, unos chavales encontraron un

trozo que parecía carne humana chamuscada encima de una encina, a unos 20 metros del lugar de la explosión. Una especie de pedazo de piel de unos cinco centímetros y apenas de tres a cuatro gramos de peso. Este bien pudiera ser el final de esta triste desgracia acaecida en la mañana del jueves. Diremos finalmente que a cuantos militares de distinta graduación preguntamos, nos dijeron lo mismo: No podemos facilitar ningún dato más. A título de comentario personal, creemos que el cuerpo sin vida está desintegrado.

—Salió con calima, en condiciones totalmente adversas. Insistió y... la verdad es que no sé bien por qué..., pero cayó en sónico, *en picado*...

Un gesto de preocupación envolvió el rostro siempre serio del general jefe del Sistema de Mando y Control (MACOM) del Ejército del Aire. Ángel Bastida, desde luego, no era un cualquiera. Profesional excepcional, conocía el mundo de la aviación de combate como pocos en este país. Y aquel accidente era muy extraño.

—El teniente Jaraíz, curioso, fue uno de los protagonistas de uno de los casos que nunca habéis sacado de los archivos... —le dije.

—¡Ay, Iker!... Vosotros los periodistas siempre igual. Será una coincidencia... Ya te dije que del incidente de Talavera no había más de lo que salió.

Bastida, todo hay que apuntarlo, fue el responsable de la polémica desclasificación de informes ovni que el Ejército inició en 1992. Sus propias manos habían redactado aquel «Falta expediente» que se mostraba en los escasos papeles oficiales del caso. Nuestro toma y daca, siempre respetuoso, tenía visos de prolongarse durante horas...

—¿Nada más? ¿Y lo que pasó después de que se viera al *hombre verde*?

Hizo una mueca como queriendo transmitir santa paciencia.

—Te lo he dicho por activa y por pasiva. Y, a pesar de eso, algún «palito» nos has dado en tus libros... —Puse cara de resignación—. Sí, tú. Ya lo sabes. Te repito que yo recibí dos cajas con los informes ovni oficiales. Sin más. Y aquello faltaba. Si falta, es por que se ha perdido... sin mala intención. ¿No crees?

—Ya. Justo ese. ¡Solo ese! —insistí.

—Cierto es —prosiguió— que después de los hechos hubo una verdadera ensalada de tiros. A uno le entró una bala por la «galleta» (distintivo de la gorra militar). Pudo ser una desgracia. Y ahora que lo pienso...

—¿Sí? —inquirí ansioso.

—Ahora que lo pienso, el caso este de lo observado dentro de la base de Talavera podría no tener nada que ver con los ovnis. El archivo era de eso, de los ovnis. Y puede que esto no fuese para nada en ese sentido. Aquello fue como una aparición...

Aquella noche asistimos a un programa de Telemadrid que presenta Javier Sierra y en el que trabaja mi mujer, Carmen Porter. Fue, a su modo, una especie de nueva

desclasificación en vivo. El caso de Talavera salió de refilón —faltaría más— ante las cámaras. Pero de aquella noche me quedo con una frase sorprendente del general Ángel Bastida: «¿Por qué no va a haber extraterrestres?». Así concluyó el debate. Pero mis dudas estaban lejos de cerrarse. Seguían intactas. Y a la intemperie volvimos a coincidir...

—Créeme, Iker. Se perdió sin más... No le des más vueltas —me dijo el general antes de montar en su vehículo.

Al ir subiendo la ventanilla otra voz familiar sonó a mi espalda:

—Yo sí creo que pudo haber *hombre verde*. Algo tuvieron que ver...

El coronel Fernando Cámara es un hombre afable que vivió una experiencia desconcertante en noviembre de 1979, cuando tuvo que despegar de la Base Aérea de Los Llanos de Albacete a bordo de su Mirage F-1 para interceptar un ovni. Su caso, su vivencia, eran parte ya de la historia del misterio. Allí estuvo él, a miles de pies de altura, en la soledad de una carlinga y ante algo que jamás podrá olvidar.

—Algo que no se parecía a nada conocido. Ni de entonces ni de hoy.

Durante más de una hora persiguió al artefacto gigantesco que, a su vez, tras aproximarse vertiginosamente a un Supercaravelle de la compañía TAE —Transportes Aéreos y Enlaces— con más de cien pasajeros y comandado por los pilotos civiles Lerdo de Tejada y Zuazu, provocó un aterrizaje forzoso en la pista del aeropuerto de Manises. Era el caso más conocido, con mayor número de expedientes abiertos e incluso impulsor de toda una interpelación parlamentaria en el Congreso de los Diputados al Gobierno de UCD por parte del socialista Enrique Múgica.

Era el caso más importante, sí, pero no el más extraño. Ni el más terrorífico. Ni el más oculto. Y el coronel lo sabía. Por eso quizá se guardó una última sorpresa en la faltriquera. Para soltármela como una bomba...

—Yo vi aquel accidente, el del vuelo 211. Estaba en Talavera en la Escuela de Reactores ese día. Cómo olvidarlo. Yo iba detrás de Jaraíz...

Giré ciento ochenta grados y me topé con la sonrisa de Fernando, sabedora del impacto inmediato que me producían sus palabras:

—No se podía salir aquella mañana, pero él insistió. Insistió y no sé aún por qué...

—Era la persona que había ordenado los tiroteos la noche de la aparición dentro de la base... ¿Estaría afectado por algo? —le insinué.

El Coronel no respondió y siguió con su declaración...

—Mire... Es cierto que cayó en sónico. Algo terrible, inexplicable en un hombre de su experiencia. Cayó en un valle y se desintegró prácticamente... Pero algo sí se encontró, una prueba de que era él...

Aguardé.

—Unos pelos blancos. Unos cabellos. Tres o cuatro.

—Pero... ¿Sólo eso? —exclamé.

—Bueno. Él tenía el pelo blanco. Él tenía que ser.

—Coronel, ¿sabe usted que no fue el único fallecido en circunstancias poco claras entre los protagonistas de aquella noche?

Me dio una palmada en el hombro.

—Bueno, luego ocurrieron una serie de cosas terribles. Un sinfín de cosas en aquella madrugada..., y eso motivó el secreto.

—Ya —insistí—. Está claro. Pero se da la circunstancia de que fueron desapareciendo unos cuantos que...

Otra palmada y la despedida.

—Mire... Con franqueza. De este caso es mejor no preguntar.

Que un cuerpo se desintegre no es tan fácil, pensé en el regreso a casa. Que no queden apenas rastros, tampoco. Ahí estaba, según *Verne9*, la primera víctima de la maldición: en la figura de aquel teniente coronel que actuó dos meses antes de su muerte en la larga *Noche del miedo*.

Aquellos periódicos viejos, su silencio y el lugar rodeado de encinas guardaban el secreto.

Quizá el mismo *Verne9* había estado buscando con picos y palas, junto a los militares, los restos en el humeante cráter.

Quién sabe.

De pronto, antes de entrar en el portal, reparé en un dato que casi me tumba... Al mirar las agujas de mi reloj, mis ojos fueron directos al pequeño cuadrado del calendario: habían pasado 26 años justos entre el estrellamiento que desgraciadamente copaba la actualidad y el «accidente fantasma» de 1977.

La misma hora..., entre las 11:34 y las 11:45 horas, en la misma fecha, con el mismo tipo de avión... y precisamente en el mismo lugar, 34 kilómetros al sur de Badajoz, en el espacio entre Salvaleón y Nogales.

Exacto.

Aquello realmente era hilar fino. Tanto como para casi creer en una vieja maldición.

Ya no duermo

El día que conocí a José Hidalgo nos despedimos en una calle estrecha, encalada, en cuesta. Me apretó fuerte la mano y comenzó diciendo:

—Me han dicho que usted habla por las noches en la Cadena Ser...

En aquella época yo hacía una hora semanal los domingos a las cuatro de la madrugada; *La hora de los misterios*, dentro del programa *Si Amanece nos vamos*, del compañero Roberto Sánchez.

—Quédese tranquilo —le respondí con una sonrisa—, que es a unas horas imposibles, a la hora de los búhos...

—Ya. Pues le escucharé.

—Pero le digo que es muy tarde y...

—Es que yo, desde el *hombre verde*, ya no duermo.

Escuchar aquellas palabras en boca del protagonista afectado por el párkinson, con aquella mirada que revivía el miedo, es algo que no se me va a olvidar nunca. Quizá por eso aquella escena se me repite de vez en cuando como ejemplo vivo y condensador de toda esta historia. En aquella frase, en aquella breve sentencia, se estaba diciendo todo. ¿Para qué más? Todo lo que ni yo ni nadie podremos sentir nunca. Todo lo que los hace distintos. Todo lo que nunca podrá comprender quien ha permanecido ajeno a los caprichos de lo extraño.

Ya no duermo...

Un acontecimiento que te rompe los esquemas como si fueran una pajarita de papel. Unos segundos que cambian tu vida para siempre. Una realidad que solo puedes confesar a unos pocos. Por miedo a la vergüenza, a la burla injusta. A que piensen que eres un loco. Pero tú sabes que es verdad. Y te ha ocurrido por algo.

Ya no duermo...

Se me ha ido repitiendo la frase, la expresión angustiada de su rostro, durante estos tres largos años de investigación. Como una aparición, como la condensación de lo que es el misterio. A veces, un estigma terrible para quien lo vive.

Mucho tiempo después, y tras un puñado de entrevistas más, pude ahondar un poco en ese umbral nocturno que parecía angustiar a mi amigo. Cara a cara, cada uno a un lado de una gran mesa redonda cubierta con mantel blanco, el bueno de José Hidalgo me hacía una confesión importante...

—Desde entonces se me repite una pesadilla...

Dejé los cubiertos sobre el plato y escuché. A esas alturas ya había comprobado que la mayoría de los protagonistas de esta historia las sufrían de un modo constante y angustioso, repetitivo. Como algo que se ha quedado dentro de la memoria y que se proyecta cada madrugada desde el interior del cerebro.

—Dice mi mujer que me despierto en mitad de la noche, gritando... que algo hace que me despierte...

—¿Hablando en sueños?

—No. Hablando, no. Chillando, llamando a alguien con todas mis fuerzas.

—¿Y cuál es la escena que ves antes de despertar?

—Veo oscuridad, todo negro. Como si estuviese perdido. Pero distingo como lomas, montículos... un paisaje que no sé cuál es... Y ramas que se mueven, que salen al camino... De pronto me vuelvo y veo detrás de mí a unas ¿personas?... sí, a unas personas como vestidas con un traje blanco, o de color claro. Van detrás de mí... Vienen detrás de mí en aquel monte...

El terror transforma los rostros con suma facilidad. Apergamina la cara, arruga las pieles, hunde los ojos. Así lo observaba yo en Hidalgo...

—Me da miedo porque no sé quiénes son. No sé si son difuntos... o es mi familia. Me siguen.

—¿No distingues a nadie?

—A nadie. Allí, con esos trajes largos, acercándose... Igual son difuntos, pero ¿qué quieren de mí? Es algo que... Mira... ¡Mira!

El antebrazo con los vellos de punta. No era la primera vez que me hacían esa prueba. Y la mirada acuosa, como queriendo trazar una conexión entre lo sucedido en 1976 y la presencia de ese umbral frondoso y negro donde se siente perdido. Como en *La noche del miedo*. Con la misma inseguridad. Sintiendo de cerca que lo extraño te está acorralando.

—Me despierto a veces como peleando contra algo. Doy puñetazos, manotazos, como para alejarme de eso. Y grito, grito en cuanto consigo conciliar el sueño. Ya están ahí otra vez, me digo a mí mismo. Y tengo hasta miedo de dormir, de soñar, de encontrarme con ellos.

Por un instante le habían vuelto los temblores. Aquella agitación terrible que se pegó a su vida como una rémora fatal poco después de que empuñase un fusil y disparase una descarga contra algo que dicen que no puede existir. Algo imposible, pero tan real como su párkinson.

Después de la confesión, Hidalgo se sentía mejor. Por lo menos un poco mejor.

Y con más calma volvimos a contemplar el plano de la base, a diseñar la ruta que efectuaron aquel infausto día, a recordar las posiciones, las medidas, los detalles.

Así nos cayó la tarde rojiza. Casi sin darnos cuenta.

José Manuel Trejo también tiene sus particulares demonios, que, desde aquello, vuelven a visitarle algunas noches. En él se ha desarrollado la sensación de permanente vigilancia, del acoso, del seguimiento puramente físico de unas personas de las que no conoce ni su identidad ni sus intenciones.

¿Paranoia? ¿Manía persecutoria?

En el verano de 1977, cuando aparentemente ya todo había transcurrido, se trasladó a trabajar a Barcelona sin volver a ver a los compañeros que compartieron aquella traumática aventura. La idea era olvidarlo todo, empezar una nueva vida. Pero una serie de sucesos no se lo iban a poner fácil.

—Estaba con un camión de la empresa Estrella Dorada. Recuerdo perfectamente que aparqué para hacer reparto en una esquina de la calle Consejo de Ciento. En mitad de la mañana veo un coche grande, tipo limusina, y dos tipos altos y arreglados que se me acercan. Me hacen saber que yo en el hospital había hablado demasiado. Me quedé de una pieza, con temor. ¿Cómo me habían conocido? No lo sé. ¿Cómo estaban al tanto de esa historia? Lo desconozco. Y eso es un tormento.

—¿Te interrogan en plena calle? —pregunté.

—Sí. Y me hacen saber lo que tú ya conoces, que también fui interrogado durante días y que en esa especie de trance, o lo que fuese, conté muchas cosas que se habían registrado en magnetófono.

—¿Conocían ellos esa historia?

—Así me lo dijeron... Y eso sí que era extraño. Extraño de verdad. Me hablaron de que había una cinta, una cinta muy importante. Después no recuerdo nada. Nada. Me desperté en mi cama, con las llaves echadas. Aparecí allí. Después se me desvanece el recuerdo...

—¿Pudo ser un sueño?

José Manuel, como si aún tuviera cierto pudor, sonrió con timidez. Como con miedo de lo que iba a decir. ¿No se fiaría totalmente de mí?...

Esperé a que apurase el vaso de agua. Entonces su risa inicial, casi escondida entre las sombras de aquel piso, se volvió gesto hosco.

—Me ha ocurrido otras veces. La última —me enseña un parte médico de ingreso y atención— el 12 de noviembre de 1984. Ocho años justos después del incidente.

Una historia difícil de creer a botepronto. Cierto. Pero igualmente difícil era no creer a pies juntillas en la rotundidad del grueso y tangible sobre acolchado repleto de documentos que contenía un remite, nombres y apellidos, y que en 1998 recibió en su domicilio para recordarle, quizá, que a pesar del tiempo transcurrido, seguían sus pasos muy de cerca...

—Había pasado ya tanto tiempo que...

Lo puso en mis manos, y allí vi una serie de listados copiados de los utilizados por el Ejército del Aire en su Instrucción General 40-5. Una especie de plantillas y cuestionarios confidenciales muy extensos para la identificación de un presunto caso anómalo de tipo ovni. Le instaban a que lo rellenase con la mayor cantidad de información posible. Aquello era intrigante...

—Lo que me inquietó es que previamente recibí una llamada de estas personas que se identificaron a la puerta de mi casa como periodistas de Madrid.

—¿Periodistas? ¿Y fueron hasta tu mismo domicilio? —le pregunté extrañado al

corroborar que aquellos extraños reporteros no eran compañeros del gremio especializado en estos asuntos.

—Sí. Y yo estaba bastante inquieto. Uno de ellos, advirtiéndome de que la visita se iba a producir en breves días, me dijo en tono amable que lo mejor para mí...

Se quedó pensativo y dio otro trago...

—¿Que lo mejor qué, José Manuel?

—Que mintiese. Al final venía a decir esto. Y ya sin buenas palabras. Que dijese por escrito que todo lo que yo había declarado en su día era una invención. Que así me evitaría problemas.

Se puede inducir un fantasma

EXTRACTO DEL INFORME OFICIAL ACERCA DE LO ACONTECIDO EN EL ACUARTELAMIENTO CHIPRIOTA DE DAKELIA EN SEPTIEMBRE DE 1968:

Hechos

El suboficial de guardia del sector del desembarcadero se despierta por los aullidos lastimeros del perro lobo irlandés de la Tercera Compañía. Al llegar a la zona en cuestión, dentro del barracón, lo observa tumbado, con todo el pelo erizado y con la mirada fija en las escaleras que bajan hacia el primer piso. Temiendo un ataque terrorista, el soldado monta el arma y apunta hacia el hueco de la escalinata, al tiempo que percibe un zumbido tan agudo que lo obliga a taparse los oídos por el dolor. El perro ha atravesado el pasillo y vuelve a gruñir refugiándose debajo de un camastro, sin atreverse a salir. En ese momento, el suboficial ve ascender a una figura que va a su encuentro, produciéndole gran temor.

Descripción de la figura

Hombre. Cara alargada y tenebrosa (*sic*). Ojos muy abiertos, aparentemente sin párpados y pelo en forma de greñas rojizas. Viste un traje de una pieza de tono azul claro con cuello circular. Mira fijamente al testigo. Solo se percibe el tronco y la cabeza. No hay piernas ni pies.

Reacción

A unos cinco metros del soldado la cara del individuo se gira completamente a un lado —180 grados— para observar la estancia. El testigo huye despavorido y corre a encerrarse en su cuarto. Afirma que se sentó en el borde de la cama, temblando descontroladamente y sin saber qué hacer ni a quién acudir. Apuntaba con su fusil a la puerta, al tiempo que escuchaba una especie de chillido o lamento detrás de esta. Era un quejido ahogado que se mantuvo allí durante media hora. Transcurrido este tiempo, todo volvió a la calma.

Diagnóstico

El soldado presenta cuadro severo de *shock* por impacto emocional. Hay afección psicomotriz y dificultad para el habla. Posible daño neurológico. Se impone traslado a centro sanitario. El perro fue encontrado como un despojo debajo del camastro exterior.

Nunca se supo cómo acabó aquel hombre. Qué fue de él. Cómo afectó aquella visión a su psique.

Podemos imaginarlo si, sencillamente, nos colocamos en su lugar.

A esas alturas ya sabía que el caso que con tanto ahínco perseguía no era único. En ciertos enclaves habían ocurrido, incluso con anterioridad, sucesos similares igualmente silenciados. En otros países, en otros centros militares, soldados del más diverso nivel habían tenido amargas experiencias. En algunas, como la de Dakelia, lo observado fue digno de pesadilla.

Quizá demasiado terrorífico para ser real.

Percepción auditiva previa, terror en los animales que «avisan» a su amo y posteriormente huyen; visión de carácter más espectral que físico. ¿Y si se tratara de un experimento de manipulación mental? ¿Una prueba para analizar las reacciones de la tropa ante una anomalía que se escapa por completo a lo cotidiano?

No son pocos los que apoyan esta teoría que, en un principio, puede parecer delirante o conspirativa. Sin embargo, cosas peores se han conocido —incluso entre los ejércitos de los países más desarrollados del mundo— y desclasificado después de muchos años a la sombra del secreto. Experimentos de radiación humana, de tortura mental o de bloqueo sensorial han salido a la luz a raíz de la apertura de determinados archivos relacionados con las agencias de inteligencia. Algunos tan dignos de la ficción como el MK-ULTRA —programa iniciado en los años cincuenta por parte de la Central de Inteligencia Americana que perseguía el control absoluto de la conducta humana mediante hipnosis— y otras operaciones con siglas tenebrosas desplegadas durante la guerra fría, hacen que estas presumibles apariciones inducidas sean perfectamente recreables desde hace varias décadas.

El análisis del miedo, de la histeria, del pánico, siempre ha sido un objetivo jugoso por parte de las grandes potencias. Con ellas se pueden estudiar con previsión las reacciones del ser humano. Y hay quien afirma sin rubor que este tipo de cobayas de carne y hueso ya han sido engañadas en varias ocasiones utilizando, por ejemplo, complejos hologramas. En Cuba, por ejemplo, se diseñó la visión gigantesca y programada informáticamente de la Virgen para provocar una reacción en contra del régimen comunista de Fidel Castro^[10]. Ocurrió en 1982, y el suceso provocó un estallido internacional que se quedó en las discusiones meramente políticas y que no ahondo en el verdadero *quid* de la cuestión: la experimentación constante en el campo de las emociones, de los terrores, de las creencias.

—Iker, hoy en día se puede inducir un fantasma.

Miré desconfiado al doctor Bibiloni Brotad, que había venido, nunca mejor dicho, como una auténtica aparición. Repentinamente.

Tomó un sorbo de café y meditó un instante sobre la frase que acababa de pronunciar. Posó la taza sobre el platillo y se reafirmó.

—Se puede. Y no le quepa la menor duda.

La extraña visita me mantenía alerta. Quizá estaba equivocado, o sugestionado, pero el sentido de alarma se había disparado desde el momento en que, en mitad de la investigación, este doctor había requerido mi presencia para una urgente reunión. El motivo era, cuando menos, sorprendente.

—Oiga, profesor, ¿así que ustedes, científicos de primer nivel europeo, están efectuando un seguimiento de algunos casos de apariciones anómalas que afectaron físicamente a los testigos? —le repetí, sentado frente a él en la segunda planta de un discreto café madrileño.

—Así es. Y sabemos de un puñado de casos que usted, como periodista, ha seguido. Los consideramos muy interesantes. Podrían aportar datos clarificadores respecto a la naturaleza de una serie de hechos que, objetivamente, no podemos explicar. De ahí nuestro enorme interés.

Bibiloni, impecablemente vestido, con un fuerte acento mallorquín aderezado con giros que sonaban a alemán, me extendió su tarjeta. Como si percibiese mi inicial recelo...

Profesor Miguel Bibiloni Brotad, Jefe de Servicio de la Consellería de Innovació i Energía del Govern de les Illes Balears.

Había insistido mucho en que nos viéramos. Conocía datos, informes e identidades de los sucesos que en el último lustro yo había venido publicando. Aquel conocimiento tan detallado me escamó, y las alarmas terminaron de activarse cuando, al final de aquella primera reunión, me ofrecí a acompañarle hasta su vehículo...

—No hace falta, se lo agradezco, pero...

—Insisto —respondí, mientras le alcanzaba el oscuro gabán de la percha.

¿Cómo es que yo no sabía nada de una iniciativa científica de tal calibre? ¿Cómo no me había enterado de la unión de varios científicos para indagar en aquel oscuro asunto?

Caminamos unos pasos hasta que, en mitad de una calle muy transitada, apareció un vehículo grande, tipo limusina. Me quedé de una pieza. El doctor me hizo un gesto con la mano antes de desaparecer ante el cristal tintado:

—¡Volveremos a vernos! Esos casos son muy interesantes. Sobre todo el de Talavera la Real. Es urgente que me ponga en contacto directo con los testigos... Se lo repito, estamos dispuestos a efectuar un detallado análisis médico, radiológico, psíquico... Con los mayores medios que hoy se disponen en el mundo. Téngalo en cuenta. ¡Solo necesito su ayuda!

Me quedé como un espantajo clavado en la acera durante al menos cinco minutos.

Aurelio, el recio lechero del barrio, también asistió a la escena unos metros más atrás, asomado a la puerta de su negocio. Su cara reflejaba sorpresa, seguramente por el coche *a la americana*. A mí, sin embargo, me inquietaba algo menos visible: aquel conocimiento, aquella profusión de datos..., aquel interés de un grupo de científicos tan poco identificados como el propio misterio que nos atañe...

Había algo que no me cuadraba, pero probablemente a esas alturas mi excesivo recelo, conociendo las historias que habían ocurrido en torno al *La noche del miedo*, habían hecho su mella.

Mejor era calmarse. Y menos mal que lo hice, porque puedo asegurar —por lo menos a fecha de hoy— que me equivocaba de lleno en mis primeras apreciaciones.

El doctor Bibiloni imagino que disculpará estas iniciales reticencias. Al final, en nuevas citas y siempre con discreción total, su discurso se volvió mucho más esclarecedor. Pasé a la ofensiva y fui yo quien hizo las preguntas. No todos los días hay oportunidad de preguntar sobre algunos temas tabú a los que realmente saben.

Por lo menos eso habíamos ganado.

Acepté la invitación de un nuevo encuentro... y entonces descubrí un mundo terrorífico del que nadie habla abiertamente.

Espectros y radiaciones

Se puede inducir un fantasma. Se pueden provocar las condiciones artificialmente para crearlo... Se lleva haciendo mucho tiempo.

Las incógnitas que Bibiloni había dibujado en el aire en la primera cita eran dignas de ser exploradas con una batería de preguntas que estuviese a su altura.

Y mientras las preparaba, en un discreto rincón del café de siempre, me vinieron a la mente las caras, los gestos, los miedos de tantos buenos amigos que se habían encontrado cara a cara con esta otra realidad. Algunos eran profesionales intachables como Miguel Porcel, reputado jefe de realización de Televisión Española, con décadas de reporterismo y rodajes a sus espaldas. Quizá por ser la última que había llegado hasta mis oídos, o por sus peculiaridades realmente aterradoras, la recordé nítidamente aguardando la llegada del profesor...

En Gerona hubo un crimen espantoso. En aquella época yo realizaba los reportajes de un programa que fue mítico en el periodismo de sucesos; el *Código Uno* que presentaba Arturo Pérez Reverte. ¿Lo recuerdas, no?

Total, que llega la noticia y un redactor, un productor y yo ponemos rumbo a la capital catalana esa misma noche... Llegamos, tras una serie de incidencias en plena carretera, a las tres de la madrugada. Nos decidimos por un hotel normal y corriente, casi vacío, donde nunca antes habíamos estado. Nos recibió un hombre muy amable y nos dijo que precisamente las mejores habitaciones estaban una encima de la otra. Y así nos fueron asignadas tres llaves: la 101, la 201 y la 301...

Estábamos destrozados, completamente exhaustos por el largo viaje y decidimos acostarnos inmediatamente, el día siguiente iba a ser de duro rodaje. Nos despedimos y escuché el cerrarse de las dos puertas de mis compañeros... A esto que, ya estando dormido, en la sencilla habitación escucho unos ruidos. Ruidos clarísimos de alguien que parecía estar dentro. Y un pánico, un frío, una sensación de impotencia me mantuvo en principio acurrucado. Acto seguido escucho un sonido que, mira Iker, aún hace que se me ponga la carne de gallina... Era ¡riiiiis!, ¡raaas! Era alguien cortando papeles de periódico..., pero ¡cortándolos allí dentro! Ya no aguanté más y me incorporé de medio cuerpo, esperando pillar a alguien. Y es entonces cuando veo como medio cuerpo..., como si alguien se asomase dentro de la habitación. La mitad de un cuerpo que me miraba como curioseando, perfectamente definido... Ni que decir tiene que apenas pude dormir...

Lo alucinante, lo increíble, es que yo no estaba muy dispuesto a contarlo, ya

que... ¿qué iban a pensar? En el desayuno veo que el productor baja con la cara desencajada, completamente descompuesto. Le pregunto y lo primero que me responde, aterrorizado, es que ha pasado una noche de perros. Que a eso de las cuatro y pico ha notado claramente cómo, sin que se escuchase nada, un cuerpo, alguien, se le había metido en la habitación. Le entró un miedo imposible de dominar y observó, tras una serie de ruidos, como de chillidos o lamentos, cómo aquella sombra salía. Incluso escuchó el cerrojo, como si en verdad alguien hubiese abierto la puerta...

Estábamos los dos ya completamente aturridos cuando baja el tercero del grupo. Su cara era un poema. Aún venía temblando. Se trataba del redactor, que estaba en la 301..., y lo que nos contó nos dejó aún más helados de lo que ya estábamos. Al parecer, notó ruidos muy extraños también, pero, vencido por el sueño, acabó durmiendo plácidamente. Lo que ocurre es que al despertar se percata de que la cama que estaba al lado de la suya aparecía completamente deshecha y con la marca de un cuerpo que se hubiese tumbado durante largo tiempo. Al levantarse ve cómo la almohada de la cama, como si le hubiesen dado una serie de golpes, está deformada y en mitad de la habitación... Y lo más increíble, alguien había corrido las cortinas, abriéndolas del todo, pulsando para ello la correa lateral. Y nadie, eso seguro, había entrado en ninguna de las habitaciones.

Quedamos tan conmocionados que salimos de allí como alma que lleva el diablo. Fue tanta la impresión que, durante un tiempo, a pesar de que mi escepticismo con este tipo de sucesos era total, investigué sobre la historia del lugar, del hotel... de qué había sido aquello antes, si una masía, un cortijo. Pero nada, siempre fue un hotel. Un hotel del que no te voy a dar el nombre por razones obvias y que, según me confirmó gente del sector, siempre había ido mal. Nunca había funcionado.

La cara de Miguel Porcel al contar esta historia es algo que no se olvida. Curiosamente, aquella descripción se parecía mucho a mis pesadillas. Y eso que las mías sí que eran solo eso, pesadillas...

Iba a sumergirme de nuevo en mis pensamientos cuando miré al frente y me topé con el doctor Bibiloni, ya sentado. Otro susto. Sin más preámbulos, pues el tiempo apremiaba, comencé a hurgar en el aspecto científico de estas... ¿visiones? Estaba seguro de que lo que iba a escuchar podía ser sorprendente...

—¿Existe entonces un tipo de radiactividad desconocida asociada a las apariciones? —le pregunté, al tiempo que hacía sitio en la mesa apartando mis cuadernos y papeles.

—Vamos a ver. Se mezclan una serie de fenómenos. Son relativamente pocos los casos bien documentados. Pero le aseguro que puede haber algún tipo de radiactividad de la que sabemos muy poco. Casi nada.

—¿Puede ser negativa para el ser humano?

—Bien... El catálogo del doctor Schoesler, de la NASA, es esclarecedor a este respecto. Lo que ocurre, querido amigo, es que el asunto no está bien documentado habitualmente. A veces debido a los lugares remotos donde han ocurrido, y a veces por el propio silencio temeroso de los médicos.

Al hablar de ese catálogo y de lugares que casi ni aparecen en los mapas recordé inmediatamente accidentes como el de Joao Prestes Filho, pescador brasileño que tuvo una muerte atroz tras encontrarse con un misterioso resplandor en Araçariguama en 1946, localidad selvática que no disponía siquiera de tendido eléctrico. Según el jefe de la prefectura de São Roque, Araci Gomide, Joao pereció casi convertido en una calavera de la que colgaban tendones y jirones de carne. Se fue deshaciendo a medida que su voz se apagaba, gritando: «¡La luz! ¡La luz!...».

—Profesor —le dije, con la imagen presente del desgraciado agonizando en su camastro rodeado de todas las fuerzas vivas del pueblo—, ¿que síntomas físicos presenta una persona irradiada?

—Hay trastornos visuales principalmente —respondió, señalándose los dos ojos—. Estas son las más características. Sobre todo, querido amigo, una pérdida de la visión, que es el fenómeno más típico..., pero también se produce en ocasiones, al entrar en contacto con estas fuentes energéticas, el bloqueo del oído, náuseas, vómitos... y en una fase de mayor exposición se producen también heridas y quemaduras.

Joao Prestes Filho, cómo olvidarlo, es hoy una especie de mito de lo extraño. Su nombre ha sido recordado en informes y algunos libros. Una postrera fama para lo que fue un final horrible. Algo debió irradiarlo, un foco que se apareció justo frente a su casa aislada en el bosque...

—¿Y la mente? ¿También sufre estos efectos?

—He ahí una de las claves —respondió de inmediato el doctor—. Se producen alteraciones psicológicas que a veces son tan perniciosas o más que las físicas. Da la sensación, en un principio, de que nos podemos encontrar ante alucinaciones, fenómenos naturales muy poco conocidos y, finalmente, otros sin explicación. Estos últimos son los más interesantes, claro. Están ahí y son capaces de cambiar una vida.

El pescador brasileño había pasado el día intentando probar suerte en el río Tiete. Era el mes de febrero. Al regresar, una luminaria ovalada cayó sobre él. A las pocas horas era un puñado de huesos transportado en una carretilla con dirección al hospital provincial de Santa Casa de Parnaíba...

—¿Qué tipo de radiaciones intervienen en estos casos *especiales* que ustedes han llegado a investigar?

—Estamos actualmente en estudio. Eso es lo que le puedo decir. Da la impresión, en estos casos tan raros, de que hay una serie de radiaciones electromagnéticas bien diferentes. Hay incidentes en los que parece que se ha empleado la acción de un láser de alta energía. Como si alguien hubiese apuntado directamente a los ojos con este

tipo de herramienta provocando diversos trastornos de tipo visual. Hoy día, en tecnología militar, esas capacidades existen. Yo no sé si se usan o no, pero hay prototipos desde hace una serie de años. En otros casos se daría la sensación de una alta radiación por microondas. Se conocen incidentes bien detallados al respecto en Colombia, Canadá, Inglaterra y Estados Unidos. Existen estudiosos, como el doctor Hill de la NASA, que han realizado excelentes estudios al respecto..., es un tema muy delicado.

Y tanto que lo era. El caso colombiano se encontraba, desde hacía tiempo, en mis archivos. La víctima, Arcesio Bermúdez. El año 1969, concretamente en el anochecer del 4 de julio. Con un numeroso grupo de personas, Arcesio corrió hacia un foco de luz próximo al suelo que había aparecido en la agreste región de Anolaima. Hizo una carrera rápida y se adelantó al grupo. Cuando llegó ya era demasiado tarde para retroceder...

—Conozco esos sucesos. Algunos francamente impactantes. Por cierto, ¿cuáles serían las emisiones más peligrosas para el ser humano?

—Hay dos tipos: las no ionizantes, donde incluimos las ondas de radio, las radiofrecuencias, la luz visible y una parte de los ultravioleta, y las ionizantes, donde están otra parte de los uva, los rayos X, los gamma y los cósmicos. La radiación X y la gamma son las más penetrantes y peligrosas... todo depende de la dosis que asimilemos. Para nuestra tranquilidad, deberíamos añadir que en la vida cotidiana no se suele tener acceso a emisores de rayos gamma. Solo podríamos encontrarnos con ellos en lugares como plantas nucleares, en plantas de tratamientos combustibles, en la llamada radiografía industrial... En fin, que no está al alcance de todo el mundo. Si uno entra en un hospital y accede a un recinto donde haya Cobalto-60, estaría sometido a la radiación gamma, cierto. Pero puedo confirmarle que, hoy por hoy, los hospitales tienen su seguridad a este respecto...

Rayos gamma, ahí parecía estar la clave. Apunté y remarqué con dos líneas el término. El profesor lo vio y asintió. La muerte de Arcesio Bermúdez, ocurrida entre dolores terribles, vino acompañada de pérdida de peso, descenso de glóbulos rojos, orina sanguinolenta, pérdida de la visión..., exactamente los síntomas que indican la saturación de rayos gamma en el ser humano. Una energía que está ahí y que es capaz de provocar irreversibles cambios internos...

—¿Qué cambios celulares pueden ocurrir tras ser alcanzado por estas emisiones?

—Los gamma modifican, produciendo lo que se llaman radicales libres, alterando la célula de forma grave y ocasionando alteraciones profundas a nivel bioquímico. Hoy en día los científicos no sabemos hasta qué punto es irreversible o reversible. No está claro aún.

—¿La exposición prolongada puede provocar la muerte? —pregunté, con la imagen del viejo retrato en blanco y negro de aquel hombre de bigote llamado Arcesio Bermúdez en la mente.

—Bueno... déjeme que le explique. Vamos a ver... Desde el descubrimiento de

los rayos X hay una regulación de límites máximos que pueden soportar las personas. Hay una concienciación de control, por ejemplo con las radiografías. Antes se hacían por nada y ahora se lo piensan dos veces. Hay también un fondo de radiación natural que nos afecta a todos.

—¿Radiación natural? ¿De este tipo? —irrupí sorprendido.

—Sí, y no proceden de ningún objeto extraño. Por ejemplo, se encuentran en materiales naturales de construcción. En Galicia se sabe que hay un mayor índice de gas radón. Con el tiempo se irán controlando esos compuestos que al desintegrarse producen gas radón. Son compuestos que tienen torio o uranio en una mínima parte, y que, por una desintegración radiactiva, generan ese gas. Ahora el Consejo de Seguridad nuclear dispone de un mapa de España con las zonas de radiación natural...

Sin embargo, lo que mató a Arcesio —y eso lo sabía Bibiloni tan bien como yo— era algo mucho más raro. Tuvo tiempo de sobra para dibujar lo que vio. Para explicarlo a los médicos. Los niños y adultos que lo vieron desde unos metros más atrás lo dibujaron con gran similitud. Una esfera ovalada y en su interior una figura: un hombre corpulento. Eso fue lo último que pudieron distinguir...

—Vayamos a un tema aún más espinoso. ¿La asimilación excesiva de este tipo de rayos podría provocar alucinaciones o visiones complejas imposibles de diferenciar de la realidad?

El profesor sorbió su café y dejó la taza sobre el platillo. Sacó un taco de folios de su cartera de cuero...

—En este campo son muy interesantes los trabajos del doctor Persinger, de la Universidad Laurretiana del Canadá. ¿Los conoce?

Asentí, pues el doctor Persinger llevaba dando que hablar varios años con experimentos tan curiosos como generar lo que se conoce como viaje astral a nivel científico. En 2002 esa noticia, proveniente del Hospital Universitario de Zúrich, dio la vuelta al mundo.

—Ellos —prosiguió— llevan muchos años experimentando con estos efectos, pero siempre con radiación no ionizante. Persinger ha trabajado en 0-50 hercios y modificando el lóbulo temporal. Esto puede provocar un fantasma.

No era la primera vez que lo escuchaba. Pero me volví a quedar de piedra...

—¿Cómo dice?

—Como lo oye —respondió rotundo, mientras apretaba el cierre plateado del portadocumentos.

—¿Se refiere a ver un espectro? ¿Una visión irreal que nos parece real?

—Me refiero a que la persona que tiene esta estimulación con campo magnético que afecta la electricidad cerebral lo ve tan claro que no lo distingue de la realidad. Está ahí, frente a él. Sencilla y claramente, se consigue un ser, la visión física de un

ser..., otro tema delicado.

—Caramba...

—Comprendo su sorpresa —sonrió el profesor—, y eso que esto es pura ciencia. Aunque ciertamente se habla muy poco de ello, de los límites del cerebro y nuestras percepciones. Leyendo entre líneas se puede incluso decir que algunas de estas experiencias provienen de épocas de guerra psicológica en Rusia y otros países de su entorno. El objetivo que se perseguía era crear un tipo de alucinación pavorosa que no dejase rastro y que luego pudieran ser examinadas esas reacciones. Se utilizaron técnicas de este tipo y tengo la intuición de que se han empleado en algunos países para crear trastornos que debieran estar prohibidos por todas las legislaciones...

—Experimentos clandestinos sobre el miedo... —dije casi en un susurro.

—Exacto, querido amigo. Solo en la bibliografía científica existente se ve cómo se utilizaron impunemente. Los rusos tuvieron la llamada máquina *Lida* que, generando estimulación visual con colores, intensidad de luz y sonido, conseguía alucinaciones y radicales lavados de cerebro. A este respecto no voy a dar más pistas porque con la cantidad de sectas y gente rara que hay... no se pueden dar ideas.

—¿La máquina *Lida*, dice?

—Y otras. Desgraciadamente estos sistemas se han empleado. Incluso algunas apariciones de tipo místico podrían estar condicionadas o provocadas con estos sistemas de alteraciones cerebrales. Yo, como físico, trabajo en un grupo de bioelectromagnetismo y lo veo. Tengo mis sospechas de que estos experimentos incluso están detrás de algunas de estas apariciones religiosas...

La ciencia y la religión, a veces tan cerca y a veces tan lejos. De inmediato, y por relación de términos, pensé en la gran cantidad de repentinas apariciones en algunos lugares de la antigua Europa del Este en los últimos quince años. Apariciones tan diáfanas que producían un efecto devastador en las viejas mentalidades comunistas dando paso a conversiones fervorosas... ¿Estarían las siniestras radiaciones jugando algún papel en este cambio? ¿O era demasiado aventurado siquiera pensarlo?

Me daba la impresión de que Bibiloni y sus expertos de medio mundo sabían bastante de este tema tabú...

—Profesor, esta energía extraña, sea cual sea, ¿puede llegar a quemar el suelo y la vegetación? Se lo digo porque, en el caso que me ocupa, incluso apareció una botella calcificada...

—A este respecto —dijo casi sin dejarme acabar— los franceses del grupo Gepan, que fue una iniciativa oficial para investigar estos hechos, investigaron un suceso muy interesante ocurrido en la población de Tras en Provence. Allí un objeto extraño alteró el terreno generando un campo eléctrico muy intenso. ¿Una fuente de microondas? ¿Un prototipo secreto? Lo que sabemos es que era una emisión muy intensa que quemó las raíces debajo de la tierra, pero hay falta de información por la imposibilidad de repetir el experimento. En ese caso la tierra sí varió sus propiedades.

En España también disponíamos de casos de ese tipo. En las llanuras de Burgos, concretamente en Quintanaortuño, se producía uno de los incidentes más extraños. Al comenzar 1975 cuatro soldados de la Academia de Ingenieros del Ejército presenciaban el aterrizaje de cinco gigantescos «troncos de cono» de color rojizo que dejaban su estampa a modo de huella calcinada de más de trescientos metros cuadrados. El periodista Pedro J. Ramírez fue el primero en llegar al lugar de los hechos, firmando un extenso reportaje para *La Actualidad Española* que posteriormente se reprodujo en todas las agencias. ¡Aquí vimos el ovni!, rezaban todos los titulares antes de que la Capitanía General de la VI Región cerrase filas en torno al suceso. Tres días después, tras la declaración pormenorizada de los testigos, fue archivado como materia reservada y sus expedientes se mantuvieron veinte largos años en secreto. Al día de hoy nadie sabe qué clase de aparatos ni qué tipo de energía se posaron sobre el solitario campo castellano. Aguera, Laso, Iglesias y Sánchez no se atrevieron a caminar hacia aquellos resplandores. Algo, quizá el instinto, los detuvo. Otros, como Nicolás Sánchez Martín, no tuvieron tanta suerte cincuenta y ocho años antes en un apartado paraje de Las Hurdes extremeñas. Colás le gritó a la luz ovalada que le esperaba en el río aquello de «¡O te apartas o te aparto!». Y a las pocas horas se convertía en el primer mártir de este tipo de sucesos. También en un camastro y rodeado de los suyos, como le ocurrió al pescador Joao Prestes, falleció agonizando y gritando: «¡La Luz! ¡La Luz!».

En Cambroncito aún está el regato del río donde sucedió el encontronazo mortal. En aquella región, como ocurría en Araçariguama, ni siquiera soñaban con los beneficios del tendido eléctrico^[11].

Pensando en ellos, como espectros de un archivo nunca resuelto y siempre pendiente, pensando en las últimas imágenes que quedaron en la retina de sus familiares, me surgió una nueva interrogante...

—¿Qué dosis hace falta para morir?

—¡Buf! Vaya pregunta. Le diré que hay estudios no muy conocidos, pero bien significativos. Existe uno esclarecedor a este respecto: Chernobil.

—Da la impresión —respondí— de que se sabe en el fondo muy poco de cómo afectó a la gente aquel escape...

—Pues lea estos datos —me dijo mostrando una gráfica—: 21 pacientes recibieron entre 4 y 6 cibers, todos murieron. Otro grupo con el mismo número de integrantes, recibió entre 2 y 4; murieron 7. El tercer grupo lo componía gente con menos de 2 cibers en el cuerpo. Se salvaron todos. Eso nos da una medida de lo que podemos soportar...

—No se habrán podido hacer muchas pruebas de este tipo, claro. Solo cuando ocurre una desgracia. En los casos de encuentros extraños siempre se llega demasiado tarde...

—Imagínese que como banco de pruebas solo tenemos el estudio de Hiroshima. Ahí se demostraron cosas tales como que si usted recibe 10 cibers, haga lo que haga, morirá. Eso está claro.

—La gente que protagonizó este tipo de encuentros, que podríamos catalogar casi como del quinto tipo, sufrieron además problemas psíquicos diversos. No solo se abasaron, con un calor interno que reproducía curiosamente enfriamiento externo, sino que parecieron enloquecer ante lo observado. Esa misma sensación, aunque se salvaran de un final tan trágico, es la que tienen otros testigos que han presenciado determinado tipo de apariciones. ¿No habría que prestar también atención a esa área que cambia de raíz sus vidas?

—Estoy de acuerdo con usted al cien por cien. Estos fenómenos, los más cercanos y misteriosos, producen una serie de alteraciones psíquicas... definitivas. Hay una afección permanente y traumática. Ahora, con un equipo multidisciplinar de varios países, estamos buscando documentación al respecto. Esto sería un tema de estudio muy interesante. En algunos casos el impacto es muy fuerte... ¡Terrible!

—¿Mortal?

—Si la persona no recibe ayuda y hay un aislamiento social, el daño puede ser importantísimo. Gravísimo. Irreversible.

Después de la enésima entrevista las dudas se me acumulaban como los fajos de papel que sobresalen del viejo archivador.

¿Se explicaría de ese modo lo sucedido en Talavera la Real en 1976? ¿Se trató de una prueba fallida que desencadenó acontecimientos y reacciones no esperadas? Y de ser así, ¿quién habría experimentado en una base española? ¿Con qué medios y objetivos? ¿Qué se buscaba en un remoto rincón de la geografía española en los años setenta? ¿O, precisamente por la discreción del lugar, se trataba de un entorno ideal para pasar desapercibido y medir las consecuencias?

No sabía nada, como la mayoría de los mortales. Pero tenía constancia de casos que, de tan idénticos, provocaban una sensación inquietante. En mi cuaderno de notas hacía tiempo que aparecían marcados destacamentos como el de Rosas, Gando o Las Raíces. Pendientes de una solución. Con historias idénticas narradas por la soldadesca solo en círculos muy restringidos. Como si el fenómeno inexplicable, o la maniobra humana y fríamente dirigida se hubiese repetido en más de una ocasión con total impunidad.

Nuestro país ha sido testigo de ello..., pero nunca se hace público.

Justamente al tiempo de terminar la entrevista una noticia me llegaba como un relámpago. En otra base altamente vigilada había ocurrido algo sorprendente... y muy reciente. Las escasas filtraciones previas revelaban un dato nada esperanzador: los protagonistas, muy afectados, se habían conjurado para que aquella durísima experiencia jamás abandonase el perímetro de la instalación militar.

El objetivo estaba claro: hacerles hablar y comprobar si por *casualidad* se habían repetido las mismas pautas.

Y sin tiempo para reposar la información recién obtenida puse rumbo al misterio apenas comenzó a clarear el nuevo día.

Allí había ocurrido. Allí había que estar.

Llanto de un soldado

La del 12 de enero fue otra noche sin dormir. La dinámica, desesperante para mi organismo, se repitió con la precisión de un reloj suizo. Y las pesadillas, cada vez más agobiantes, en las que se mezclaban las caras de terror, las mujeres atravesando la carretera, las figuras con brazos en cruz que avanzaban poco a poco... se dibujaban aún en la ducha. Como una sombra que me acompañaba desde hacía tiempo. A las diez de la mañana tomé el AVE en la estación de Atocha. Por los campos de Ciudad Real me saludó una niebla tan densa que hacía imposible la visión a más de un par de metros más allá de las ventanillas. Sobre la mesita plegable del asiento llevaba varios recortes de prensa que compartían el exiguo espacio junto con el humeante café en vaso de plástico.

- En Olavaria, Argentina, la policía abrió fuego contra tres extraños seres en una zona desértica. Previamente se escuchó un sonido constante y agudo...
- Rosas, Gerona: Miedo dentro de la Base. Varios oficiales aseguran haber percibido la presencia de un individuo de gran altura que merodea por la zona.
- Gando, Gran Canaria: Un soldado rompe el secreto: ¡Tuvimos que disparar a aquellas sombras!

Eran sucesos inquietantes, siempre en una misma dirección. Como pequeños *fragmentos* de una realidad oficialmente imposible. Anomalías tragadas por el tiempo y, sobre todo, por la cantidad de informaciones rutinarias y previsibles que todo lo inundan volviendo vieja cualquier novedad a los pocos minutos.

Pocas son las que llegan hasta la imprenta y los micrófonos. Y casi mejor así...

Sin embargo, aquellas antiguas referencias no eran las que en aquel momento me preocupaban. La noticia, el soplo, el *scoop* como dirían los más pedantes, había surgido en realidad hacía un par de años. En la Base Aérea de Morón de la Frontera, en el corazón de la provincia de Sevilla, una serie de apariciones habían provocado ráfagas de disparos y más de una severa enfermedad mental en los militares protagonistas de los hechos.

Palabras mayores.

—Hermano, yo con este asunto ando con la mosca detrás de la oreja. Después de la «visita» ya no sé qué pensar...

A los tres minutos del encuentro en la estación de Santa Justa, la tez del siempre alegre y vital José Manuel García Bautista mudó su color. Él, acompañado por el también investigador local Rafael Cabello, habían llegado demasiado lejos en este asunto. Frente a una gran tabla de madera vieja, inmersos en el bullicio del centro de

la ciudad, noté que la preocupación del reportero iba *in crescendo*...

—Serían las seis de la tarde del mes de mayo pasado. Yo, ya sabes, estaba con el ordenador, entre cables, programas y demás... y llamaron a la puerta. Directamente al piso, no desde abajo. Total, que me aproximé a la mirilla y veo a un hombre con el uniforme del Ejército del Aire...

—¡Si es que después de esto nos dio la paranoia! —irrumpió Rafael—. ¡Yo me cerraba en el servicio técnico, donde trabajo con la llave por dentro!

—Bien, bien..., pero deja que siga José... ¿El uniforme de faena? —pregunté, haciendo sitio al camarero que traía las papas, el lomo y las cañas.

—No. Ni el de faena ni el de gala. Más bien el de las ocasiones «oficiales». Lo sé bien porque tengo varios familiares que sirvieron en Aire. Total, que abrí y él se identificó como el cabo Muñoz... Casi al instante, avanzando, me dijo que si podía pasar para tratar un tema de mutuo interés. Entonces me fijé que junto a la gorra, bajo el brazo, llevaba una carpeta negra con letras doradas.

—¿Y pasó?

—Sí, claro. Entramos en el salón, se sentó en el sofá, y yo, un poco inquieto, lo primero que hice es abrir un poco las persianas, pues estábamos casi a oscuras... en penumbra. Tendría unos 45 años, usaba gafas con montura plateada y cristal con graduación. Creo que miopía. Se arrancó y me dijo: «Señor García, usted últimamente ha estado muy atareado y preguntando por la Base de Morón de la Frontera...».

—Y le dijiste la verdad...

—Claro. Intuí que esta visita era el resultado de las declaraciones a un programa regional de radio, donde unos días antes habíamos «soltado la liebre» en torno al asunto. Total, que en mi casa me reafirmé en ello y le contesté que, efectivamente, había estado buscando testigos sobre una serie de hechos ocurridos allí. Le dije la palabra intrusos... visión de intrusos exactamente.

—¿Y?

—Pues que se puso nervioso. Empezó a sacar folios de la carpeta, hojas selladas con el anagrama del Ejército del Aire. Entonces, ante mi espanto, me empezó a decir cosas que yo había hecho en los últimos días... en la última semana. ¡Era un seguimiento perfecto! Y eso te deja de piedra.

—¿Todo estaba escrito en los expedientes que llevaba? —interrumpí.

—Daba la impresión de que sí. Y eso me hizo echarme atrás instintivamente. Me dijo, alzando la voz: «¡Sepa usted que no puede hacer esas pesquisas ni presionar a miembros del ejército para que le den respuestas! ¡Aquí no valen nada sus contactos! ¡Tenga usted cuidado con lo que hace!».

—¿Se puso fuera de sí el hombre?

—¡Pff!... Pues casi. Como yo me quedaba sin decir ni mu, él insistía: «¡Esa información es clasificada y atenta a la seguridad nacional!». Luego, ya sudoroso y todo, se fue calmando. Incluso me pidió un vaso de agua.

—Entonces te dio el aviso ¿y se fue?...

—Antes, en plan paternal y calmándose un poco, me recomendó que me alejara del tema, que aquello nunca había existido, que jamás iba a encontrar pruebas, que no insistiéramos en algo que no había ocurrido... oficialmente.

—O sea, la demostración clara y diáfana de que había pasado. ¡Qué sutileza!

—Después, ya sabes, tuvimos unos «curiosos problemillas» en los ordenadores. Curioso... ¡Jefe! ¡Otra ronda aquí!

Horas más tarde, en un lugar al otro extremo de la capital andaluza, José Manuel leyó en voz alta un documento. Lo hizo pausadamente, haciendo hincapié en algunas palabras. Durante todo el día habíamos entrevistado a diversos testigos militares. Ahora estábamos ante el que más de cerca lo vio.

Temblaba, y no era una exageración. Su sudor frío y su palidez fueron aumentando conforme mi buen amigo iba descendiendo línea a línea hasta llegar al meollo de la cuestión:

—El 25 de noviembre de 1998 —alzó la voz Bautista—, a las cinco y diez de la madrugada el soldado profesional xxx..., de guardia en la base, concretamente en los hangares especiales números 1, 5 y 9, acompañado por un pastor alemán, escuchó ruidos en el exterior «como de cortar chapa».

Como en dos ráfagas, y el lector lo comprenderá, vinieron a mi mente imágenes del viejo y noble *León* y de su dueño, Hidalgo, refiriéndose con miedo a aquel sonido que parecía alguien avanzando con unas enormes tijeras...

—Este es el testimonio concreto de (xxx) que queremos que refrendes —prosiguió José Manuel—, el soldado dijo lo que procede: «Mandé al perro a buscar, y como no salía nadie, monté el *Zeta* y di dos tiros al aire. Esto después de pedir el santo y seña en varias ocasiones. De repente salió de entre los matorrales una especie de persona de unos dos metros de altura. No pude ver sus rasgos físicos ni atuendo, ya que no llevaba la linterna. Era una noche muy oscura. Me llamaron la atención sus ojos. Brillaban con una tonalidad verdosa... Al no contestarme, disparé el cargador directamente en el tronco, en pleno tórax, ...pero el hombre no se movió. Permaneció quieto... Entonces ordené al perro que atacara, pero lo que hizo fue retroceder y ponerse a mi espalda, llorando lastimeramente. Entonces no lo dudé, puse el otro cargador y le volví a disparar. Pero ni se inmutaba. Allí estaba, mirándome fijamente. Sin reaccionar. Llegué a gritar que quién era, y fue cuando hizo algo... Levantó una mano y después, en un movimiento como un giro, se agachó entre los matorrales. Desapareció. Sencillamente se esfumó ante mis ojos. Llamé a la central por el *walkie* y llegó una patrulla. Me llevaron al comandante de guardia de la central, y recuerdo perfectamente sus frases: “¡Ver, oír y callar!”. Me dieron una semana de permiso y al salir me di cuenta de que el pobre perro tenía un corte seco y cicatrizado en la paletilla izquierda».

Los ojos de nuestro invitado estaban redondos como la luna. Casi no parpadeaba. Volver a escuchar la historia le había devuelto los temores. Era la primera vez que rompía su silencio. El soldado Daniel Corchado^[12] había decidido dar el paso, con el fin de expulsar su propios fantasmas...

—Ese día estaba de guardia estática... y... bueno... Perdona que me ponga tan nervioso, pero...

Le cayeron dos lágrimas que borró rápidamente con la manga del jersey de lana.

—No quiero que me tomes por loco..., pero...

—Yo creo en lo que te sucedió, amigo. No eres él único. Puedes contarme con confianza... —le respondí instantáneamente, poniendo mi mano en su hombro.

—Ya... es que desde entonces todo son pesadillas... Esa luz de mierda... Esto me ha cambiado... He perdido hasta la fe.

Nos quedamos mirándolo, esperando que explicase su rotunda sentencia.

—Yo era muy religioso, mucho. Pero ver aquello... Ver aquello me demostró que hay algo que no sé... que es más fuerte. ¿Cómo explicarlo? A mí el mundo...

Otras dos lágrimas como goterones.

—A mí el mundo se me ha derrumbado.

—Te comprendo... Intenta hacer el esfuerzo y...

—No —me cortó rotundo—, tú no puedes comprenderlo si no lo has visto. No puedes. No se sabe lo que es el miedo hasta entonces. No es un miedo a morir... es otra cosa.

Corchado desvió sus ojos ya enrojecidos, como aguantándose el llanto, por encima de nosotros. Como si proyectada en la pared de azulejos blancos viese de nuevo a aquella figura. Entonces, a pesar de los esfuerzos, se derrumbó. Lloró sin consuelo durante un minuto eterno. Y nosotros nos quedamos parados. Tan paralizados como él aquella madrugada. Sin saber qué hacer, conscientes de que no podíamos ayudar y de que nos separaba un muro invisible pero casi infinito. Impresionaba verlo. Impresionaba estar allí en aquel momento, sintiendo el calvario de aquel soldado que tuvo el infortunio de toparse con un intruso al que nadie esperaba.

Durante tres largas horas Daniel compartió su secreto con nosotros. Nos confesó que la falta de sueño, las visiones terroríficas que le despertaban y las cefaleas constantes no le habían abandonado tras observar aquella escena.

Uno más en el club.

Él iba detrás del compañero que descargó contra el ser. Lo primero que vio ya lo puso en guardia:

—Como un abanico de luz. Pensé que era un vehículo atrancado... o alguien cavando. Di un par de pasos atrás, ya que yo no debía moverme de mi sitio... y es entonces cuando, a unos quince metros, veo al compañero con el perro. El animal tras

él, muy asustado... y la luminosidad, muy destellante pero que no emitía calor, allí mismo, entre los matorrales, cerca de la zona de polvorines. Entonces es cuando se empezó a definir algo... Algo que no olvidaré hasta el día que me metan en la tumba.

Con mano temblorosa, el testigo dibujó varias veces aquella visión en mi cuaderno. No dudó un ápice, como si el retrato estuviese bien impreso en la memoria. Parecía algo físico, vivo, de gran tamaño...

—Era una persona... Bueno, no lo sé realmente. Porque el traje, el recubrimiento, no parecía tela o plástico. Parecía piel gruesa y oscura..., piel animal. El tronco ancho, corpulento... No musculoso, sino fuerte. Y de alto como esto...

Señaló con el rotulador una columna de casi tres metros. El camarero llegó hasta la mesa y vi cómo, en un gesto de repentino rubor, Corchado tapaba rápidamente su propio dibujo...

—No quiero que nadie sepa esto. De momento.

Algo casi gelatinoso, con la cabeza ovalada, los brazos pegados al cuerpo, una mano extendida, mostrando la palma, pero sin que se vean dedos. Ni tampoco pies. El individuo emerge de la luz, esta se va debilitando poco a poco y, «como transportado en una nube» va desplazándose. Como una imagen..., sin que se doblen las rodillas. Así lo describía nuestro entrevistado. Así lo vio durante casi un minuto, a diez metros de distancia, desde el ángulo opuesto desde donde el otro militar descargaba dos veces su arma Z-70.

—Sentí un gran terror. Yo no debía estar allí. Me fui hacia mi puesto, sabiendo que tras los disparos iban a llegar las patrullas. Entonces escuché al compañero pedir ayuda desesperado. Yo aún notaba esa extraña sensación, como de parálisis, como si algo te quitase la fuerza. De la cabeza a las botas sentía ese doloroso hormigueo como cuando la sangre se duerme...

—¿Algún ruido? —preguntamos, casi quitándonos las palabras José Manuel y yo.

—Nada. Silencio total. Como si la naturaleza se hubiese callado. Y dentro de la cabeza como un taponamiento. Algo muy molesto y que tardó mucho tiempo en irse... Yo no creo en esas cosas..., pero ahí estaba aquello. Y eso me ha roto la vida.

—¿Qué pasó con tu compañero?

Instintivamente bajó la mirada y la mantuvo un rato contra el dibujo que acababa de hacer.

—Lo tomaron por loco. No lo vimos más. Nunca. A mí me dieron dos semanas de permiso para que «descansase». Y de esto ni una palabra, claro.

—¿Tú afirmaste haber visto la escena?

—No. Ahí me porté quizá con cobardía..., pero no asimilaba lo que había presenciado. ¿Cómo hacerlo si yo no creo en estas cosas? Pero...

—¿Pero?

—Que por miedo a lo que viniese después dije que solo había escuchado las

ráfagas. Y como sabía que pronto llegaría una patrulla, preferí quedarme en mi puesto encomendado.

—¿Vino gente a interrogarte?

—Diez personas. Batieron toda la zona que va hasta una torre de vigilancia que le dicen El Kalahari. No era la primera vez que se comentaban cosas así. Pero yo me reía.

Corchado esbozó una sonrisa. Pero ahora era amarga. Dolida.

—Si averiguáis algo, por el amor de dios, decídmelo. Tengo que saber qué fue lo que vi.

Percibí su angustia saliendo por los poros. Su rostro desencajado, embutido en aquel jersey de cuello vuelto. Su miedo latía, y no era complicado notarlo a flor de piel. Quizá por eso no puede responderle. Solo, terca deformación profesional, me salió una última pregunta antes de apagar la grabadora:

—¿Qué te inspiraba aquel ser?

—Amenaza. Estaba diciendo: *Que sepas que puedo más que tú*^[13].

21

La huella de nadie

—Sinceramente, no sé para qué ha venido.

Me quedé en el marco de la puerta sin saber qué hacer. Cuando un militar del aspecto de Fernández Chiralt —alto, espigado, pulcramente repeinado y para más señas jefe de seguridad que interrogó directamente a los protagonistas en *La noche del miedo*— se te planta de ese modo, poco hay que hacer.

—Comandante, yo...

—Recibí su carta y le contesté. Yo creo que ya está bien.

Antes de esta escena había caminado sin rumbo por Badajoz, que es una ciudad singular, y ya iba siendo familiar para mí después de tantas visitas. Los bloques tienen un aspecto terroso, siempre asomados al sol, separados por patios pequeños de formas geométricas imposibles, con hileras de ropa siempre colgando.

En un centro comercial vi uno de mis libros, *Fronteras de lo imposible*, y lo compré. No sé aún muy bien por qué, ya que la idea era llevarle otro que ya tenía en el maletero del viejo coche, incluso firmado para él. Modifiqué la idea según caminaba y desembolsé en efectivo el dinero que costaba, como si solo pudiera ser aquella la obra que debía llegar hasta mi próximo entrevistado.

Cambio de planes aparentemente absurdo...

Tras un paseo a la hora de la siesta, esa en la que las calles del sur han devorado a todos sus habitantes, enfilé rumbó al punto de encuentro, un piso bajo en una importante arteria de la ciudad.

He de advertir que desde hace mucho creo firmemente en el poder de los libros, pero lo que iba a acontecer superó con creces todas mis expectativas. Bajo el umbral, cuando el frío saludo cara a cara me hizo ser consciente de que poco o nada íbamos a rascar el uno del otro, el ejemplar ¿por casualidad?, se abrió —o lo abrí— exactamente por la página 403.

La 403 y no otra...

—¿Eso es lo que yo creo que es? —dijo, poniendo el índice sobre la fotografía y cambiando completamente el gesto hasta trocarlo en emoción a flor de piel. Casi en devoción.

Luis Miguel Fernández Chiralt, coronel jefe de la Policía de la Base Aérea de Talavera la Real en la fecha de los incidentes, había servido más de cuarenta años en ese lugar. Entró en 1954 y conocía todos los entresijos, todas las esquinas, todas las aristas de aquel lugar. Se puede decir que era la persona que guardaba los secretos de aquella noche. O gran parte de ellos. Y nunca había hablado. Y nunca iba a hacerlo... hasta que una fotografía, la de esa página, repentinamente, cambió el contexto.

Era la Síndone... la célebre e impresionante Sábana Santa de Turín, recogida en mi libro tras un viaje a la Capilla del Duomo donde se custodia. Él también la había visto, él también había viajado hasta ella. Él también había sido atrapado por aquella cara del crucificado impregnada en el viejo lienzo.

Era un entusiasta de ese tema. Ya era bendita casualidad.

El frío gélido del inicio dio paso al deshielo... Y pasé al interior. Estábamos unidos por el misterio y, por lo tanto, condenados a entendernos...

—Querido amigo —dijo con una sonrisa, invitándome a tomar asiento—, tú accedes a mí y me traes documentos que me demuestran que el tema está desclasificado...

Tomó en las manos los expedientes y los leyó detenidamente, folio a folio.

—Consecuentemente puedo decirte... No sé..., lo que entonces oímos, sentimos y pensamos los que estábamos en aquella fecha. No sé si realmente será de tu interés y te ayudará en algo.

No les hará falta a los lectores imaginar mi soberana agitación de cabeza —arriba y abajo—, como si fuera un monigote... Sin responder, con el cuaderno en la mano y el rotulador desenfundado...

—Siéndole sincero le diré que pudo haber reflejos en el bosque, ráfagas de las luces desde la Nacional V... Ráfagas de coches. Quién sabe. Alguien lo vio y mandó investigar. Pero esto tiene que ser algo explicable...

—¿Investigar ráfagas de coches? Comandante...

—Ya. Ya sé lo que está usted pensando, pero déjeme continuar...

Coloqué la grabadora sobre la mesita camilla con mantel de ganchillo. La casa, muy ordenada, estaba entre sombras. Al fondo, enmarcadas y en las amplias paredes, muchas fotografías y condecoraciones. Desfiles, galardones... Toda una vida.

—Fueron un cúmulo de circunstancias... tuvo que ser eso. Las balas se quedaron en la pared... Uno de ellos, por el miedo, cayó, y otro ametralló por encima. Afortunadamente no ocurrió nada más. Lo lógico es que uno hubiese matado al otro. Lo que hay que pensar es que fue un milagro que no ocurriese nada.

—Pero algo ocurrió —irrumpí.

Chiralt, quizá sorprendido por mi repentino convencimiento, sonrió. Volvió a mirar los encabezamientos del expediente desclasificado, como para cerciorarse de que ese asunto, oficialmente, ya había dejado de ser secreto de Estado. Mentalmente repasó las líneas:

Ministerio de Defensa.—Mando Operativo Aéreo. 12 de noviembre de 1976...

—Ellos pueden estar convencidos de que vieron algo. Eso no lo dudo. Al día siguiente, con el sargento San Miguel, que tenía prácticas de guerrilla y era experto en estos temas, se vio que no había ramas rotas ni señales en el suelo de apoyos o pisadas de ningún tipo. Se inspeccionó minuciosamente, eso se lo puedo asegurar.

Palmo a palmo.

—Me está diciendo que se peinó el terreno... ¿Y por qué no se recogió nada de eso en los informes?

—Aquí ponen que faltan los expedientes —me respondió señalando con el dedo a uno de los renglones—. Se habrán extraviado, es lo que debemos pensar...

Nos quedamos en silencio.

—Le seré muy franco —prosiguió Chiralt—, llegamos a la conclusión de que aquellas luces confusas les produjeron miedo a los chicos, a pesar de ir con el perro. El animal debió sentir a su vez ese miedo, y les contagió su inquietud. Como un círculo vicioso que se puede dar perfectamente... Se propagó la sensación de incertidumbre y quizá se imaginaron algo que no existió... ¿Hasta dónde se puede decir si hubo algo más? Imposible definirlo.

—Ellos quedaron profundamente marcados por la experiencia. Usted lo sabe.

—Sí. Bien es verdad que ellos luego tuvieron diversos desequilibrios... Tuvieron, incluso, que ser sometidos a tratamiento psiquiátrico... y sé que, después de mucho tiempo, alguno aún lo recuerda y vuelve a sufrir ciertas tensiones. Eso nos hace pensar de su convencimiento total de que algo vieron. Sin embargo, desde el punto de vista práctico, los altos mandos de la base llegamos a la conclusión de que habían sido eso: confusiones.

—Ya. El punto de vista práctico —asentí.

—Mire, le puedo decir que el informe del juez fue de sobreseer el expediente, ya que no se celebró consejo de guerra. De hecho, tampoco existía delito. Había unos disparos de un arma de forma impropia y se había tocado alarma general en la base.

—No me parece poco, comandante. Y menos por reflejos. ¿Y qué medidas se tomaron como consecuencia de la alarma general?

—Vamos a ver... Si de noche suenan disparos, se desencadena alarma militar. Así de simple. Se toca la sirena y hay un protocolo que se pone en marcha y en el que las unidades de guardia forman un primer despliegue. Después se puede movilizar la unidad militar, con armas y munición, siempre en misión de defensa, y así ocupar puestos clave para repeler un presunto ataque desconocido. Esa noche es lo que se desarrolló. Se interrumpió incluso la Nacional V para que no pasara ningún vehículo...

—Fue una noche movida, según cuenta toda la gente que he podido entrevistar...

—Por la mañana decían que había sido una *noche toledana*. Noche de miedo.

Anoté la expresión en el cuaderno. Y mi interlocutor siguió hablando y despejando oficialmente brumas que llevaban estancadas un cuarto de siglo. La sensación de esos momentos para el periodista es difícil de describir con palabras...

—El capitán de día llevó el tema. En algún momento alteró el protocolo, detuvo a

algunos vehículos... que sí, que no... y hubo un cierto desconcierto. Eso está claro, aunque oficialmente no se dijo nada. Pero, en fin, los objetivos principales se cumplieron y no se detectó nada. Al final allí no había nada anómalo.

—¿Habló con los dos soldados?

—Sí, claro. Tuve que hacerles preguntas allí mismo. Han pasado años, pero lo recuerdo perfectamente... Se les notaba muy nerviosos y recibieron asistencia médica. Yo me desprendí del tema cuando el asunto dejó de ser de seguridad militar para pasar a ser tema médico. Ahí, en esa segunda fase, yo ya no pintaba nada.

—¿Y cuál fue su impresión? ¿Mentían?

—Estaban muy asustados. Y creían haber visto algo. De eso doy fe. Era una zona sensible, peligrosa..., pero de ahí a admitir desde un punto de vista formal que han visto algo sobrenatural..., pues no. Pero hay una cosa importante...

Aguardé casi conteniendo la respiración, mirándolo fijamente.

—Mire, no me puedo negar en absoluto a admitir que una posibilidad en el horizonte siempre está, ¿no?...

—Siempre... —contesté en un acto reflejo—. ¿Y no se encontraron los casquillos?

—Pues... no lo recuerdo. Deberían estar, pues lo que está claro es que se dispararon muchas balas. Pero no recuerdo...

Un nuevo silencio. Esta vez más denso. Sepulcral. El silencio de cuando uno afina una escena sucedida hace veinticinco años y casi escucha girar los engranajes de la propia memoria...

—Nunca buscamos los plomos. Quedarían dentro del hormigón de la tapia. Pero, la verdad..., los casquillos no sé que pasó con ellos. No lo sé.

—Comandante, los casquillos no creo que se disuelvan por sugestión...

—Ciertamente. Mire, hubo un asombroso proceso de contagio del miedo, pero lo raro es que el perro detectaba algo. Lloriqueaba... como si viese algo y no supiera qué hacer. Si esos perros presentían algo, se ponían a gemir. Si hubiese allí un hombre verde, yo le aseguro que el perro le hubiese mordido. Pero yo creo que el perro estaba desorientado. No sabía a qué atacar, y esa inquietud se propagó a los soldados.

—Esta pregunta es muy importante... ¿Qué pasó al día siguiente en el comedor con Trejo?

—Aquello no tuvo trascendencia suficiente para que lo recuerde ahora. La tramitación del expediente de instrucción no llegó a ninguna conclusión.

El tono de Fernández Chiralt, al menos en esta respuesta, se había vuelto repentinamente marcial. Oficial. Algo intransigente.

—Tengo aquí una lista que... bueno, parece que varios de los integrantes de aquella patrulla murieron después... El teniente Jaraíz fue uno de ellos. El que estaba al frente de todo en aquella alarma, ¿no?

Sentí que estaba metiendo el dedo en la llaga. Que estaba forzando la situación.

—Sí, Jaraíz. Exacto. Estaba aquella noche... Su accidente fue sorprendente... realmente. Es un tema de carácter aéreo, se conectó por radio con normalidad y al poco tiempo se había estrellado en condiciones de golpe brutal. Hasta el punto de que durante un tiempo no se podía encontrar un solo resto. Pero con San Miguel se encontraron restos humanos mínimos que demostraron que había un indicio para suponer que él estaba allí. Fue un asunto muy triste y complicado.

—Fue un caso muy raro...

—Sí, después alguien propagó un rumor entre la tropa que decía que realmente había desaparecido. Pero estaba allí, y esto es una cosa cerrada.

Otra vez esa rotundidad. Y ese silencio posterior. Como si le sorprendiese que le hiciese determinadas preguntas. ¿Cómo demonios sabes eso?, parecía decirme con sus gestos. La oportunidad era única y proseguí mi particular ráfaga...

—¿Qué opina usted de los ovnis? —pregunté, esperando una respuesta políticamente correcta y que no se alejase de los márgenes de lo oficial.

—Bueno, según los datos que se van teniendo se van encontrando puntos de apoyo para creer en su existencia, y también surgen pruebas para pensar que hay parte de engaño.

—En Talavera, en 1975, poco antes de *La noche del miedo*, también se vieron...

—Cierto es que hay una historia de hace muchos años... Parece ser que en aquel entonces empezaron a hacer vuelos nocturnos con reactores C-33, era un espectáculo... Pero en una ocasión una misteriosa «bola de fuego» se acercó y obligó a detener los vuelos desde torre de control. Pensamos que podía ser un tipo de electricidad estática, algo desconocido e infrecuente... Yo, para serle sincero, creo que estas cosas ocurren.

Vaya que si ocurren. Y de la tapia para adentro también, pensé sin vocalizar: siguiente *round*.

—Me han contado que había una zona como aplanada en el lugar...

—Bueno, bueno...

—¿La había?

—Hubo un momento en el que intentamos deducir si un agujerito que encontramos podría ser un punto de apoyo...

—¿Un agujero? ¿Allí? ¿Donde el ser? —el corazón me rebrincó como si se fuera a salir de la caja torácica.

—Sí —respondió como un latigazo.

—¿En el mismo lugar? ¿A la mañana siguiente? —incidí, comprendiendo que aquello era un dato que nadie siquiera había sospechado en todo este tiempo.

—Le digo que sí. Allí mismo. Pensamos que podía ser un punto de apoyo de un aparato, pero no vimos la correspondencia. Es decir, no había otras huellas similares que determinaran algún tipo de tren de aterrizaje...

Punto de apoyo, aparato, tren de aterrizaje... Por un momento creí estar soñando. ¿Se habría posado algo dentro del perímetro de la base? Me aguanté las preguntas a

borbobones y dejé proseguir al embalado interlocutor...

—Era un círculo. Un círculo perfecto y profundo. Como si algo se hubiese sustentado allí. Podría ser un agujerito en el centro y una superficie plana alrededor. Como la huella de un bastón de montañero, con punzón. Esos que luego son más gruesos. Pero claro, uno solo no nos dijo nada... Quién sabe el tipo de herramienta que estuvo allí. Pensamos incluso en un arma o metralleta...

—¿Una metralleta enterrada?

—Ya, pienso lo que usted. Es muy improbable, ya que nadie va a meter la boca bajo la tierra..., eso está completamente contraindicado. Pero ahí estaba esa especie de soporte, en el lugar exacto de la aparición.

—¿Cuántos disparos se tiraron?

—Un cargador entero.

—Hubo una noche de pánico..., pero lo que no se entiende es que la patrulla saliese al exterior con las armas, hacia la carretera. ¿Por qué se va hacia allí? ¿Se vio escapar a alguien? ¿Se vio algo que nunca se ha contado?

—Lo que se vio fue el peligro. La propia ubicación de combustibles era un peligro en sí misma, por su situación junto a la carretera. Había vigilancia sobre la propia Nacional V..., solía haber una patrulla vigilando hasta el borde del asfalto. Oyeron disparos..., y pensaron que un coche cercano era el autor... y le dieron el alto. Como no se paran, le disparan a la cajuela. Sin más.

—Pudo ocurrir una desgracia...

—Esa noche el ángel de la guarda nos puso la mano debajo. Hubo otro coche que fue aún más peligroso. Era un coche que iba lento y con luces apagadas. Se avisó a la puerta principal... Pensaron que tenía algo que esconder, le hacen señales para que se detenga, y el individuo cruza...; los disparos fueron por el cristal trasero, y pasaron entre el reposacabezas y se alojaron en la radio. ¡En el aparato de radio!

El comandante apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cabeza.

—Se les detuvo a todos, claro. Puede que el *Seat 132* se reparase en la base. El tal Expósito, que iba en el *Ford* inglés, no puso ningún problema, solo quería marcharse de allí.

Recordé al mencionado Expósito, vociferando ante mi grabadora, indignado: «¡A mí me quisieron matar!».

—¿Imagino que todas estas vicisitudes trágicas complicaron la historia del propio caso y quizá provocó su tardanza?

—¿Tardanza? ¿A qué se refiere?

Le recordé, señalando las fechas del expediente oficial, que el caso —por algún motivo que nadie conoce— había salido mucho más tarde de lo que le correspondía cronológicamente. Y, sobre todo, que en realidad lo único que se había hecho público es la certificación de que se había perdido todo. O sea, como si no hubiese existido.

—Creo que las cosas se complicaron de modo accidental. Resultaron con daños personas ajenas al tema. No es agradable reconocer que vivimos momentos de

peligro..., pero aquellos coches invadiendo la carretera en acción militar, estaban corriendo un riesgo muy serio. Todo se juntó a la vez: aquella situación agobiante en esa época, con terrorismo, etc... Saltaron todas las alarmas y, como le digo, el ángel de la guarda nos asistió. De no haber sido así...

—Por lo que sé, el caso no fue único. Antes y después pasaron cosas. ¿Tuvo conocimiento de otra aparición?

—Tengo que admitir que este incidente provocó una psicosis. Y sí, hubo más denuncias de visiones extrañas. Así de claro.

Otra vez la emoción incontenible. Otro caso. Otra visión. ¿Sería este el caso de *La portuguesa*? ¿La figura errante que provocó una muerte a causa del miedo?

Iba desencaminado. Al parecer, un nuevo incidente ocurrió en el interior de la base, pero después...

—El caso ocurrió poco más tarde. El principal testigo me lo contó a mí personalmente. El chico me habló sinceramente de una figura humana flotando en pleno aire. En la misma zona... Exactamente en la misma, elevada junto a los cables de alta tensión, casi colgando de los alambres.

—¡Un ser volador! —exclamé, siendo consciente de quién me estaba haciendo estas revelaciones y de la importancia de las mismas.

—Sí. Y él estaba convencido... y asustado. Muy asustado. Ocurrió exactamente ocho días después..., en el mismo sitio. Desprendía un brillo o resplandor más bien rojizo. Al capitán de policía Botana le dije que lo arrestara. Sin más. Y mi orden fue la siguiente: «El próximo que vea un hombre de colores, ¡al calabozo!». Y así se detuvo aquel miedo.

Vía directa y sin contemplaciones. *Verne* no me había fallado; había otros casos. Y había un silencio que rara vez escapaba de aquellos muros. Esta era una de las contadas ocasiones. Andrés Herrera y Roberto Gómez, los investigadores pacenses, también tenían datos para suponer que los incidentes anteriores y posteriores no eran leyenda. Y ahí estaba la demostración: en la voz de uno de los responsables militares de aquella base.

—Y la gran pregunta: ¿Qué demonios pasó con el expediente del caso? ¿Dónde fue a parar? ¿Quién lo escondió?

—No hubo informe estrictamente hablando. Lo que hubo por un lado fueron nuestros interrogatorios y sus declaraciones. Se les tomaron diversas declaraciones, de eso doy fe. Eso, bien es cierto, debería constar en el expediente...

—Pero no está —interrumpí.

—Ya. Dejémoslo ahí. Luego ya fueron el resto de informes; son los de carácter médico, que es la esfera a la que pasó este tema con el tratamiento de los soldados. Las diligencias previas no sustanciaron nada y no se instruyó la causa.

—Comandante, ¿usted ha oído hablar de *La portuguesa*?

Luis Miguel Fernández Chiralt, hombre cabal, persona que ha dedicado su vida a ayudar a los demás enarbolando diversas iniciativas sociales para los discapacitados de su ciudad, hombre de una pieza en definitiva, sonrió. Sonrió amablemente con un gesto que decía a las claras que ya había hablado demasiado.

Le estreché la mano muy fuerte y él me dio una palmada en el hombro. Había variado mucho nuestro tono desde el encuentro bajo el marco de la puerta. Le prometí regresar, como muestra del agradecimiento por toda la información que me había suministrado en aquella tarde que ya era noche.

Al despedirse, bajo el umbral, agitó su mano. Era consciente de que me había ayudado. De que había contado más de lo que podía y que yo debería seguir el largo camino en solitario.

Ya saliendo, escuché su voz amable:

—¡Si vuelve a verla, salude a la Síndone de mi parte!

22

Paciente 15325

Ese olor, esos azulejos, esos ruidos de engranajes de camas, de rodar de camillas a toda prisa. De botecitos de cristal dentro de tétricas vitrinas antiguas. Vaya por delante mi sagrado respeto a todos los médicos... pero no me gustan los hospitales.

¿A alguien le gustan los hospitales?

A mi pesar, a esas alturas, después de tres años tras la pista, ya me conocía las plantas, salitas de espera y pasillos del recinto sanitario del Ejército del Aire de Madrid como la palma de mi mano.

O al menos eso creía.

Por cierto, ¿cómo demonios pueden batir récords de audiencia las historias de hospitales?

Muchas preguntas, a veces tan banales y entremezcladas con otras más inquietantes, han pasado por mi cabeza en las visitas a los diversos centros por donde pasó un paciente muy especial: un muchacho preso del pánico procedente de la base de Talavera la Real. Ese mismo al que ya consideraba un amigo y que meses atrás había estampado una autorización personal para que indagase en su brumoso —y secreto— expediente médico. Todo un detalle de confianza que vino acompañado de una sentencia que entonces creí exagerada:

—Creo que no lo vas a encontrar. Lo habrán querido ocultar.

De momento, tras cinco intentonas, había comprobado que, oficialmente, Trejo jamás había sido ingresado allí. No estaba en ninguno de los ficheros informatizados. Nada, borrado del mapa. Incluso en los sótanos, un mundo asfixiante y claustrofóbico, no pudieron darme otra respuesta:

—Ese amigo suyo nunca ha estado aquí —me dijo, sin dudarlo, una empleada mientras un grupo de mujeres iba transportando cajas que, se supone, contenían historiales.

—¿Seguro? ¿No podría intentarlo de otro modo?

—Esto no falla. El paciente aquí no estuvo.

Acto seguido un médico, con parsimonia, escribió sobre una hoja unas palabras en rojo. Una sentencia que, de algún modo, cercenaba toda posibilidad de investigación:

Psiquiatría. No consta historial en este centro.

El nivel de paranoia que estaba alcanzando con esta investigación superaba todo lo anteriormente vivido con creces. ¿Cómo era posible que ningún archivo registrase una estancia de más de un mes? ¿Me engañaba Trejo? ¿Me engañó Verne9 con el objetivo de volverme loco? ¿Me engañaban todos a un mismo tiempo?

Lo habrán querido ocultar...

La frase retumbaba en mi cabeza..., aunque a estas alturas ya me esperaba cualquier cosa a la vuelta de la esquina. De momento, lo que se me apareció fue el archivo de casos especiales de psiquiatría, último reducto en cuyos ficheros podía haber recalado el enigmático historial médico. Era el clavo al que aferrarse para no volver con las manos vacías, y tuve la mala suerte de encontrarme con alguien que no ahorró esfuerzos en mostrar la otra cara de la amabilidad...

—¿Y qué se le ha perdido a usted aquí? —me espetó con una de esas miradas que matan.

—Busco el expediente médico de un amigo que estuvo ingresado aquí un mes largo...

—Ya. Muy bien. Pues eso, que venga él.

—Él no puede. Estuvo aquí hace años.

—¿Y cuándo estuvo? Si es hace mucho no te creas que nos vamos a poner a buscar —gritó, llamando la atención de una enfermera que, en la parte de atrás, abría unos cajones repletos de fichas hacia los que se me iba la mirada instintivamente—, no estamos para perder el tiempo...

—Estuvo en 1976...

La risa se debió de escuchar hasta en la garita exterior donde, como siempre, hacían guardia dos militares armados hasta los dientes.

—Eso no está aquí —repitió ufano moviendo la cabeza y alejándose de mí, dejándome allí plantado.

—¡Pues tiene que estar! —le dije a su espalda, alzando yo también la voz para desgracia de los enfermos que necesitan reposo.

Se volvió.

—Pero tú quién... ¿tú quién eres para solicitar esto de hace tanto tiempo? ¿Qué buscas exactamente?

Como para ponerme a explicarlo. Se había colmado mi paciencia y opté por la vía directa: ponerle en las narices un documento que hasta entonces no había abandonado la carpeta que llevaba aferrada al brazo:

AUTORIZACIÓN PERSONAL

Al Sr. Coronel Médico Subdirector del Hospital del Aire

D. José Manuel Trejo Chacón, mayor de edad, titular del DNI _____ con
domicilio en _____,
calle _____,

EXPONE:

Que, siéndole requerida reevaluación y revisión médica,

AUTORIZO:

A D. Iker Jiménez Elizari, mayor de edad, titular del DNI _____, con domicilio en

Madrid, calle ———, para que en mi nombre y en mi representación retire la documentación requerida en la solicitud adjunta, ante la imposibilidad de hacerlo personalmente.

Firmado: Iker Jiménez (persona autorizada) y José Manuel Trejo (interesado).
Se adjuntan fotocopias del DNI.

El papel surtió efecto en parte. El hombre-escollo fue requerido para otras tareas justo en ese momento —a veces la providencia se apiada y suena un telefonazo oportuno para despejar el camino—, y yo busqué otras ayudas que surgieron, caritativas, en el momento justo.

La voz de la médico me sonó a gloria; era lo que más deseaba escuchar en el mundo...

—¡Aquí viene!

No entendía nada. Oficialmente no estaba, pero allí sí. Un archivador de los de tarjetones rectangulares contenía el hallazgo, y anoté nervioso, mirando de reojo que no apareciese de nuevo el furioso centinela al que escuchaba hablar por teléfono en la lejanía. En aquellos momentos me sentía como el arqueólogo que por vez primera se puso a transcribir los rollos del mar muerto.

La reliquia había sido exhumada...

José Manuel Trejo. Shock traumático. Ingreso superior a treinta días. Diciembre de 1976. Expediente 15325.

Aleluya. Ahí estaba la prueba. Y la médico, amabilísima, se desconcertó ante mis aspavientos, ante mis puñetazos al aire. Ahí estaba, sí..., ajeno al resto de los registros oficiales con algún motivo que se me escapaba. El paciente 15325 existía y se llamaba José Manuel. ¿Por qué ocultarlo?

—Con todo esto resuelto —prosiguió la repentina hada madrina vestida de bata blanca— ahora solo tenemos que ir a este archivador y buscar. Vamos a ver... paciente 15325...

Entonces ocurrió algo que ya me había sido profetizado y a lo que no hice mucho caso en su momento. No estoy exagerando un ápice si confieso que fue un directo, una coz en pleno hígado.

Un K.O. técnico...

—15325... —repitió de nuevo la médico.

Sus ojos mostraban asombro. Pasó rápido uno a uno todos los carretones nerviosamente. Arriba, abajo, sacó el cajón de metal, el de al lado... y me miró con la cara pálida.

—Miré..., yo no he visto nada igual en todos estos años. Compruébelo usted mismo.

Tal y como sospechaba, estaban allí, en riguroso orden, todos los expedientes. Todos menos uno. Una especie de agujero negro había absorbido el que a mí me

interesaba, el que perseguía con tanto ahínco. Y entonces, lo confieso, tuve miedo. Miedo de lo que ocurría. Miedo de ver hasta dónde parecían llegar algunos tentáculos. Miedo de pensar que ocurrió algo mucho más grave de lo que me imaginaba y que ahora se estaban tratando de borrar todas las huellas, aunque fuera de aquella forma tan burda y evidente.

—¿Lo ve? Están el 15324 y el 15326. Justo el 25 es el que falta. Y aquí están los enganches...

—¿Y? —pregunté descorazonado, como si no acabase de creer lo que estaba sucediendo, al tiempo que percibía el «clic» de colgar el teléfono de la habitación de al lado.

—Pues que lo han robado.

En la otra dependencia el hombre-muro había terminado la conversación y no era descabellado pensar que en unos segundos estaría allí, comprobando cómo había hecho caso omiso a sus indicaciones. Todo esto en un hospital militar..., así que me dieron ganas de esfumarme como la propia figura observada en Talavera y que tantos quebraderos de cabeza me estaba dando de unos años a esta parte. Por un momento me imaginé ingresando a la fuerza.

¡Menudo final para este libro!

Escuché los zapatones aproximándose... y, a pesar de todo, apurando al máximo, toqué con mis propios dedos aquellas carpetas y miré los nombres... adelante, atrás. Sí, exacto. Faltaba el paciente 15325. Solo ese.

—Se lo han llevado... ¡Se lo han llevado! —escuché repetir a la doctora a mi espalda con un tono que no sé si era de miedo o de incredulidad.

—¿Y cuál era la dolencia de esta persona? ¡Cuál! —me preguntó alzando la voz.

No contesté. Simplemente anoté los dígitos de los expedientes y giré sobre mis talones. Al fondo llegaba el hombre-barrera.

Antes de poner pies en polvorosa vi que apuntaba mi nombre. Normal que ella también sospechase ahora. Que desconfiase de mí, del archivo, del nombre que le había dado. De todo. Su mirada me estaba interrogando, y me pareció leer su pensamiento:

¿Quién es usted que viene preguntando por un caso de 1976 que no consta en el archivo oficial y que se han llevado clandestinamente del especial?

La paranoia en estado puro.

—Déjeme un teléfono. Si aparece algo ya nos pondremos en contacto con usted. Se lo prometo.

Lo pensé por una fracción de segundo... y dejé un teléfono. Nunca me llamaron. Trejo había ganado la apuesta.

Ustedes nunca sabrán

Nunca volvieron a coincidir.

El detalle me retumbaba desde hacia tiempo en el cerebro. Mantener separados a los principales protagonistas era mantener el secreto. Así de simple. Buena fórmula y repetida hasta la saciedad. Después de aquella madrugada cada vida siguió un rumbo diferente. Muchas de las que integraban aquel pelotón, precisamente, se truncaron antes de tiempo.

¿Casualidad?

Caminando por la zona norte de Madrid, buscando un portal concreto y serpenteando entre los coches subidos a las aceras, aparcados de cualquier manera, puse un *mini disc* en el reproductor portátil que últimamente me acompañaba a sol y a sombra. Me abroché la cazadora hasta el cuello y el sonido de mis pasos fue diluyéndose al pulsar el *play*. Arriba, las estrellas brillaban limpias. Raro en el invernal cielo de la capital.

Buscaba un testimonio del otro lado el mundo; una entrevista que había efectuado esa misma semana desde los estudios de la Cadena Ser con toda la intención.

Sonó la familiar sintonía de *Milenio 3* y acto seguido mi propia voz explicaba una historia... Era el inicio de un viejo reportaje escrito en su día por el periodista chileno Cristian Riffo, colaborador del programa y que se encontraba escuchando en conexión desde su país...

Abril de 1977. Primera Región de Chile. Regimiento Huamachuco de Arica.

Como todas las noches, un grupo de jóvenes soldados del Ejército vigilan celosamente las caballerizas ubicadas en la Pampa Lluscuma. Son las 03:40 de la madrugada. Pedro Rosales y Juan Reyes se encuentran realizando la guardia. De pronto, dos extrañas luces rompen la monotonía y llaman su atención. Algo asustados, corren hasta el lugar donde descansa el resto de la patrulla. «¡Vengan, vengan a ver lo que ocurre en el cerro!». Alertados por sus compañeros, toda la patrulla, incluido el cabo Armando Valdés, se levanta y sale a observar el misterioso fenómeno. Ocho militares chilenos estaban a punto de enfrentarse con lo desconocido. «Apaguen la fogata», les ordena el oficial. En la distancia, dos luces no identificadas destacan en la oscuridad. Una de ellas parecía posada tras uno de los cerros. De pronto, la otra comenzó a aproximarse hasta su posición. Ante la cercanía del objeto, el cabo Valdés ordena a sus hombres que se coloquen en posición de combate:

«¡Si algo pasa, que nos pase a todos juntos!».

Apagué el aparato. Primero, segundo... tercer piso. Pulsé el interruptor del telefonillo. La voz algo distorsionada del prestigioso psiquiatra forense Royo Villanova me recibió amablemente.

—Suba, suba... lo estaba esperando.

Unos peldaños con moqueta y el ascensor al fondo. Me era imposible olvidar la escena de la patrulla de Putre y el temor en las palabras de Raúl Salinas, uno de aquellos integrantes de esa otra noche del miedo. Lo pude entrevistar y noté una sensación muy parecida a la que emanaban los protagonistas de lo sucedido en Talavera. Un temor inconfundible.

—Nos dispersaron —me dijo emocionado, casi al borde del llanto—. A mí me gustaría volver a ver a aquellos compañeros. Desde entonces todo fue un infierno, informes, interrogatorios, amenazas. Vivimos algo imposible... y el cabo Valdés desapareció ante nuestros ojos...

La vieja puerta se abrió emitiendo un leve crujido. Detrás de ella, el doctor, el coronel, el hombre que trató a José Manuel Trejo con sus propias manos.

—Permítame que acabe con un último paciente. Pase a esta salita y en un minuto estoy con usted.

La habitación se iluminó al pulsar la perilla de la lámpara de mesa. Toda la pared estaba ocupada por títulos y diplomas de diversas facultades e instituciones militares. Toda una eminencia en el estudio de la mente, miles de casos, miles de veredictos... pero quizá ninguno tan extraño como el que me había llevado allí.

Me senté y, ante la espera que se avecinaba, me coloqué el casco derecho y volví a pulsar...

El suboficial, después de rezar uniendo las manos a las de sus compañeros, decide adelantarse hacia la luz y, mientras avanza, grita al intruso: «Identifíquese». En ese preciso instante, el cabo desaparece de la vista de sus subordinados. Durante 15 minutos se produce una búsqueda tan frenética como infructuosa. No hay rastro de Valdés, pero la luz continúa en el mismo lugar. De pronto, y de forma inexplicable, el militar reaparece de la nada, ante el asombro del resto de la patrulla. Sin embargo, aquel parecía otro hombre. Estaba en un estado de trance, decía cosas incoherentes y se reía sin motivo aparente. Los soldados, sin entender lo que ocurría, lo acercan hasta la fogata. Allí, junto al fuego, Valdés pronunciaría una enigmática frase que continúa imborrable en la mente de sus hombres: «Ustedes nunca sabrán quiénes somos, ni de dónde venimos... pero volveremos...». Los reclutas, además, se percatan de dos extraños detalles: la barba del cabo había crecido de manera inexplicable, a pesar de que se había afeitado esa mañana... y el calendario de su reloj se había adelantado cinco días, marcando la fecha del 30 de abril.

Humberto Rojas, Iván Robles, Germán Riquelme, Raúl Salinas, Pedro Rosales,

Juan Reyes, Julio Rojas y Armando Valdés. Esos eran sus nombres y esta su historia.

La llegada del profesor Pedro Araneda, alertado esa misma mañana desde el cercano poblado de Putre, y de una ambulancia, hace que los integrantes de la patrulla relaten atropelladamente lo sucedido, siendo recogidas estas declaraciones en cinta magnetofónica. Al intentar reconstruir los sucesos, los soldados comenzaron a tener vómitos y a mostrar síntomas de descomposición, por lo que se decidió abandonar el lugar, temiéndose que existiera algún residuo de radiación.

Exactamente igual que en la base española.

La patrulla de relevo que, una vez informada, inspeccionó el terreno, aseguró haber encontrando dos pequeños «cráteres» circulares, parecidos a embudos, donde la tierra parecía haber sido aspirada.

Otra curiosa coincidencia.

El caso dio la vuelta al mundo y viajó de portada en portada por todos los periódicos de Sudamérica. Nunca se pudo explicar y jamás se supo dónde estuvo Valdés en esos minutos eternos. Sus recuerdos son muy parecidos a las pesadillas de Hidalgo. Oscuridades, tensiones, angustias. La patrulla fue desmembrada en ese justo momento y hoy el lugar es un reducto fantasmagórico en el altiplano, con cristales rotos y muros de piedra desvencijados. Como un mal recuerdo. Pero los testimonios, aun con cuentagotas, fueron siempre firmes, sin variar un ápice. El militar Raúl Salinas rompía su silencio en *Milenio 3* agregando un dato escalofriante:

—Yo creo que nos durmieron a todos. Hay un instante que perdemos a la vez el sentido de la ubicación, que nos desorientamos. El espacio-tiempo se deformó... y me da miedo recordarlo...

—Haz un esfuerzo —le supliqué.

—Hay un momento, con la luz tenue pulsando ahí cerca en el que vamos como sin rumbo, buscando, mareados... y junto a la tapia, pegado a ella, veo algo: Había un ser. Un hombre, o lo que fuera, de gran altura... y nos estaba mirando. Como una sombra que inspiraba amenaza. Allí, escondido, observando lo que estaba pasando. No recuerdo nada después. Lo demás se ha perdido.

—¿Tú viste cómo reaparecía Valdés?

—La sensación es como la de despertar de un sueño. Miramos al frente y lo que vimos es que lo tiran a nuestros pies, como un fardo que cae. Lo vi como con los ojos salidos, con la barba crecida, y tenía parte de la chaqueta destruida. Se sentó en el suelo y comenzó a mirarnos uno a uno, se reía y llamaba a su madre... Luego dijo la frase.

Ustedes nunca sabrán quiénes somos, ni de dónde venimos... pero volveremos...

La repetí mentalmente escuchando al doctor Royo despedir en la puerta al último paciente de la tarde. Valdés, el hombre del misterio, fue considerado por Pinochet como un auténtico elegido. El dictador chileno ordenó incluso una exhaustiva

investigación oficial sobre los hechos de la que nada ha trascendido a día de hoy. Desde aquel instante su aislamiento fue total. Solo veintidós años después, el cabo realizó una breve declaración que causó un gran impacto. Pude escuchar esas palabras no muy lejos de allí, en las alturas del Cerro Uritorco (Córdoba, Argentina), lugar de abundantes misterios, desde donde Jorge Anfruns, veterano escritor chileno, las trajo en una cinta:

—Llevo todo este tiempo —se escuchaba a Valdés— intentando averiguar lo que me pasó. Y no logro darle una explicación. Solo sé que en ese tiempo en negro escuchaba risas, risas terribles. Y era perfectamente consciente de que allá abajo mis hombres me estaban buscando. Lo que viví fue terrible. No quisiera que nadie lo viviera. Espero pronto dar una solución a mi propio enigma... pero creo que fue algo satánico.

Aún seguimos a la espera, pensé al levantarme y estrechar la mano del doctor.

—Bueno —me dijo, aspirando su vetusta pipa de madera—, creo que tengo cosas muy interesantes para usted...

—Y yo también para usted —le corté.

—¿Ah, sí?

—Sí. En el Hospital del Aire ha desaparecido el informe. El que usted mismo redactó. Alguien lo robó.

Detuvo su caminar y se giró bruscamente.

—¿Cómo dice?

San Pablo camino de Damasco

[...] Yo siempre supe que lo que me ocurrió el 25 de abril de 1977 a las cuatro de la madrugada debería tener una motivación, que no podía ser algo al azar. La percepción que yo tuve no es buena. Si estos seres fueran buenos, yo no tendría que haber sentido pánico, angustia, sobrecogimiento y todo lo que vino después.

Esa fue la última declaración de Valdés. Inquietante. A día de hoy algunos especialistas médicos de aquel país no dudan en que existió un proceso de «desarticulación psicológica» de los integrantes de aquella patrulla. Veinticinco años después todos han cambiado varias veces de número telefónico, han evadido las entrevistas y muchos se sienten perseguidos por algo que no son capaces de definir.

Desperdigados en diversas zonas, alejadas unas de otras, las autoridades se centraron en el cabo Valdés. Ingresó en el Hospital Militar de Santiago, donde se le efectuaron diversas pruebas. Las conocidas: electroencefalogramas, sesiones con psicólogos, médicos y otros especialistas. Incluso el mayor Eduardo Arriagada, del Estado Mayor del Ejército, lo sometió al detector de mentiras.

El resto se desconoce.

Oficialmente, psiquiatras como Rafael Méndez, aseguraron que en aquella gélida pampa del altiplano se había vivido un brote psicótico que concluyó en alucinación colectiva.

Los paralelismos entre la historia de Talavera la Real —ocurrida seis meses antes— y el caso de Putre son asombrosos. Las reacciones psicológicas, los silencios y el deseo general de olvido parecen un calco.

Si en la base española un perro policía fue protagonista y primer «detector», en Chile fueron decenas de caballos. Raúl Salinas lo recordaba bien...

—Al aparecer el resplandor se pusieron todos en fila, reculando. Todos mirando en dirección a aquello, erizándose...

En la consulta, mientras comenzaba a nevar en el exterior, ocurrió algo sorprendente.

—Esto es importante...

Dicho esto, Royo Villanova extendió una serie de folios manuscritos, letra apretada y fina sobre la mesa. Ahí estaba el verdadero informe. Las notas personales, las apreciaciones... el primigenio historial que contenía toda la información que alguien había decidido sustraer con oscuras intenciones del Hospital.

Ahí, a medio metro de mis ojos, las cuartillas donde se relataba la estancia del enigmático paciente 15325. Un momento histórico para aproximarse a la verdad...

—Aquí está lo que yo anoté. Me impresionó mucho el caso... y por eso debí guardar todo como copia personal. Nuestros encuentros anteriores, su entusiasmo y perseverancia, me han hecho buscar y rebuscar...

—De corazón, no sabe cuánto se lo agradezco —respondí.

—Pero lo de que el informe no esté en su sitio... en fin, eso no puede ser. ¿Quién lo habrá cogido? ¿Para qué?

—Eso no importa ahora, doctor —interrumpí—. Lo importante es lo que usted tiene entre las manos. Para mí, y sobre todo para el protagonista, es algo esencial. Usted lo trató y sabe la verdad... ¿Cree que era un desequilibrado? ¿Un fabulador?

—No.

La negación retumbó en toda la habitación. Y a mí el pulso se me aceleró. Sabía —aunque esto es otra larga historia— que hace años hubo un cierto interés insano por hacer creer que los protagonistas de esta historia habían sido soldados «con problemas». Ahí estaba la respuesta de los verdaderos especialistas científicos. Como un mazazo.

—Esto fue... tan extraño. Veo aquí las fechas y estuvo más de un mes a mi cargo...

—Doctor, sería vital poder registrar el contenido de esas anotaciones tuyas. ¿Podría activar mi grabadora...?

Asintió y se dispuso, con tono catedralicio, a declamar aquel contenido, que en aquel momento era lo más importante del universo para quien esto escribe.

Pulsé el *rec...* y tras un carraspeo comenzó la lectura.

—Estuvo ingresado en Psiquiatría del Hospital del Aire siendo yo el jefe del servicio y llevándole personalmente. Desde el 1 hasta el 30 de diciembre del año 1976. Estuvo tratado con un ansiolítico, con *Transilium*, en dosis media-alta al ingresar con crisis de ansiedad. También se le administró *Trofibilina*, que es como un tónico neurológico. Se ponía una inyección cada 24 horas. Se pensaba que sufría un *shock* neurológico muy importante. A partir del día 24 fue minuciosamente revisado por neurólogos y oftalmología... Se detectó que el encefalograma era «compatible con la normalidad» y se pensó que era una jaqueca oftálmica que iba a mejorar con *Trecretol*. Y mejoró mucho, efectivamente... Esto es muy curioso...

—¿El qué? —pregunté ansioso.

—Pues que no le detectaron ninguna anomalía que pudiera haber provocado la extraña visión. No había rastro de anormalidades... y el examen fue profundo. Bueno, sigo... Aquí anoto un diagnóstico...

—Prosiga, por favor —le dije acercándole la grabadora aún más, hasta casi rozar su barba.

—Mi criterio o impresión diagnóstica es que hubo un ingreso con trastorno por ansiedad con crisis de jaqueca oftálmica. Era un trastorno agudo con mantenido de ansiedad. No es normal que dure tanto. En absoluto. Estaba en fases agudas y se le vio con mucha productividad. Hubo dos episodios evidenciables de disminución del

nivel de conciencia, con movimientos anormales vistos por la monja-enfermera de la planta, descritos como convulsiones o crisis tónicas...

La monja. Ahí estaba otra de las misteriosas visitantes.

—¿Convulsiones dice?

—Efectivamente. Muy violentas. En las crisis tónicas el cuerpo se arquea, se contrae por completo... es algo muy fuerte. Y, por lo que parece, hubo dos episodios muy agudos... Prosigo...

—Siga, siga...

—No se llegaba a perder la consciencia del todo. Esas crisis se precedían de dolor de cabeza muy agudo, y se simultaneaban con pérdida casi total de la visión. Se realizó un electroencefalograma y exploración en oftalmología que no arrojaron ningún dato patológico.

Ahora el silencio del doctor fue de lo más sepulcral que uno pudiera imaginar. Más de un minuto, de dos... Revisando, mascullando lo que acababa de leerme.

—La narración del suceso —prosiguió— de estrés identificable la hizo por escrito, el análisis grafológico era totalmente normal. Lo cuenta todo con detalles muy minuciosos. El factor estresante identificable como trastorno de adaptación sería la visualización de algo incomprensible calificado por él como extraordinario y que le generó terror. Lo percibió como algo ajeno a lo natural, como un ser extraterrestre. Afirma que otros compañeros suyos también tienen la visión. Incluye a dos de ellos y al perro, que sufrió el efecto con un comportamiento extraño, que intentaba atacar una zona y que volvía...

Señaló el papel con el extremo de la pipa...

—De los compañeros no sé nada. Esos debieron ir por otra vía.

El coronel psiquiatra-forense fue el primero en escuchar la historia en labios de su principal protagonista. Con todo lujo de detalles. Algo tan sorprendente que no dudó en anotarlo pacientemente conforme se iba produciendo... Aquellos papeles amarillentos, redactados a vuelapluma en aquel diciembre de 1976 eran una joya. A falta del informe del Ejército —desaparecido— y del expediente médico —sustraído—, aquella era la fuente más próxima a la verdad. Sin adulteraciones. Y los detalles, uno tras otro, fueron brotando parsimoniosamente, escapando de un anonimato al que parecían predestinados de por vida...

—Existe —prosiguió el doctor Royo— percepción de un sonido doloroso, de lo agudo que era. Dolían los oídos. Es un sonido breve pero muy intenso. El compañero de la garita le confirma que lo ha oído, empezando de nuevo otra vez. Le pide que lo acompañe, y surge instantánea y súbitamente una iluminación, una percepción visual anormal. La describe como una iluminación grandiosa que hace que el entorno se vuelva por un instante como si fuera de día. Duró diez segundos. Hago constar que hay gran precisión cronológica en todo el estado confusional. Todo está muy detallado, todo lo que va ocurriendo, como en fases... Esto puede ser una crisis de conversión o percepción anormal.

—Afirma —alzó la voz el doctor— que viene una patrulla... y viene con el perro. Luego hay una percepción mixta visual y auditiva. Salen con la patrulla y dice que se distancian unos 300 metros, y entonces...

—¿Entonces...?

—Tienen percepción de «ruidos como de romperse las ramas grandes»...

Ahí estaba el sonido que tanto asustaba cada noche a Hidalgo. El avanzar de algo muy poderoso que cortaba el bosque hacia ellos. Ahí estaba...

—Luego —continuó leyendo sus anotaciones— describe un «remolino» muy grande, de unos 50 ó 60 metros de radio. Algo que los atrapa. Esto es extraño. Después hay una nueva percepción visual. Siente que detrás de él hay algo y, al girarse, ve una figura de unos tres metros de altura totalmente resplandeciente y fosforescente de un color verdoso claro. Una figura humana.

El retrato robot del intruso. Idéntico a lo que describían los protagonistas un cuarto de siglo después. Exacto.

—Esa figura extraña es la que puede ser que yo le pidiese que la dibujara. Esa es la que puede que se quedase en la mesa y que alguien... se la llevara.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Que también desapareció un dibujo?

—El primer dibujo que hizo este muchacho en mi presencia desapareció de mi propia mesa. Me acuerdo perfectamente. Pensé que alguien lo había tomado por curiosidad...

A estas alturas, había que suponer que toda la historia estaba estrechamente vigilada por curiosos que arramplaban con cualquier resquicio al menor descuido. De película. ¿A qué coleccionista le interesaría tanto la obra del artista José Manuel Trejo?

—Lo recuerdo, sí señor —el doctor volvió a utilizar su cachimba para garabatear en el aire con el humo—. Era un dibujo antropomorfo, pero con solo una línea. Muy esquemática. Es como un duende, como un fantasma.

—¡Como un espectro! —puntualizo sin saber muy bien lo que digo, fruto del nerviosismo.

—Exacto. No pinta ojos. Es una figura estereotipada, sin detalles, solo una línea del contorno del cuerpo. Lo que sí hizo es un plano para analizar el lugar... y es cierto que antes pudo haber algún otro episodio donde hubo un disparo. Un disparo que dio en una señal. Eso lo tengo aquí anotado al margen. Debió de haber algún suceso previo... con un disparo.

Entonces, como un fogonazo, pensé en *La portuguesa*, en su leyenda y en los testigos que me habían narrado alguna visión más antigua con la condición de no revelar jamás sus nombres. *La portuguesa*...

—Un incidente anterior donde algún centinela, aterrorizado, percutió su arma... Por cierto, que el plano lo dibujó muy bien, correspondiendo totalmente a la realidad.

Hay una percepción sensorial y emocional muy compleja. Él se queda vacilante unos 15 segundos, quería disparar, sentía temor... pero hay una crisis de miedo. Empieza a sentir un hormigueo extraño, muy raro, en la parte superior del cuerpo y la cabeza...

—¿Como cuando se duerme una pierna? —pregunté, palpándome el muslo derecho.

—Eso es. Después de eso me confiesa que se queda inmediatamente sin visión y automáticamente se cae al suelo. Eso era un diagnóstico diferencial de que hubiera tenido una crisis epiléptica.

—¿Pone algo de si gritó?

—Un momento, vamos paso a paso... Sí... aquí está. Él gritó: «¡Al suelo, que nos matan!».

—Al suelo... que nos matan —repetí en tono más bajo.

—Después de eso dice que no pierde el conocimiento del todo, pero sí la vista y las fuerzas. Hay crisis en las que se pierde fuerza, pero lo que nunca debía haber perdido es la visión. Analizando esto, es indudable que hubo mucha sobrecarga emocional provocada por el miedo.

—Una noche terrible... —mascullé.

—Algo así. Los compañeros le ayudan a levantarse. Afirma que ellos también lo vieron. Todos percibieron un *flash* y un aumento de luminosidad en la propia anatomía luminosa para desaparecer después como un silbido... Ahora, a ver si lo leo bien...

Se aproximó la cuartilla casi hasta unirla a sus anteojos...

—Sí, aquí pone «sexto punto»: comentarios al suceso. ¿Le interesa también?

—Por favor...

—Prosigo. Parece que, salvo que los compañeros lo vieran y no fueran inducidos por la crisis emocional de él, todo esto se asemeja a una extraña crisis compleja de aspecto comicial. Debería haber salido algo en el electroencefalograma... pero no salió nada. La historia es muy sugerente. Las crisis luego se repitieron en el hospital, aunque no tan cargadas de miedo, con pérdida de visión y trastorno del aspecto motor, con contracciones, convulsiones... Aunque, por fortuna, ya no había tanta angustia.

»Psicológicamente, lo que le ocurre es una experiencia excepcional intolerable, y hay que buscar sentido a la visión para asumirla psicológicamente. Detalle importante el que señalo aquí: No estaba relacionado con psicodisléxicos ni había tóxicos.

—O sea —puntualicé—, que nada de alcohol, ni drogas, ni pastillas, ni nada.

—Nada.

Pensé en Trejo y en el prestigio que, en alguna ocasión, algunos querían haber manchado. Todo con el objetivo de que no se hicieran públicas las incógnitas del caso. Y es que en este país, sobre todo si se quiere explicar una cosa difícil, siempre es muy sencillo acudir a la consabida ingestión etílica. Bien es sabido que con dos

copas uno coge un fusil y se pone a ametrallar y a perder la visión. Y los perros también, claro.

—Séptimo —prosiguió Royo—. Nunca hizo una crítica del suceso, ni intentó explicarlo. En el hospital se le dio de alta como «remitido de trastorno por ansiedad». Se fue sin sintomatología psiquiátrica, pero sin hacer ni la más mínima crítica sobre el suceso. Nunca explicó la visión por otras vías.

»En el hospital se recibe solicitud de información por parte de un denominado CEI —Centro de Estudios Interplanetarios—, por parte de Vicente Juan Ballester Olmos, el día 19 de agosto del 1991. Se reclama mi opinión como perito para dar información y contesto por escrito diciendo que no sin permiso explícito del interesado. Posteriormente, en mi despacho hablo con J. J. Benítez, con carta del interesado, pero no se me permite que entregue la historia. Por lo que veo en esta ficha, en una ocasión determinada no encuentro la historia...

El doctor hace una pausa, como si no entendiera el significado de lo que él mismo había escrito...

—Pero, en fin, cuando paso consulta al siguiente día vuelve a aparecer el informe en el despacho. Algo raro lo de este historial clínico, sí. Podría pensar que desapareció en aquellos primeros momentos porque algún personal o soldado del hospital la cogiese.

Fruncí el ceño.

—Ya sé lo que piensa. Y lleva razón... No se debe poder tener acceso a ello.

—Comprenda que, de cara afuera, son demasiadas desapariciones. Interesaba mucho el paciente 15325...

—Lo entiendo. Pero esto es todo lo que pone en estas fichas. Y menos mal que las conservé. Me debió llamar mucho la atención el asunto.

—Es mucho tiempo un mes de observación psiquiátrica...

—Lo es...

—¿Y su opinión de todo esto ahora mismo cuál sería?

Nueva bocanada de humo...

—Mire, le diré que esto no es normal, y no creo que tomasen nada. Este caso es *excepcional* por lo bien estructurado que está. La narración, la reiteración, la falta de histrionismo, la falta de teatralidad, la concreción en cada una de las setenta narraciones... Él dio unos datos desde el primer día y de ahí no salió. Eso es... excepcional. A mí este chico no me pareció un histérico. Este chico no era un mentiroso. De lo contrario, le aseguro que no le hubiese tenido un mes allí observándole.

—Él dice que estuvo trece días en coma...

El doctor revisó a toda prisa lo recién leído.

—Ni aquí ni en el hospital hay constancia de eso. El tiempo en coma... No sé, puede que tuviera un estado confusional después de las crisis, que pueden durar mucho, hay casos descritos de días... pero es muy extraño. Ese estado podría ser

confundido con el coma. Es curioso que las pruebas de electro ni la de fondo de ojo, que se le practicaron concienzudamente, dieron el más mínimo dato. No había lesión... por eso son extrañas esas pérdidas de visión. La exploración del fondo de ojo es muy minuciosa y de fiar. Y allí no había nada.

—No había una causa concreta...

—No sé... A mí este enfermo me pareció un enfermo orgánico, un hombre con una crisis parcial. Es como lo de San Pablo camino de Damasco... percepción de luz y pérdida de fuerza. En aquel caso también una especie de crisis epiléptica cambió de raíz una vida. Aquí podría ocurrir lo mismo. Recuérdelo, San Pablo camino de Damasco... Por cierto, que me acuerdo perfectamente, como si lo viese ahora mismo, que me contó que los dolores de cabeza empezaron justo después de la fatiga de los interrogatorios. Les debieron someter a unos interrogatorios muy rigurosos y muy duros. Eso le pudo originar las crisis de jaqueca, pero...

—¿Pero?

—Que eso no debiera haberse repetido durante un mes en el hospital...

—¿Entonces?

—Le seré franco. A mí, o este señor ha visto algo, o ha tenido alguna crisis de algún tipo, a pesar de que el electro esté completamente limpio. Este señor ha tenido alguna experiencia aterradora, y con muchos trastornos de percepción visual luminosa y con pérdida de fuerza, y a mí no me pareció *nunca* un simulador. No era ni un simulador ni un enfermo mental.

—¿Sabe que el otro militar que estuvo cercano a la visión tiene párkinson casi desde entonces?

—El párkinson está focalizado en malformaciones congénitas, aneurismas, es enfermedad casi siempre vascular, de los núcleos grises del cerebro. Es algo físico y localizado en unos puntitos minúsculos que son los que controlan el tono muscular. No creo que tuviera que ver con este *shock*... No creo.

—Otra cosa, Trejo me aseguró que luego pasó un verdadero calvario con los aparatos de rayos X..., que sentía descargas...

—Eso sí que no lo creo. No se le hicieron pruebas de ese tipo... Eso es propio de las alucinaciones prototípicas. Es como aquello de «¡Desde el cielo me dañan!».

—¿Seguro? —insistí—. Él lo recordaba muy bien...

El doctor volvió a revisar las cuartillas, y se centró en una que, intuyo, no me leyó al completo...

—Espere... sí. Sí que se le hicieron por lo menos dos placas del cráneo. Sí, es verdad. Vaya. No lo recordaba.

—En definitiva, doctor... ¿Lo más extraño es que el otro soldado lo hubiese visto?

El prestigioso psiquiatra se tomó su tiempo.

—Sí.

—Si el otro testimonio coincide, ¿eso qué implicaría?

—Muy sencillo: implicaría que si el otro soldado no ha modificado el testimonio, significa que algo les ha pasado. Algo a lo que han tenido que dar sentido para que el animal racional no se vuelva loco. Algo que estaba allí y que es normal que les haya marcado de por vida.

Le mostré al doctor cómo los dibujos y descripciones, realizados en diferentes lugares, tiempos y por personas que no han vuelto a verse, coinciden perfectamente. Como por arte de magia.

—En conclusión...

—¿Quiere que se la diga? —me responde envalentonado—. Pues esta es mi conclusión en este caso tan raro y excepcional: este chico para mí no era ni un emulador ni un histérico.

—¿Y qué era entonces?

—Yo creo que se trataba de una persona que ha sufrido una crisis histérica después de una experiencia. Después de ver algo...

Salí de la consulta agradeciendo casi con reverencias el esfuerzo del doctor Royo. Sin comprender bien ciertas cosas, como las desapariciones arriba y abajo de los expedientes y dibujos. Sin saber qué pasó exactamente en los primeros trece días de ingreso, de los que Trejo no recuerda nada y en los que, al parecer, ocurrieron muchas cosas. Valoraba el esfuerzo de aquel psiquiatra; estaba claro que el detalle de revisar sus propios ficheros personales había arrojado luz. Luz en las tinieblas de venticinco años. Luz en un túnel que muchos se habían empeñado en oscurecer hasta la ceguera. Nadie podría decir, como algunos habían intentado durante años con el fin de desviar la atención del más extraño de los casos, que aquel suceso fue protagonizado por soldados trastornados.

Eso ya no lo podrían decir jamás.

25

El abrazo

—Lo has conseguido, hermano.

Depositó la transcripción del informe del doctor Royo-Villanova sobre las manos extendidas de José Manuel Trejo.

Se le iluminó la cara. Abrazó los papeles contra su pecho. Esas hojas significaban mucho para él. Un cuarto de siglo preguntándose dónde estarían, que habrían puesto, cuál sería el diagnóstico. Y ahora lo iba a leer por primera vez.

—No estoy loco.

—Ni tú, ni Hidalgo. Y ahí se dice bien claro —contesté.

—Lo has conseguido... Yo no mentía.

Pocas veces me han brindado una sonrisa como aquella. Ya era primavera, y con temprano bochorno sobre los barrios de Badajoz. En mitad del polígono, emocionados, dos hombres nos dimos un apretón de manos. Yo sentí que había cumplido parte de mi promesa, pero al mismo tiempo este aprendizaje de tres años, esta espiral de cosas extrañas, me producía una desazón interna, profunda. Había ayudado a unos testigos, había compartido su soledad, su aislamiento, su angustia... y por eso ya se habían convertido en amigos. Pero ahora... quizá tuviera que admitir, muy a mi pesar, hechos que, cuando me fueron confesados por ver primera, analizados fríamente, traté como leyendas. Como distorsiones. Como obsesiones psiquiátricamente explicables.

Mi naturaleza de reportero se rebelaba contra la posibilidad de que lo que antaño consideré paranoias producidas por la fuerza de las emociones fuese una rotunda realidad paralela. Algo que está ahí y que solo comprendes al sumergirte en el fango.

En mitad de aquella barriada, mientras despuntaba el cielo rojo entre los bloques, había entregado unos expedientes como quien entrega un tesoro. Como quien viene con las credenciales tras larga batalla.

Andrés Herrera, policía y exmiembro de la base, además de fiel escudero en algunas correrías por la ciudad extremeña, no podía creerlo. Lo leía y se asombraba cada vez más. Repetía algunos términos y nos miraba boquiabierto.

Ahí estaba la muestra de que el testigo principal de la historia oficial más maldita ocurrida en nuestro país no mentía. Ni había perdido la cordura. Ni había inventado su largo ingreso en el hospital. Ni sus dolencias. Ni sus tratamientos.

Y si no mentía en todo eso, ¿por qué iba a hacerlo en lo que era más difícil de asimilar?

Ahí estaba el dilema.

¿Por qué no creer entonces en aquellas visitas de hombres vestidos de oscuro que salen de un coche tipo limusina? ¿Por qué no creer en esas desapariciones repentinas?

¿Por qué no creer en aquellas grabaciones supuestamente efectuadas durante trece días de coma de los que no queda una sola constancia? ¿Por qué no buscar un significado para aquellas pesadillas repetitivas de Hidalgo? ¿Y el párkinson que emergió tras el encuentro? ¿Por qué no creer en *La portuguesa*? ¿Y en las muertes accidentales de algunos protagonistas? ¿Y cómo interpretar mis propios miedos nocturnos a lo largo de esta peripecia?

Era demasiado. Demasiado para ese espíritu siempre distante que mantengo y mantendré para no alterar mi anhelo de objetividad. Esa «visión desde afuera» para ofrecer lo mejor de mí mismo, con responsabilidad, a mis lectores. Sin que intercedan mis creencias. Simplemente informando.

Pero ya estaba dentro. Muy dentro de aquella espiral. Y me notaba perder el equilibrio... ¿Cuáles eran mis creencias a estas alturas?

Demasiadas preguntas.

Aquella mañana, en Badajoz, me sentía como el barco pesquero azotado por el viento. Con el rumbo un poco perdido, buscando tierra firme a la que asirse para no dejarse llevar por la corriente traicionera. Quería aferrarme con todas mis fuerzas a la lógica. A mi eterno pragmatismo. A no creer nada que yo no hubiera visto.

Pero es que había visto algunas cosas ya.

Había comprobado y palpado silencios, miedos, ficheros que faltan, expedientes que se pierden. Había visto muchos ojos aterrorizados en todo el proceso. Como si una red de miedo aún siguiera viva veinticinco años después. Como la invisible pero firme tela de la araña durante la noche.

—Creo que puedo ayudar a Hidalgo...

La frase de Trejo me sacó del torbellino. Él sí tenía las ideas claras...

—Mira Iker —prosiguió decidido—, yo creo que, a pesar de todo lo sufrido, a pesar de todo lo que tú ya sabes que he tenido que pasar, he aceptado mejor la historia que José Hidalgo.

Asentí.

—Él, por su entorno, por su enfermedad, por ser el que disparó..., por lo que sea, creo que siente todavía mucho más fuerte el terror. La presión. No ha logrado despejarlo. Eso extraigo de todo lo que tú me has ido contando en este tiempo. Y yo le puedo ayudar con mi experiencia, con mi manera de afrontarlo... Estoy seguro y quiero hacerlo.

Imaginé al bueno de Hidalgo despertando cada noche envuelto en sudor. Golpeando a la nada, gritando. Viendo aquella escena, aquel bosque aquellos ramajes por los que alguien avanzaba a su encuentro. Alguien que quizá portaba un hacha reluciente...

¡Ziiim! ¡Ziiim!

—Lo que vamos a hacer es muy importante, hermano.

Y tanto que lo era. Un cuarto de siglo después, los protagonistas principales de *La noche del miedo* iban a encontrarse cara a cara. El círculo se cerraba, y nosotros —

pues incluyo aquí al infatigable Andrés— lo habíamos logrado. ¿Cómo sería el ansiado reencuentro? ¿Qué pensaría Verne9 de todo esto? ¿O lo sabría a esas alturas y sonreiría detrás de la pantalla de un ordenador?

Según consta en el último cuaderno de campo utilizado para esta larga aventura, exactamente a las 13:35 horas del 2 de junio de 2004, en un encalado pueblo próximo ya a la provincia de Córdoba, se produjo el reencuentro.

Es difícil describirlo...

Hidalgo, nervioso, nos aguardaba en un pequeño sótano de su casa donde había preparado viandas varias y abierto una botella de su mejor vino. Un familiar nos abrió paso y José Manuel Trejo, emocionado, fue bajando las escaleras de tres en tres. Se quedaron frente a frente, durante un segundo eterno..., mirándose y recordando tantas cosas. Andrés y yo nos detuvimos, como meros espectadores y para no interrumpir ese momento mágico, sobre la propia escalinata. Nos brillaba la mirada. Como a ellos.

—Hidalgo, amigo... —balbuceó Trejo, abriendo los brazos.

—José Manuel, compañero, parece mentira... —respondió temblando el anfitrión.

Ya no me conformé con las fotografías. La pequeña grabadora de vídeo digital encendió su piloto rojo desde mi posición. Aquel instante había que inmortalizarlo tal y como acontecía, en movimiento, con vida, con recuerdos... con la carne de gallina.

El sonido del abrazo, de las respectivas palmas sobre la espalda, es algo que jamás olvidaré. Era el reencuentro que cerraba el círculo del olvido y del tiempo.

—¡Amigo! ¡Amigo mío!... —gritaron los dos casi al unísono.

Se volvieron a entrelazar y se separaron instintivamente para volver a ver el rostro de cada uno. Como si aún no lo creyesen. Ya habían saltado las lágrimas y, desde otro mundo, de nuevo separado por distancias siderales, sin poder comprender lo que pasaba por aquellos dos cerebros, me imaginé muchas cosas: el sonido de los disparos, que parecían volver a silbar, los interrogatorios, los gritos, los frenazos de los coches ametrallados, el cántico misterioso, hipnótico, que los atraía hacia un punto de la base, el sonido de las máquinas cuando Trejo fue ingresado en aquel edificio gris...

¡Has escuchado eso! ¡Es como una explosión! ¡León, a por él! ¡Qué es esto, qué es esto! ¡Un remolino! ¡Al suelo, que nos matan! ¡Socorro! ¡Intenta recordar! ¡Duerme e intenta recordar!

Y de nuevo los proyectiles. Y los lamentos. Y los cuerpos descomponiéndose retorcidos en la hierba. Y la sirenas de la patrulla. Y la generala. Y los Jeeps acercándose. Y la ambulancia militar que para frente al hospital...

Hubo un momento en que no parpadeaban. Las pupilas se dilataron, y si se pudiesen recuperar las imágenes reflejadas en su superficie cristalina quizá viéramos

a esa especie de gigante. Hombre o mujer, no se sabe. Sin piernas, avanzando, emitiendo un resplandor verdoso que enciende el entorno, abriendo los brazos como para atraparlos, como para llevárselos a un mundo que no es este...

—¿Y si fuera un ángel y yo le disparé...?

—Ya pasó, ¿eh?... ¡Ya pasó! —respondió Trejo, agarrando ambos hombros de un Hidalgo que se había quedado petrificado como una gran estatua de yeso...

—¿Que te hicieron, compañero? —respondió muy lentamente—. ¿Qué te hicieron en todo ese tiempo?

Después del tercer abrazo se percataron de que estábamos allí. Regresaron de ese universo onírico de recuerdos y visiones que los unía para siempre. Volvieron al mundo real... y nos abrazaron también a nosotros expresando su agradecimiento sin decir una palabra.

Esa jornada ambos volvieron a respirar profundamente. Y sin miedo. Hidalgo, quizá el más afectado por la historia, estaba feliz. Feliz como un niño por aquella visita. Y nos llevó a su finca. Y rió con su viejo amigo. Y se contaron periplos, andanzas, rumbos vitales. Y nos volvieron a describir la película de los hechos. La aparición y la desaparición de aquel ser. Y cómo no había ni un casquillo al día siguiente. Y cómo se hablaba de que antes habían pasado más cosas. Y cómo los dispersaron y no volvieron a verse después de firmar las últimas declaraciones de los interrogatorios.

En un momento dado, ya cerca de la despedida, se acordaron de alguien...

—Pobre *León*... ¿Qué habrá sido de él?...

Hidalgo no pudo contener la emoción. Aquel perro bravo les alertó, les protegió a su manera. Aquel animal fiel lo vivió con ellos.

Al caer la tarde surgieron los terrores nocturnos. Las sensaciones. Las presencias. El miedo que no se olvida. Los temas que hay que callar porque. ¿Quién va a creerlos?

—¿Te acuerdas, verdad? —dijo Trejo muy bajo.

—Todos los días —respondió el hombre que había apretado el gatillo.

—Hemos pasado un infierno, pero aquí estamos... y eso es lo único que importa. A veces pienso que aquella descarga que sentí al ver el ser, esa sensación que me echó a tierra, me acabó salvando, porque tú disparaste justo por encima de mi cabeza...

—Estuve a punto de matarte —contestó Hidalgo con tono muy serio.

—Pero aquí estamos, amigo. Hemos salido de esto... Hay que salir de esto definitivamente...

—¿A ti te han creído? —replicó el corpulento amigo, como incidiendo en algo que particularmente le dolía.

—Yo he tenido muchos problemas. Muchos. Hasta mi familia se puso en contra en algún determinado momento... Todo el mundo acaba dudando. Hasta los tuyos...

—Yo también he tenido problemas... ya ves. Es una gran soledad.

—Oye —prosiguió Hidalgo—, aquello de querer hacernos daño, nos habría matado, ¿no?

—Por supuesto. Y no lo hizo. Por algo será...

En el exterior, a casi cuarenta grados, la vida seguía normal. Con sus preocupaciones de siempre. Con mucha gente pendiente de los debates de la tele. Del resultado del equipo. Del romance del famoso. Del cubata de fin de semana. Del bajarse de Internet. De las rebajas del hipermercado. De los gritos. De los poemas por móvil. De la apariencia. De la ropa de moda. Del coche más lujoso. Del sexo zafio omnipresente. De la película con efectos especiales y sin actores. De las cremas de belleza que rejuvenecen veinte años. De los nuevos ídolos de la nada. De los que marcan la tendencia. De los programas del corazón. De los tertulianos. De los políticos y sus mentiras. De los cedés piratas. De los periodistas y sus miserias. De la comida rápida. De las risotadas del ignorante. De la malicia del sabihondo. De las ansias. De la demagogia. De la falsedad. De lo prefabricado. De lo chabacano. De lo grotesco. De lo fácil.

Los valores del siglo XXI, en definitiva.

Yo me sentía feliz sin pensar en ninguna de esas cosas tan importantes. Aislado, como en otro mundo. Como si se me hubiese permitido entrar en una cápsula fuera del espacio tiempo asistiendo a una historia de sentimientos. Una historia hipnótica y profundamente humana. Como las que ya no quedan.

La despedida fue triste y alegre a la vez. Y se hizo la promesa del regreso.

La eterna promesa.

La noche siguiente, consciente de que aquellas horas habían servido de bálsamo para dos vidas atormentadas, yo me encontraba de viaje en el otro extremo del país. Una llamada al móvil me hizo orillarme a un lado de la carretera.

Aquella voz era inconfundible...

—Hola, hermano...

José Manuel y yo hablamos durante mucho tiempo, con el coche allí, a la vera del camino, con la luna redonda sobre los campos. Surgían recuerdos, rebrotes, y una especie de agradecimiento profundo.

—Al revés, amigo. Yo os debo agradecer todo esto a vosotros. Han sido tres años de aventura. De una experiencia personal impagable. Sois valientes por afrontarlo, y por contarlo. Y yo solo he procurado estar a la altura...

—Me alegra oírte hablar así... Tú has sido clave para que comprendamos que no estábamos locos. Que había pasado algo, que se habían manipulado cosas...

—Yo solo espero que entre vosotros, los dos protagonistas verdaderos de aquella noche, surja algo auténticamente fraternal. De algún modo estáis hermanados por el misterio. Algo que estaba ayer presente y que las circunstancias partieron en su día. Algo que se palpaba de verdad. No me pidas compartir eso porque no me

corresponde. Sois diferentes y lo sabéis. Ahí no puedo entrar. Yo ya he cumplido mi misión...

—Tenías que ver la cara de mi familia, de mi gente, al leerles la transcripción del informe médico, hermano... es algo que te agradeceré siempre... ¡Siempre!

—Era mi deber. Nada más.

—Lo realmente bonito es lo de Hidalgo... Eso sí que me ha llenado...

—Cuéntame...

—Me ha llamado esta misma mañana... como si no hubiera pasado el tiempo. Como si fuese la mañana de aquella noche... como si fuésemos a hacer la guardia... como si aquello no hubiera ocurrido nunca. Pero, ¿sabes lo mejor?

Aguardé, con esa tensa espera que tantas veces ha aflorado en esta historia.

—Que esta noche no ha tenido pesadillas.

En Madrid, siendo las 6:30 horas del 21 de septiembre de 2004.

Nota final

Esta investigación ha durado tres años. Un tiempo de silenciosas pesquisas que se pueden cifrar del siguiente modo:

- 371 entrevistas *in situ*.
- 48 cintas de grabaciones en soporte analógico y digital.
- 39 gestiones en organismos militares.
- 36 gestiones en dependencias médicas, forenses y hospitales.
- 31 gestiones en el ámbito judicial y científico.
- 941 documentos gráficos.
- 1.542 documentos en papel.
- 27 viajes.
- 4 cuadernos de campo.

Agradecimientos

Andrés Herrera y Roberto Gómez

Mariano Royo

José Luis García Alcón

Luis Miguel Fernández Chiralt

Gervasio Villalobos

Juan José Expósito

Juan José Benítez

Daniel Corchado

José Manuel García y a Rafael Cabello

Emilio Roa

Miguel Bibiloni

Ángel Bastida y Fernando Cámara

José Palanques

Verne9

Notas

[1] Este caso es el único incidente anómalo que no ha aparecido de entre los más de 2.000 folios desclasificados oficialmente por el Ejército del Aire a través del Mando Operativo Aéreo. <<

[2] Alias de Eleuterio Sánchez Rodríguez —quincuillero nacido en 1942 en un suburbio conocido como Los Pizarrales (Salamanca)—, que fue perseguido durante años por las fuerzas del orden público a lo largo y ancho de la geografía española. Acusado de atraco por la antigua Ley de Bandidaje y Terrorismo, sus hazañas, escapando desde trenes, arrojándose a socavones o pasando meses en el monte, lo convirtieron en *El Fugitivo* por excelencia. Apareció en más de cien portadas de periódicos nacionales. Su última gran fuga la realizó en el Penal de Santa María en 1971. Durante dos largos años eludió la fuerza de la ley y se convirtió en un personaje popular que generaba un contradictorio sentimiento de simpatía y solidaridad por parte de casi toda la sociedad española de la década de los setenta. Detenido por última vez el 2 de junio de 1973 en la barriada Juan XXIII de Sevilla y encarcelado en Cartagena junto a su hermano *El Lolo*, fue amnistiado en la Transición ante la petición de instituciones como Naciones Unidas o Amnistía Internacional. En celdas de castigo aprendió a leer y aprobó el Certificado de Estudios Primarios y posteriormente el Bachillerato. En régimen de aislamiento escribió su obra *Camina o revienta*. Su vida posteriormente fue llevada con gran éxito al cine. Hoy es un respetado abogado laboralista. <<

[3] El dato, aunque parezca superfluo, no lo es. Consultados diversos especialistas, me confirmaron que los canes pueden detectar diversos ultrasonidos que el hombre no percibe. Algunos de ellos, según en la franja en que se emitan, pueden producir grandes daños en el animal. Probablemente había una fuente de emisión ultrasónica aquella noche dentro de la base. <<

[4] En la región albaceteña de El Pardo, desde que acabó la Guerra Civil, decenas de campesinos han venido observando un fenómeno luminoso extraño que los ha amedrentado, obligando a disparar a los agentes de la Guardia Civil en más de una ocasión. Los últimos casos se produjeron en 1998. Algunos de los testigos a los que pude entrevistar en el lugar de los hechos me describían un sonido como el de cadenas aproximándose. Pesadas cadenas que se escuchaban nítidamente en mitad del campo. Muchos lugareños lo consideraban como un «aviso» de que iba a aparecer «La Luz del Pardo». Toda esta investigación se recoge en el libro del autor *Enigmas sin resolver II* (editado por Edaf, 2000). <<

[5] En este párrafo se ha preservado la identidad de los protagonistas, aunque sus nombres y apellidos aparecen en la grabación. <<

[6] Uno de los casos más impresionantes relativos a efectos físicos de los supuestos ovni ocurrió en Torrejoncillo (Cáceres) en agosto de 1980. Animales, enseres y todo tipo de materiales aparecieron afectados por una extraña energía calórica. La Guardia Civil y diversos geólogos intervinieron de urgencia. Una familia de cabreros estuvo a punto de morir abrasada. Los platos y las botellas se habían vitrificado. Lo habían hecho incluso diversos minerales, con lo que se calculó aquella intensidad en 2.000 grados centígrados. (Esta extensa investigación, con todos los documentos, se relata en la obra del autor *Enigmas sin resolver*, Edaf, 1999). <<

[7] Terminología informática para designar las señas o «dni» —compuestas de unas siglas y una identidad de números única y distinta a todas— de cualquier servidor personal de Internet que va dejando sus códigos en los sitios visitados y que luego el *webmaster* o director de la web puede verificar consultando sus estadísticas. <<

[8] No sería la primera ni la última vez que determinados pseudocientíficos y pseudoperiodistas se apiñaban para generar bochornosos proyectos de engaño público llegando al extremo de construir falsos ovnis, engañar a testigos, y así poder atraer a los divulgadores de estos asuntos. Para este tipo de individuos el fin sí justifica los medios, incluida la mentira. Y todo en nombre de la «ciencia». Proyectos como «Magonia», liderado por el redactor del periódico *El Correo*, Luis Alfonso Gámez, proponían, el 25 de julio de 2004, la fabricación de falsos artilugios coincidiendo con la «Alerta 2004», planificada por la Cadena Ser.

La falsedad y la mentira no son impedimento alguno para los sombríos rectores de agrupaciones como ARP (Alternativa Racional a las Pseudociencias), donde se reúnen auténticos exaltados que no reparan en medios para intentar atacar la libertad de información de lectores, oyentes, internautas o televidentes que quieren saber de determinados asuntos. <<

[9] «¡Vamos hacia un gran sol!» son las últimas palabras que, según los investigadores, se grabaron en la cinta de control del último vuelo del hidroavión Grumman Albatros XJR2F-1 el 1 de julio de 1969 sobre el Mar de Alborán. Fue un accidente misterioso en el que el cuerpo jamás apareció. El comandante Boado fue uno de los primeros investigadores de ovnis y fenómenos extraños en nuestro país y el primer militar que indagó en el enigma por cuenta propia. Rompió el hielo con valentía en la *Revista de Aeronáutica y Astronáutica*, del Ministerio del Aire, publicando reportajes tan atrevidos como el plasmado en el número 321 (agosto de 1967) que llevaba el título *Extraterrestres*. Ese mismo año redactó un informe de carácter interno que jamás fue hecho público y que el investigador Javier Sierra logró obtener tras innumerables pesquisas. El documento comenzaba así: *En esta monografía voy a tratar de probar que los platillos volantes, de los cuales tan a menudo hablan los periódicos, son un hecho real y que no es improbable que se trate de naves extraterrestres procedentes del espacio exterior.*

En esas quince páginas históricas se dan a conocer casos investigados por el propio militar, como la visión del Grupo 61 Antisubmarino a su regreso a la Base Aérea de Gando, o el encuentro cercano de un avión Convair de la compañía Aviaco en las inmediaciones del aeropuerto sevillano de San Pablo.

Antonio Ribera —investigador con quien tuvo contacto epistolar fluido durante años— fue el primero en ocuparse de este accidente en su obra *Los doce triángulos de la muerte*, y en ella aseguró: «Los días anteriores a este vuelo, el capitán estuvo nervioso y desazonado, como si pesara sobre él una gran responsabilidad...».

Este comportamiento de Boado es referido también por Julio Marvizón —capitán de Meteorología—, quien siguió de cerca el asunto y pudo incluso recordar pasajes de esos últimos días en compañía de uno de los hijos del comandante. Esas investigaciones revelaron un viaje inquietante a Umbrete (Sevilla), concretamente al domicilio de uno de los pioneros de la investigación de estos temas en España, el maestro Manuel Osuna. Aquella postrera reunión tenía un último propósito por parte del angustiado militar: convencer a Osuna de que no prosiguiese sus estudios sobre los fenómenos extraños. Al no encontrarlo allí, le dejó un último recado: «Abandona toda investigación. Es peligroso». <<

[10] A principios de 1988, el Gobierno norteamericano desclasificó varios informes sobre operaciones de guerra psicológicas desarrolladas por la CIA en Cuba desde los años sesenta. Una serie de actividades secretas que llevaron el nombre genérico de *Operación Mongoose*.

Investigadores como José Lesta y Miguel Pedrero investigaron los hechos *in situ* recientemente, elaborando un extenso dossier sobre lo ocurrido en abril de 1982. En esa fecha centenares de cubanos observaron sobre la bahía de La Habana un fuerte fogonazo que dio paso a la aparición de una figura parecida a la Virgen sonriente y tendiendo sus manos hacia los asistentes. El gobierno cubano intentó que el hecho no trascendiese al exterior pero a través de varios exiliados de Miami la noticia se filtró a varias emisoras de radio. Años después se supo que la aparición había sido un plan ideado por la Central de Inteligencia Americana para influir sobre el inconsciente popular cubano. Desde un submarino se emitió un holograma con el fin de generar una aparición apócrifa que motivase cambios profundos en los habitantes de la Isla. El experimento fue cuidadosamente ejecutado con el objetivo de provocar las consabidas revueltas que siempre habían acontecido tras las supuestas manifestaciones marianas. Así ocurrió al final de la Guerra de Independencia, poco antes del derrocamiento del dictador Machado o días antes de que Fidel Castro triunfase con su revolución.

En 1984 y en su obra *Las Nubes del Engaño*, el investigador germano-catalán Andreas Faber-Kaiser —tristemente desaparecido diez años después— escribió: *Mis informadores en Cuba me comunicaron que posteriormente volvió a aparecer la imagen de lo que ellos interpretaron como la Virgen de Regla, esta vez sobre la bahía de Mariel. También me informaron acerca del hecho de que la imagen fue tiroteada con armas de fuego.* <<

[11] Estos casos se encuentran detalladamente investigados en la obra *Enigmas sin resolver* (Edaf, 1999). <<

[12] Identidad utilizada a petición del interesado por motivos de seguridad. <<

[13] Nota: Durante unos días recogimos testimonios directos de la Patrulla Cinecológica de Perros Policía de la Base Aérea de Morón de la Frontera. Entrevistas y grabaciones únicas que demostraban lo extraño de lo ocurrido aquella madrugada de noviembre. Ellos llegaron a ver cómo «una silueta se esfumaba». No hubo tiempo para más. En el suelo, un compañero presa del pánico, demacrado, y su perro guardián llorando con una herida en la paletilla. Lo recogieron, dolorido, pronunciando palabras entrecortadas. Al regresar, montados en los *Jeeps*, vieron al soldado que hacía guardia estática frente al hangar, solo, caminando adelante y atrás como un autómata descolocado. Su gesto sombrío, su sudor, su temblor, les llamó la atención. Pero les confesó no haber visto nada. Arrancaron y aquel hombre quedó allí, con el fusil aferrado muy fuerte contra el pecho. Con los ojos acuosos. Con la vida rota para siempre. <<